



LA MUERTE
DE CRISTINE

Sinopsis:

Cristine Wilson era una chica alegre, no era muy social y se pasaba su vida en los libros; ajena al mundo real. Su vida cambió a los quince años cuando sufrió de una violación bastante precipitada y luego fue degollada.

Cristine Zamora viene junto a su familia y su novio a vivir a la antigua hacienda de su tía y su madre.

Ella encontrará varios acontecimientos extraños en dicho lugar y será testigo de cosas que cambiarán el mundo que conoce. Pero tiene a alguien que jamás le fallará: su novio. ¿Acaso Cristine oculta más de lo que aparenta? ¿El amor podrá ganarle a la maldad?

Recuerda: todos tenemos un villano en nuestras vidas.

Capítulo 1:

Era día de verano. Luego de unas largas jornadas laborales la familia Zamora se va a vivir al campo. La madre piensa que será buena idea cambiar de aires y decide ir a su antigua casa.

El chofer alza las maletas de la dueña de la casa y su hija, y las saca del baúl del auto todo terreno que se encuentra frente a una hacienda.

—Cariño, baja, ya hemos llegado.

La voz de la madre hace suspirar con cansancio a la joven Cristine, quien no se encuentra tan entusiasmada con la idea de haberse mudado.

En la ciudad estaba su vida, sus amigos, familia, y por supuesto, su novio.

Baja del auto lentamente, casi arrastrando sus pies. El chofer gruñe ante tal comportamiento y su madre la mira con desaprobación.

La hacienda es bastante grande: consta de dos pisos hechos de mármol con grandes ventanales y pasillos oscuros.

Vaya lugar agradable piensa Cristine.

Al llegar a su habitación recibe rápidamente una llamada. Pone una gran sonrisa en su rostro y contesta:

—*Hola, amor.*

—*Hola, cielo.*

Al otro lado de la línea, se encuentra su apuesto novio. El sueño de toda chica en la actualidad: fuerte, alto, popular, millonario, ojos azules y que solo tiene corazón para la caprichosa Cristine Zamora.

—*¿Has llegado bien?*

—*Sí, gracias.*

—*Me alegra oírlo. ¿Cuándo puedo visitar tu nueva casa?*

Ella suspiró cansada. Ese chico lo quería, pero era un completo idiota.

—*¿Ves por qué empiezas las peleas? ¡Llevamos nueve meses juntos! ¡Es obsesivo que quieras estar en mi casa cuando ni siquiera yo me he instalado!*

Ella le corta de inmediato y tira su móvil a la cama, desempaca rápidamente su ropa y objetos de higiene y luego sale de su habitación. Le importaba poco si él era buen chico o si debía esperar a los empleados para desempacar. Ella sería la dueña de todo eso, después de todo.

No deberías ser tan desconsiderada.

Cristine se gira de golpe, buscando la persona causante de esa voz tan femenina, dulce e increíblemente parecida a la suya.

Pero no ve nada.

—*¿Hola?*

No hay respuesta. Se ve a sí misma y se cree completamente loca. Un escalofrío familiar recorre su columna vertebral.

—*¿Cariño?*

La voz de su padre hace que pegue un pequeño salto.

—*¡Papá, me has asustado! ¿Tú me has dicho desconsiderada?*

—*Claro que no.*

Ella lo miró desconfiada. Él la miró confundido. Ambos eran tal para cual conforme a su forma de ser: los dos ambiciosos y con un carácter bastante malo. Sin embargo, en el físico era muy parecida a su madre y sobre todo a su

tía.

—Es hora de ir a cenar, cariño, bajemos a la cocina.

Ella asiente con su cabeza y baja junto a él. Aún siente escalofríos por haber escuchado su propia voz fuera de sí.

Al llegar a la cocina, como era de costumbre en la mansión de los Zamora, había todo un buffet digno de una familia sumamente adinerada. Su madre y su padre siempre se sentaban en la cabeza de la mesa, Cristine al lado de su padre y su hermano Tyler al lado de su madre.

Tyler era idéntico a la mujer que le dio la vida, al menos en su dulce y sincera forma de ser. En cuanto a lo físico él y su padre eran como dos gotas de agua.

—¿Qué les parece la hacienda, queridos? —preguntó la madre a todos los presentes, tratando de entablar una conversación que no terminara en gritos y protestas.

—Si al menos hubiese internet...

—Cristine... —advierte la mujer de la casa.

—Tranquila, madre, a mí me fascina. Es muy agradable. Sobre todo el cuarto de nuestra tía, que es el mismo que el de Cristine.

Ella casi se atraganta al escuchar eso. No podía creer que en serio su madre había sido tan cruel como para darle la misma habitación que pisaba su tía ya muerta.

—Pero ¿qué dices? ¿¡Acaso estás loca, mamá!? ¿Cómo se te ocurre darme la habitación de mi tía? ¿¡No fue suficiente con llamarme igual a ella y aun así que me parezca en lo físico!?

—Y también en el carácter... —murmuró su hermano.

—¡Tú no te metas!

—¡Deja a tu hermana, Tyler! ¡Y tú mujer, cierra la boca!

El padre había hablado y todos obedecieron. Una vez más su padre la defendía y dejaba callados a su hijo y a su mujer.

Su hermano pensaba que se podrían casar si no fuesen padre e hija.

Cuando la noche fría cayó en la hacienda, Cristine decidió ir a su habitación. Estaba cepillando su cabello cuando su móvil comenzó a sonar: de nuevo era su novio.

—¿Este no tiene otra cosa qué hacer? —murmuró para sí misma y contestó la llamada.

—*¿Cristine? Por favor no cortes, lamento mucho lo que hice, no volveré a presionarte.*

Eso le gustaba a Cristine de su novio. Ella jamás debía buscarlo o pedir perdón. De hecho, ella con costo y sabía el significado de esas palabras.

—Te perdono. Sabes que te quiero.

Él se sentía aliviado al otro lado de la línea, odiaba hacerla enojar. Sin ella de seguro moriría.

—*Gracias. Te amo, buenas noches.*

—¿Ya te vas? O sea... ¿me pides perdón y luego te marchas?

De nuevo la estaba fastidiando. La joven era controladora y petulante.

—*No, cielo, solo bromeaba. ¿De qué quieres hablar?*

Ella sonrió ampliamente.

—Lo que quieras, cielo. Muero porque vengas a esta hacienda y podamos divertirnos.

Su novio jamás la comprendería. Ella cambiaba de humor en cuestión de segundos. La amaba, estaba encaprichado con ella y con su cuerpo. Él vivía obsesionado por eso: era tan rebelde y malcriada como hermosa y salvaje.

—*Cuando quieras, mi vida. Sabes que siempre estoy dispuesto para ti.*

—¿Te parece mañana?

—*Sí.*

—Adiós. Te veo pronto entonces.

Ella colgó la llamada. Extrañamente esa habitación era mucho más fría que toda la hacienda. Casi juraría que el único lugar donde hacía frío era ese.

Se fue directo a la cama y puso algo de música para relajarse.

Estás en un lugar donde no deberías. Aquí no perteneces. No mereces vivir bajo el mismo techo que mi hermana y yo. Debes irte, lárgate de aquí antes que yo misma te saque. No confíes en los hombres. Ellos son malos y solo te usan.

Cristine despertó de golpe. El sol ya iluminaba su habitación y sentía una fina capa de sudor en su frente.

Comenzó a sentir escalofríos cuando recordó lo que había soñado. Ese rostro no se borraría nunca de su mente: en especial porque era el mismo de ella.

Luego de ducharse y tratar de controlarse a sí misma, bajó al comedor a tomar desayuno. Su familia una vez más estaba en la rectangular y enorme mesa. Jamás habían sido unidos, pero tenían que actuar como tal.

—Buenos días —anunció ella haciéndose notar en la sala donde todos se encontraban.

—Buenos días, cariño. ¿Dormiste bien?

—De maravilla, padre, pero hay algo que me incómoda.

El padre se sentía confundido. Su hija siempre había sido perfecta, al menos desde su punto de vista.

—Si es por el internet, querida, he llamado hoy para que lo instalaran y tú como siempre serás la única que sabrá la contraseña aparte de mí. Además, llené tu tarjeta de platino y hay un chofer dispuesto a cualquier hora del día para que vayas de compras.

—No es eso, padre, pero gracias.

Como siempre su padre la consentía en todo lo que ella quería. Si pedía un jet privado solo para ella, color rosa y con su nombre incrustado con perlas en este, él se lo daba.

Y, de hecho, ya tenía uno así.

Cristine estaba extraña. Se sentía triste por alguna razón, y a la vez atemorizada. ¿Qué le estaba afectando? No tenía idea. Siempre estaba feliz y resplandeciente.

—¿Qué te agobia, querida? —preguntó su madre, preocupada.

—Verás..., he soñado conmigo. Bueno..., me veía un poco más menor. Tal vez de unos quince, amenazando con que debía irme.

Sus padres se miraron mutuamente con cautela.

—¿Qué has dicho? —preguntó su padre, extrañado—. Solo es un sueño, no te has de sentir bien en este lugar y te estás echando a ti misma. Debes ser paciente, querida. Con la piscina y el internet en casa te sentirás complacida.

—Pero padre, no es sobre eso... Por cierto, ¿podrías poner calefacción en mi cuarto? Ayer moría de frío.

El padre comenzaba a preocuparse. Quizá se trataba de un resfrío.

—Pero, querida, estamos en pleno verano a aproximadamente treinta y cinco grados. Es imposible que haga frío.

—Pero en las noches lo hace. Por favor.

Ella puso esa mirada que le retorció el alma oscura de su padre. Era la misma mirada que su amada esposa le hacía cuando recién salían.

—Muy bien. Llamaré a los de calefacción hoy, cielo.

—Gracias, papi. Por cierto, hoy viene mi novio, se quedará unos días. Necesito una cama matrimonial en mi habitación y que quiten esa tan pequeña, no duermo cómoda. Además, me gustaría más naturaleza en mi balcón. Y quiero que pinten de negro todo lo que sea posible en mi cuarto, ese negro está desgastado.

El padre como siempre dijo que sí a las peticiones de su hija.

La madre terminaba de desayunar, prestando atención a su esposo y su niña. El hecho de que ella se pareciera en lo físico a su difunta hermana, era normal. Herencia quizás. Pero que tuvieran tantos gustos en común; como la naturaleza, el color negro, los libros, el carácter pesado y alegre solo con quienes querían... A ella le preocupaba desde que su hija había cumplido los diez años. Quizá había sido un error nombrarla del mismo modo que su hermana y encima darle la misma habitación.

Capítulo 2:

¡No debes estar aquí!. Esta es mi habitación y no tienes derecho sobre ella. Vete mientras puedas. No permitiré que trates mal a mi hermana. Te mataré de ser necesario. ¡Eres una niña malcriada!

Cristine despertó agitada. Nuevamente su frente estaba algo sudada y su rostro en ese extraño sueño la volvía a atormentar. ¿Por qué seguía soñando con eso?

Bajó a la cocina y su familia se encontraba nuevamente en la mesa, a excepción de su padre.

—Buenos días, querida.

—Buenos días, madre.

Ella tomó asiento y pronto las empleadas del lugar colocaron en la mesa un delicioso desayuno que devoró sin pensar.

—¿Has dormido bien? Se te ve cansada.

—Sí, madre, pero sigo teniendo esos extraños sueños.

La señora volvió a mirarla confundida por su situación.

—¿Qué clase de sueños?

—Bueno, sigo soñando conmigo diciéndome que debo irme, pero ha sido diferente esta vez. Ahora me digo a mí misma que debo tratar mejor a mi hermana, y yo no tengo hermanas. Solo un molesto hermano.

—¡Oye! ¡Si me adoras! —exclamó su hermano con la boca llena de panecillos.

Ella resopló. Su madre aclaró la garganta al ver que empezarían una pelea. Tal vez, con un poco de suerte, ella podría disfrutar de un desayuno en familia sin necesidad de la compañía de los gritos.

—Querida, son solo sueños.

—Pero madre, jamás soñé eso, y nunca he salido yo en ellos.

—Te estás acostumbrando, cariño. Ya verás que encajarás bien aquí y dejarás esos sueños extraños. Solo ten paciencia. Tu padre te lo dijo.

—De acuerdo...

Por primera vez después de bastantes días, no habían discutido en una comida.

Luego de que el desayuno terminara, cada familiar se iba a hacer cargo de su propia vida: su hermano fue a estudiar para su futuro examen de admisión, su madre se dirigió a su alcoba para colocar todas sus plantas y así poder regarlas y cuidarlas y la joven se quedó en su habitación maquillándose, ansiosa.

El timbre sonó, anunciando a una visita bastante esperada por Cristine.

—Señorita Zamora, el joven John está aquí.

La empleada de risos castaños apareció en el balcón de la joven Cristine, sorprendiéndola.

—¡Maldición! ¿No sabes tocar? ¡Podría estar desnuda! ¡No vuelvas a entrar a mi habitación sin antes tocar y que yo te dé permiso de pasar!

—Perdón, señorita, no volverá a suceder.

—Eso espero. Hazlo pasar y que nadie me venga a interrumpir, ¿ha quedado claro?

La mujer solo pudo asentir con la cabeza e ir a obedecer las órdenes de la hija de su jefe.

—Hola.

Su novio entró por la puerta de su habitación y le puso seguro a esta.

—Hola, querido, has tardado mucho.

—Cariño, he tardado cinco minutos más de lo acordado. Había algo de tráfico. —Se dirigió hacia ella para rodear su fina cintura.

—No me estarás engañando con otra, ¿o sí?

—Claro que no, mi vida, yo sería incapaz y lo sabes.

Ella entrecerró los ojos en su dirección y luego puso una enorme sonrisa.

—Te extrañé.

—Y yo a ti.

La joven se puso de puntas y rodeó con sus brazos el cuello de su novio

para que él la besara, este lo hizo de inmediato; aferrándose más a su cintura, embobado con el sabor de sus labios y embriagado con el perfume a rosas de la mujer presente frente a él.

Luego de haber estado una hora demostrándose el amor que se tenían el uno al otro, ambos se vistieron y salieron a dar un paseo.

El bosque era bastante húmedo, con un clima frío.

A pesar de estar en pleno verano, el bosque conservaba su sombría apariencia y temperatura poco alta.

—Y ¿cómo vas con tu mudanza, cariño?

—Bastante bien, amor. Ya logré desempacar mis cosas. Lo único que quiero es volver a la ciudad, no sé qué demonios hacemos en este asqueroso lugar.

—A mí me parece lindo.

—Porque tú eres muy ingenuo. Este lugar apesta; la humedad, el frío por las noches, el calor por las mañanas, no hay civilización a más de diez kilómetros, mi padre no ha puesto la piscina aún... Al menos hay internet y señal. No sé qué sería de mí sin esas cosas.

Él la observó seriamente. Ella tenía suerte de tener una familia que la quisiera y aun así no lo valoraba. Un pequeño defecto de su diosa.

—Tal vez el lugar te guste, nena. Deberías darle una oportunidad. A mí me agrada.

—No me importa si te gusta o no. Tú no vives aquí, yo sí. Es todo un infierno, como una cárcel.

Él suspiró, le dolía mucho que la chica que amaba lo tratara tan mal algunas veces. Él podía soportarla, pero otras veces le dolía demasiado sus palabras. Era demasiado egoísta.

—Cariño... ¿te he ofendido?

Él la miró directamente a sus ojos. Esos hermosos ojos azules lo enloquecían siempre.

—La verdad..., sí. Me duele que me trates tan mal a veces. Yo logro aguantar y trato de entenderte, pero en ocasiones me es imposible. Solo te estaba dando mi opinión, no tenías por qué enfadarte.

Cristine lo miró detenidamente. Ni siquiera ella sabía por qué cambiaba de humor tan rápidamente en cuestión de segundos.

—Lo siento, no he querido ofenderte. —El joven John no podía creer lo que estaba escuchando—. Es solo que aún no me acostumbro a esta pocilga.

John la miró sorprendido. No podía creer que su novia acabara de disculparse. Esperaba una lista de insultos bastante fuertes, pero no una disculpa. Solo pudo actuar con naturalidad antes de que la volverá a hacer suya en medio del bosque.

—No importa, cielo, todos cometemos errores.

Él se acercó a ella y dejó un largo beso en sus labios, luego uno en su frente.

El reloj marcaba las once de mediodía. Cristine junto a su novio habían instalado la nueva cama. Ellos dormirían en una habitación para invitados una noche mientras los trabajadores se encargaban de pintar el cuarto de la joven.

John sacó a su novia a almorzar a la ciudad. Apartó una mesa para dos en uno de los restaurantes más caros que su tarjeta de crédito le permitía. Ella merecía algo de familiaridad por un día.

Almorzaron tranquilamente y bebieron algo de vino. Pasaron su tarde en el cine y la playa.

Su novio le compró a Cristine bastantes bolsas con ropa, maquillaje y joyas.

Por eso ella lo amaba, solo él podía tratarla como toda una reina, a excepción de su padre.

Cuando venían en el camino de regreso a la hacienda, él puso algo de música para animar el ambiente. La velocidad del auto era alta y aumentaba por ratos.

—Esto me encanta. Amo estar contigo —gritó Cristine por encima de la música, quitándose su cinturón.

Ella se lanzó sobre él y le dio un rápido beso en sus labios.

Siguieron en su trayecto, internándose cada vez más en el bosque, la oscuridad rodeaba la calle a excepción de las luces del coche.

Cuando iban a mitad de su camino, divisaron a una mujer: su pelo era rubio y tenía unos pequeños ojos. Traía consigo un vestido blanco y roto, pero su cara no se reflejaba muy bien. Frenó con algo de brusquedad, dejando humo dispersándose en el proceso.

—¿Ves eso?

Su novio prestó atención total en la mujer que le impedía el paso.

Él comenzó a sonar el claxon, tratando de hacer entrar en razón a la mujer frente a él para que no tuviera que rodearla o arrollarla.

—¿Por qué no se aparta del camino?

—No lo sé.

John sacó la cabeza de la ventana de su *BMW* y comenzó a silbarle a la mujer.

—¡Oye, tú! ¡Señorita! ¡Apártese del camino!

Ella ni se inmutaba. Él siguió gritándole y sonando el claxon.

No deberías gritarle a las personas, querido John.

Él miró pasmado a la mujer cuando se dio cuenta. No porque lo amenazara ni porque al fin daba señales de vida, sino porque ella se había descubierto la cara y tenía exactamente los mismos rasgos y la misma voz que su novia.

—¿Pero qué?

John miró a su novia, sentada a su lado. Esta negó con la cabeza, se veía igual de impresionada y asustada que él.

—¿Esto es una maldita broma? —espetó molesto hacia Cristine, quien estaba conmocionada

—Ella... ella... es la misma... mujer que sale en mis... sueños.

Cristine sintió cómo su cuerpo se volvía totalmente frío, todo un escalofrío recorrió el mismo al ver a la mujer que siempre aparecía en sus sueños. Ella era idéntica a la presente, solo que un poco más joven, con dos años menos quizás. Cristine tenía diecisiete años, y esa mujer parecía casi una niña. Posiblemente cargaba quince años de edad. No podía creer lo que veía. Incluso por su mente cruzó que quizá se trataba de una gemela.

No deberías estar aquí. Te dije que debías irte, no me has hecho caso. Deberías obedecer a tus mayores.

La pareja se quedó pasmada al ver cómo la mujer comenzaba a levantarse del suelo. No había cables, ni cámaras, tampoco efectos especiales. Todo era real cien por ciento y estaba sucediendo justo en sus narices.

Quedaron pálidos al ver a la mujer a más de dos metros del suelo, y luego lanzarse contra el auto del joven.

—¡Jhonny, acelera!

—¡Joder!

El joven aceleró, tratando de dejar atrás a la extraña mujer. Ella seguía detrás de ellos, en el aire. El joven a pesar del miedo y la adrenalina que sentía, trató lo más que le era posible manejar rápidamente tratando de evitar un accidente.

Tras varios minutos sintiéndose en una persecución, la mujer se perdió entre los árboles del bosque y dejó asustados y solos a la pareja del coche.

—¿Qué ha sido eso?

—¡No lo sé!, ¡solo continúa!

Al cabo de unos minutos, se encontraban en el gran portón de la hacienda. Rápidamente entraron, sin importarles las protestas de los empleados.

El primero en aparecer fue el padre de Cristine, que se quedó casi inmóvil al ver a su hija despeinada, agitada y totalmente pálida. No era el pálido natural de su piel, este era como la harina.

Ella al ver a su padre se pegó a él como si la vida dependiera de ello.

—¿Qué ha pasado, amor? ¿Por qué estás asustada?

—Señor...

El padre miró al novio de su hija. Él también estaba como un saco de harina. ¿Qué habrá pasado? Se preguntaba él.

—¿Le has hecho algo?

El joven lo miró y negó con la cabeza.

—No, señor, ha pasado algo difícil de creer.

—Cuénteme entonces.

Y así la pareja le narró al padre de familia todo lo sucedido en el camino de regreso a la hacienda, los rasgos de la mujer y también su vestimenta.

—Llamaré a la policía, podría ser un atentado contra ti. Te he dicho que necesitas guardaespaldas, pero te niegas. Pueden usarte en mi contra con tal de conseguir dinero.

—¡Pero, padre! No era un hombre, ni tenía armas y tampoco nos amenazó. Era una mujer, ¡en el aire!, ¡volando tras nosotros! Eso no era un atentado. Era alguna lunática que se sabía mi nombre y parecía una niña. ¡Era idéntica a mí! No hay nadie igual al menos que tenga una gemela perdida.

Él lo consideró por unos minutos. Quizá era hora de charlar con su mujer y también con su hija.

—Querida, debemos hablar.

Capítulo 3:

Su padre y su madre estaban sentados en el sillón grande de la sala, junto a la chimenea.

Ambos le explicaban a su hija lo sucedido con su tía; su parecido físico, su edad, su muerte... Había tanto de qué hablar. Tanto qué decir. No era como si su madre se sintiera cómoda con ello, sin embargo, era algo que debió decirle a su familia hace mucho tiempo.

—Dios mío..., mi tía era la mujer de la carretera.

—Así es, querida, pero ella está muerta. Seguro ha sido tu imaginación —decía su madre, tratando de controlar sus nervios.

—Señora, no pudo ser imaginación de Cristine. Yo también estaba ahí —habló su novio, pensando en ignorar lo ocurrido. ¿Y si era mejor así?

Su madre aún no podía creer lo ocurrido. ¿Su hermana estaba viva? ¡Eso no era posible! Ella había sido testigo de su cuerpo en ese ataúd negro. Sin darse cuenta las lágrimas comenzaron a salir de su rostro. Siempre había sido una mujer sensible, y se consideraba cobarde en algunas situaciones.

Su amado esposo la tomó en brazos, abrazándola y tratando de que ella se mantuviera tranquila. No soportó nunca ver a la mujer que amaba llorando, y esta no era la excepción.

—Padre, quiero guardaespaldas. Si es algún tipo de atentado no quiero que le pase nada a mí ni a mi novio.

—Querida, haré las llamadas necesarias. Ahora, ve a tu habitación, ya

debe estar pintada. Quédate ahí y luego hablamos, no podemos poner a tu madre en esta situación. No debemos alterarla.

—Pero, padre...

—¡He dicho que subas! ¡Tu madre no está bien!

Ella lo miró sorprendida. ¿Acaso su padre, acaba de gritarle?

—Cielo, subamos. Anda, tu papá tiene razón. Esto no es bueno para tu mamá.

Su novio la tomó por los hombros y la levantó suavemente del sofá, la dirigió así a su habitación y entraron en ella.

El padre estaba alterado, arrepentido por haber gritado a su hija; la niña de sus ojos. Pero en ese momento la mujer de su vida estaba mal y eso es algo que él siempre trató de no hacer. Ya fuese por él o por el dinero, el esposo nunca la había hecho sufrir, o al menos, eso intentaba.

—Querida, debes estar tranquila.

—¿Cómo es posible que ella esté viva? Tú y yo estuvimos en su funeral. Eso no puede ser cierto.

—Lo sé, no está viva. Quizá es una broma pesada de alguien o intentan algo con nuestra hija para sacarnos dinero. Sea lo que sea, te prometo que moveré cielo, mar y tierra para saber qué demonios ocurre aquí.

Ella asintió. Su marido podía llegar a ser el más odioso y el peor monstruo del mundo, pero también llegaba a ser el mejor hombre para una mujer en ciertas circunstancias. A pesar de las diferencias y peleas de los dos, ambos se amaban incondicionalmente.

Ninguna adversidad podía superar algo tan fuerte como el amor de un hogar.

Cristine estaba en su habitación, encendió la calefacción y el frío era menos, pero no por eso se quitaba completamente.

—No puedo creer que en serio haga tanto frío en tu cuarto, pequeña.

—Te lo dije. Es solo por las noches, pero igualmente es insoportable. Estamos en verano, no debería hacer frío.

—Lo sé.

La mujer suspiró. Estaba realmente asustada por lo que había pasado horas antes. Esa mujer era escalofriante y su parecido la ponía nerviosa. Era casi como su melliza. Ella, fuese quien fuese, no estaba viva. Nadie podía volar, al menos nadie que fuese humano hasta donde ella sabía.

Su única esperanza sería dormir. Tal vez si descansaba no tendría ese tipo de sueños. Mañana cumplía años su novio y tendría que ir a la ciudad a

comprarle algo. Pero... ¿qué se le regalaba a un hombre adinerado que lo tenía casi todo? No lo sabía, pero eso de seguro lo afrontaría mañana.

—¿En qué piensas?

Su novio la observaba preocupado. Él tenía miedo de lo que le pudiera pasar. Tal vez todo era una maldita broma y solo los querían joder por venganza.

—En nada. Buenas noches.

Ella se dio la vuelta, dándole la espalda. No era momento para dar explicaciones y menos a su novio. Estaba cansada y asustada por los extraños acontecimientos de esa noche. No podía mostrarse tan débil.

John, a pesar de saber que no tenía que acercarse ni hablar, puso un brazo alrededor de la cintura de su novia y atrajo su espalda a su abdomen.

—Sé que estás asustada, cariño, pero nada malo pasará. Ya verás. Te protegeré y daré mi vida de ser necesario, lo sabes. Yo te amo y estoy aquí para cuidarte pase lo que pase. Siempre juntos, ¿recuerdas?

Ella lo pensó un momento. Jamás habría permitido que él le dijera que estaba asustada. Pero en esos momentos no pudo soportarlo más y comenzó a llorar. Sentía sus ojos humedecer y las lágrimas cayendo por sus mejillas. Jamás había llorado frente a nadie, y se había prometido nunca hacerlo frente a su novio. Para ella llorar era demostrar debilidad, impotencia y cobardía. Y Cristine no era nada de eso, sin duda. Solo que en esos momentos el pecho de su novio parecía una cómoda almohada y sus brazos le transmitían el calor necesario.

Cristine se puso entre sus brazos, dándose la vuelta y pegando su frente al pecho del joven que trataba de consolarla. ¿Sería tan malo debilitarse solo un momento?

Impresionado al ver que la joven por primera vez en toda su relación no se había enojado por un comentario, la abrazó aún más fuerte. Intrigado y debatiéndose entre si debía seguir hablando o debía quedarse callado. Jamás vio a su novia llorar y mucho menos delante de él. Realmente debía tener miedo si había hecho algo así delante de alguien.

Al cabo de unos minutos, los sollozos y las lágrimas cesaron, dando inicio al sueño y el cansancio.

—Te amo, pequeña. No lo olvides nunca.

—...

La situación no había sido suficiente para que ella le dijera que lo amaba, pero tampoco la forzaría. Él estaba ahí con ella para consolarla, no para pedir

nada a cambio. John solo supo suspirar con cansancio y dirigir a ambos a la cama para descansar.

Luego de que pasaran las horas, Cristine se había quedado dormida en sus brazos. Un ruido extraño hizo que él despertara. Frunciendo el ceño y con ojos adormilados, dio una rápida repasada con su vista por la habitación. Nada parecía fuera de lo normal. No fue hasta entonces que encontró una figura parada frente a la cómoda de su novia. Era una mujer y estaba vestida de la misma manera que la joven de la carretera. Él se tensó de inmediato. Estaba de espaldas a él, pero su vestido y su cabello la delataban.

El joven no supo muy bien qué hacer por lo que permaneció callado, tratando de no llamar la atención de la señorita de espaldas y quizá fingir que estaba dormido.

Estaba esperando a que despertaras, querido.

John la miró, sorprendido. No esperaba que ella supiera que él había despertado, no había hecho ruido ni nada que lo delatara. Solo supo tragar fuertemente con su garganta.

—¿Cómo... cómo sabes que estaba despierto?

Porque yo te desperté, tonto.

El hombre se tensó aún más y un escalofrío lo recorrió al escuchar nuevamente la voz de su novia en otro cuerpo idéntico a ella. La mujer se dio la vuelta para poder mirarlo y se encontró con un joven pálido como la nieve.

No deberías temerme, jovencito.

Él se quedó petrificado al ver el rostro nuevamente de la joven, solo que más cerca de lo que estaba en su auto. Sus ojos no lo habían engañado: era hermosa.

—¿Por qué no? Usted ha intentado matarme a mí y a mi novia. Tengo suficientes razones para temerle. Además, no creo que usted esté viva. Se supone que su muerte fue hace más de diez años, y ahora se aparece de la nada, en medio del bosque con un vestido que usó en su funeral y vuela por los aires persiguiendo autos con adolescentes dentro.

El joven quedó helado al ver que la mujer lo miraba con rostro inexpresivo. No sabía cómo había hablado ni entendía por qué conversaba con una muchacha que posiblemente estaba muerta. Pero no dejaría sola a su novia.

Tienes razón, estoy muerta. Pero no debes temerme, yo no te haré daño. Solo la quiero a ella.

La mujer señaló a su sobrina que estaba entre los brazos del hombre en la cama.

—¿Para qué la quiere?

La quiero conmigo. Es una niña caprichosa y malcriada. Esta es una egoísta e inmadura que solo piensa en sí misma. No le vendría mal un escarmiento.

El novio de Cristine seguía sumamente helado hasta los huesos, asustado por la situación. Sabía que su novia podía ser...difícil. Pero no por eso dejaría que la lastimaran.

—Ella es mi novia, yo la amo tal y como es. ¿Usted acaso no puede aceptar eso? Según tengo entendido usted es su tía, debería quererla como tal. Ella puede cambiar, yo lo sé. Estos días ha sido diferente, incluso conmigo.

¿Por qué crees que ha sido así? Yo la he atemorizado en sueños y ella ha llegado al punto en el que hasta lloró en tus brazos. No te hagas falsas ilusiones, muchacho.

—¿Cómo sabe usted eso?

Yo siempre la observo, querido. Siempre estoy donde ella está. Tú me caes bien, te has enfrentado a mí solo por esta niña malcriada. No te haré daño siempre y cuando no te metas en mi camino. Sé que la amas, eso es admirable. No cualquier hombre se enamora de una mujer rica como tú lo has hecho, al menos que sea por dinero, pero eso a ti te sobra. Sobre todo, después de la muerte de tus padres y tu hermano, al quedar toda su fortuna en tus manos. Por cierto, les mandaré tus saludos.

El joven la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo es posible? Nadie lo sabe salvo Cristine y yo no le he dado detalles.

Cariño, yo soy Cristine, ¿lo olvidas? Yo vivo en ella, dentro de ella. Siempre estoy a su lado, aun cuando están en esta cama revolcándose. Esta es mi habitación, niño, y nada cambiará eso.

—No debería ser así. Usted está muerta.

Y es por eso que puedo hacer muchas cosas que en vida no podía. Te dejaré descansar para mañana. Solo no te metas en mi camino y no te haré daño. Por cierto, feliz cumpleaños.

La mujer desapareció entre las sombras y el reloj marcó las doce de media noche. El chico que estaba en la cama junto a su novia sintió un gran escalofrío cuando la mujer le deseó el feliz cumpleaños. Ya tenía dieciocho años, eso lo hacía un adulto y por tanto dueño oficial de toda la fortuna de su familia. Eso

lo emocionaba, pero saber que hoy hace cinco años su familia se había ido a un lugar mejor, no lo hacía muy feliz.

Debía pensar qué haría para impedir que esa mujer le hiciera daño a su novia. Él no permitiría que la lastimaran, no le importaba las amenazas de una mujer muerta. Él la protegería, aunque su vida dependiera de ello.

Capítulo 4:

Al día siguiente, Cristine despertó muy temprano para comenzar su día. Se dirigió a la cocina y desayunó sin nada de compañía en la mesa, fue hacia su auto donde su chofer la esperaba y se despidió de su hermano que encontró cuando iba de camino. Había despertado muy temprano, pero todo esfuerzo valía la pena.

Al llegar a la ciudad, comenzó su día. Llamaba a diversas tiendas pidiendo todo lo necesario para una fiesta en la hacienda. Sería privada, con amigos y algunos familiares. Encargó el pastel, los globos, la comida para invitados y todo lo demás que necesitaría.

Después de más de cuatro horas recorriendo toda la ciudad, decidió tomar un descanso. Una llamada proveniente de su móvil hizo que despertara de su casi siesta y decidió contestar:

—Hola.

—*Cielo, ¿dónde estás? No estabas en la cama cuando desperté.*

—Ando en la ciudad. Estoy ocupada, lo siento. Adiós.

Y colgó simplemente, dejando a su novio confundido por su comportamiento.

A mediodía, luego de haber almorzado en un restaurante cerca de la zona, decidió darse un pequeño lujo por su esfuerzo. ¿Qué clase de novia gastaba tanto dinero en su novio? Eso rondaba su cabeza a cada minuto. Se dijo a sí misma que era la mejor novia que un hombre pudiera tener y que en realidad su querido John tenía mucha suerte.

Ahora venía su reto: el regalo. Fue a varias tiendas, incluso pidiendo recomendaciones, pero ninguna la convenció. Estuvo casi dos horas dando vueltas a través de un centro comercial bastante amplio. Al final, casi a punto

de rendirse, sus ojos divisaron una joyería; quizá un rubí no le vendría mal. Se encaminó hasta la privilegiada tienda de objetos caros y entró en el comercio. Una señora de canas, con gafas triangulares y bastante pequeña la atendió.

—Buenas tardes, señorita Zamora. Es un placer tenerla dentro de esta tienda.

—Sí, lo sé. ¿Qué me recomienda para un cumpleaños número dieciocho? Mi apuesto novio cumple hoy y quiero impresionarlo.

La señora desapareció a través de una puerta detrás del mostrador. Tardó aproximadamente cinco minutos hasta que volvió con dos cajas pequeñas en sus manos. Una era color negro y de terciopelo, la de su mano izquierda era roja y del mismo material del anterior.

—¿Qué es esto?

—Son collares, señorita; el de la caja roja trae consigo un rubí incrustado y es de oro puro, el de la caja negra es más sencillo: es una cadena de plata y dentro del dije te permite llevar contigo una foto tamaño pasaporte.

Cristine lo pensó bastante. Ambos sonaban encantadores, pero no era capaz de decidir.

—¿Alguna opinión personal?

—¿Yo? Si me lo pregunta, señorita Zamora, le recomendaría el de caja negra; es sencilla pero hermosa, digno de cualquier chico. De seguro a su novio le gustará.

Ella asintió con su cabeza y decidió comprar la negra. Al cabo de unos minutos la caja junto con su contenido ya era de su propiedad y decidió que era momento de volver a casa. Estaba cansada, y aun así tenía una fiesta que soportar.

Al llegar a la hacienda su novio estaba frente a la puerta de brazos cruzados, mirándola fijamente.

—Hola, querido.

—Hola.

Por su tono de voz Cristine se dio cuenta al instante de que algo andaba mal.

—¿Pasa algo?

—Sí.

Ella pasó frente a él y se adentró en la hacienda, camino a su habitación.

Dejó todas sus cosas guardadas bajo llave y se dio un largo baño, debía quitarse la mugre que dejaba la ciudad y su gente. Al salir, su novio estaba en la cama, sentado.

—¿Qué es lo que te pasa? Pareces... molesto.

El joven por primera vez en mucho tiempo, le había dedicado una mirada de rencor e ira.

—Sabes que no me gusta festejar este día. Sin embargo, llega aquí todo un maldito camión con cosas de fiesta y un enorme pastel. Pensé que me conocías un poco mejor.

Ella lo observó furiosa. ¿En serio se enojaba por algo tan tonto?

—¿Cómo? Solo quería hacer algo distinto. Sé que es una fecha no muy agradable de tu vida, pero quise y pensé que tal vez eso podía cambiar. —Cristine frunció el ceño, molesta—. ¡Lo hice con todo el cariño! ¡Me la he pase todo el maldito día de tienda en tienda solo para hacerte algo pequeño y sencillo! No es mi culpa que esas personas sean unas incompetentes y hayan arruinado todo. ¿Sabes?, me alegra que lo hayan hecho. Así me ahorré la vergüenza de que si hubiese hecho una fiesta tú me dejaras plantada o en ridículo. Púdrete.

Cristine revisó en su bolso con algo de violencia, buscando el regalo. Una vez en su mano, lo lanzó con brusquedad a la cama y se dirigió a la puerta.

—¡Feliz cumpleaños! ¡Lamento haber intentado cambiar tu jodido pasado!

Sin más que decir se fue de ese lugar. No soportaría que un simple hombre la tratara de ese modo. Ella no hacía esas cosas por cualquier persona y menos por un chico. ¿Que acaso él no apreciaba eso? No lo sabía. Se había enojado y mucho. Ella era la de los enojos y gritos, no él. Su corazón se había suavizado desde que llegó a esa maldita hacienda. Si todo fuese como antes, sería feliz. Pero ese lugar la estaba cambiando y eso no le gustaba para nada. Como si fuese poco, su tía había venido del más allá o algo parecido e intentaba matarla. ¿Acaso podría empeorar su verano?

Ella desapareció del cuarto y en pocos minutos abandonó la hacienda, adentrándose en el bosque húmedo de la propiedad. Se encontró a sí misma sentada en un viejo tronco cerca de un lago que había encontrado de casualidad. Cristine no solía hacer esas cosas, pero en esos momentos no le importó su dinero ni su integridad. Solo necesitaba estar en un lugar alejado de todo y completamente sola.

Hola.

La joven miró por encima de su hombro para encontrarse con una mujer casi idéntica a ella. Solo que esta se veía más niña y tenía los ojos huecos. Estaban oscuros y con ojeras a pesar de su gran parecido. Un escalofrío recorrió su cuerpo, iba a correr, de seguro. Pero en esos momentos su enojo

era mayor.

—¿Qué demonios quieres, tía?

¿Ahora sacas las uñas, cielo?

—No es el mejor momento para que me asustes o me intentes matar.

¿No me tienes miedo?

—¿Tener miedo a mi propia cara? No, no soy tan fea. Debería temerte en estos momentos, pero como te he dicho antes, no estoy de buenas.

¿Qué te hace pensar que a mí me importa? Podría matarte ahora mismo y sería muy sencillo.

—Entonces hazlo. Odio mi vida. Muy poco me importa lo que pase conmigo. Ya me cansé de todas las personas; intentas ser buena con ellos y te tratan como basura.

Tú eres basura. No veo la diferencia.

—¿Por qué me odias? Yo no te hice nada, y soy tu sobrina. —El repentino enojo se estaba yendo casi mágicamente. Cristine comenzó a preguntarse la razón.

Yo no te odio, querida. Pero eres una niña muy desagradecida con mi hermana y solo piensas en ti misma. Me ha impresionado lo que has hecho por tu novio y solo por eso no te mataré. No aún.

La joven estaba confundida.

—¿Qué tiene que ver John con todo esto?

¿Se llama John? Vaya galán. Lo conocí la noche pasada mientras dormías. Él te quiere mucho, ¿sabes?

—¿Y quién no me querría? Soy hermosa, popular y millonaria. Tiene mucha suerte de tenerme.

Ahí está tu problema, torpe. Te crees más de lo que eres, eso es lo que detesto de ti. ¿Sabes por qué? Porque eres igual a mí.

—Eso ya lo noté. Tu carácter es un asco.

El tuyo es igual. Así como te irrita mi carácter, el tuyo irrita a los demás.

Cristine estaba asombrada. Jamás había pensado que ella se veía así, como su tía. Jamás pensó que hablaría con alguien muerto, y mucho menos creyó que ella tenía ese carácter. Debía ser muy molesta.

Deberías irte, cielo, tu querido John está preocupado y tus padres también. No lastimes ni angusties a mi hermana, o ya sabes lo que pasará.

Ella asintió y se puso de pie, cuando iba a despedirse de su tía ella ya no estaba.

—Gracias —murmuró.

Sin saber si ella la había escuchado o no, decidió marcharse de ese lugar.

Luego de una hora de caminata rogando que no se le olvidara el camino de regreso, Cristine se encontraba en la hacienda, o al menos cerca de ella. Aún debía faltarle casi cien metros, pero podía distinguirla a lo lejos. Escuchó unos relinchos a los pocos metros y divisó un hombre sobre un caballo. De seguro trabajaba en la hacienda. Agitó sus brazos para que la pudiera encontrar y el caballo comenzó a aproximarse a ella.

—¿Señorita Zamora?, ¿qué hace aquí en medio de la casi noche?

—Me he perdido. Debo volver a la hacienda, mis padres han de estar preocupados.

—Suba.

Cristine subió en el bello y alto animal, acariciando un poco el pelaje blanco de este. Sujetó con firmeza el cuerpo del señor de cuarenta años y sintió cómo el caballo comenzaba a galopar.

En pocos minutos se encontraba frente a la puerta principal de la hacienda, bajó del bello animal y entró sin más dentro de la enorme casa. Se dirigió hacia la sala de estar, debía encontrar algo que pudiese leer para poder olvidar la pelea con su novio y el inesperado encuentro con su tía.

—Ya hemos llamado a la policía, verán qué pueden hacer.

—¡No me importa, son unos incompetentes! ¡Si algo le pasa a mi pequeña juro que los mataré con mis propias manos!

Cristine se dirigió hacia el despacho de su padre, los gritos la habían alertado. Al entrar al lugar vio a toda su familia reunida, junto a su novio y dos hombres que vestían trajes de oficial.

—¿Qué hacen aquí? ¿Quién se ha perdido?

Todos miraron hacia la puerta de la que provenía la voz. Estaban conmocionados.

—¡Querida!

Su madre se abalanzó sobre ella, casi cayendo las dos. Cristine iba a insultarla, pero recordó las palabras de su tía, así que se contuvo.

—¿Qué pasa?

—Nos tenías muy preocupados, cielo —decía su madre, separándose un poco de ella—. Hemos pensado que algo te había pasado, no contestabas tus llamadas y no dijiste a dónde ibas.

—He salido a tomar aire fresco —mintió, dándole una rápida mirada a su novio que se le veía feliz pero arrepentido—. Me he perdido y me quedé

charlando con mi... Con una amiga. Se me pasó el tiempo.

—La próxima avisas. Te tendré que castigar, cariño. No puedo dejar que estas cosas pasen. —Su padre parecía aliviado. Aun así, trató de poner su postura autoritaria.

Cristine se limitó a asentir y dirigirse a su cuarto, pidiendo disculpas por un repentino cansancio que era claro que no sentía.

Al encontrarse en su habitación se puso el bata color blanca y se metió entre las sábanas. Necesitaba pensar en muchas cosas, una de ellas era su tía.

—¿Puedo pasar?

Su novio se asomaba en la puerta.

Cristine sintió la ira volver, y si bien trató de no insultar, se le hizo casi imposible cambiar su tono de voz tan seco.

—No, estoy cansada. ¿Nadie puede respetar eso? Además, no quiero hablar contigo. Entiendo que tengas problemas con tu familia y en verdad lo lamento, pero no debes desquitarte conmigo. Ahora, si me lo permites, iré a dormir. Cierra bien la puerta y dile a alguna empleada que te preste un pijama y una habitación para huéspedes. Buenas noches.

Su novio ni siquiera protestó. Las palabras habían salido como balas y no había podido ni interrumpirla una sola vez. Se sentía abatido y sabía que si insistía las cosas serían peor. Él sabía que no era culpa de ella sus problemas personales y aun así había pagado sus malos ratos con la mujer que amaba. Lo mejor era dar tiempo a la situación. No había sido un gran cumpleaños, como era de esperarse. Y la fiesta ni siquiera se había llevado a cabo. Pero al menos el collar colgando de su gran cuello lo hacía sentirse en paz.

Capítulo 5:

Nuevamente un día comenzaba. Las vacaciones se le hacían eternas a Cristine.

Ella quería algo diferente, inesperado e imprudente. Cuando terminó de desayunar tomó un libro y se despidió de su familia. Estaba aprendiendo a ser

algo más... amable. Quería vivir en paz, si podía volver a ser como antes ella lo intentaría.

—Hola.

Su novio la detuvo en la puerta de la hacienda. No sabía que él podía montar a caballo.

—Hola.

Él le extendió una mano y le sonrió.

—¿Quieres venir?

La joven dudó un momento. Aún se sentía molesta por lo de la noche anterior, sus palabras le habían dolido y eso la enojaba aún más. ¡Ella jamás se había disculpado! ¡Y menos con un hombre! Quería volver al lago, si su tía estaba ahí quería hablar nuevamente con ella.

—Yo, no lo sé...

—Por favor —la interrumpió, casi rogando porque ella aceptara—. Solo será esta mañana, en la tarde regresamos.

Cristine se detuvo a pensar en qué hacer. Quería respuestas, sin duda, pero una reconciliación no haría nada mal. ¿Qué alguien le rogara y luego la acariciara? Eso no sonaba nada mal.

—De acuerdo.

Su novio le sonrió agradecido y le ayudó a montarse sobre el café y gran animal.

Se marcharon lejos de la hacienda, donde nadie pudiera encontrarlos por una larga mañana. John había pedido la opinión a un capataz del lugar y este le había aconsejado una colina muy hermosa; de ella sobresalía pocos metros adelante una preciosa cascada que caía hacia un río.

En poco tiempo estuvieron sobre la colina. El joven había traído todo lo necesario para un día de campo, aunque ahí sería solo una mañana. Con suerte y esfuerzo, recuperaría la confianza de la chica que amaba, y quizá la próxima vez podrían celebrar su cumpleaños.

Sentados recibiendo el cálido y abrazador sol, se encontraba la pareja sobre una manta en la colina. Ambos comían en silencio, asustados y nerviosos por la presencia de su acompañante, asimilando cuál de los dos debería hablar primero.

—Bueno... —el joven había tomado el valor de vocalizar algunas palabras—, ¿has dormido bien?

Ella lo miró aburrida. ¿En serio era lo único que tenía para decir?

—Sí... ¿Tú?

Él asintió, llevando un poco de lo que contenía su plato a su boca.

Ambos se preguntaban qué les pasaba. Parecía como si estuviesen en la primera cita.

—Creo que... deberíamos hablar, ¿te parece?

Esta vez fue Cristine quien asintió emocionada. Ella sentía nervios ante su presencia, su cuerpo se estremecía por minuto.

—Bueno..., lamento mucho lo que hice, en verdad. No debí pagar contigo mi dolor y de verdad lo siento. No quería hacer eso y lo sabes... Eres lo más importante en mi vida.

Ella bajó la mirada, resentida. Quería hacerse la dura, pero por alguna extraña razón su corazón se sentía blando y cálido. Las palabras que expulsaba por su boca siempre derretían su corazón. ¿Acaso era parte de estar enamorada?

—No importa, no fue tu culpa y lo entiendo. Podemos dejarlo así. Debo volver a la hacienda, ¿vamos?

Él la observó sorprendido. Juraría que ella no se la iba a dejar tan fácil su error. Aun así, lo perdonó sin chistar. Algo andaba mal, seguro.

—Vamos.

Cuando regresaron a la hacienda, el joven le dio un fugaz beso y ella, tratando de no llamar la atención, se dirigió al bosque. Implorando nuevamente para que el camino no se le hubiese olvidado o perdido. Finalmente lo encontró. El tronco seguía allí, intacto. Se sentó sobre él y comenzó a leer el libro que había traído en manos.

Los minutos pasaban y no había ocurrido nada fuera de lo normal, Cristine se daría por vencida en poco tiempo. Unos ruidos provenientes de los árboles la sorprendieron. Dudosa de si debía hablar o no, decidió esperar a su tía.

—Señorita.

Su sorpresa fue encontrarse al mismo hombre de la noche anterior ante ella. No venía en caballo esta vez, solo con sus largas botas de cuero.

—Hola, señor, ¿qué hace por aquí?

—Eso mismo le pregunto a usted, señorita. Una niña no debería andar por este bosque tan sola.

El hombre la vio preocupado, mirando a su alrededor para asegurarse de que no venía nadie. Había sido muy sencillo seguirla. Sus intenciones no eran buenas, eso sin duda.

—Yo... Este se ha convertido en mi lugar favorito y secreto. Espero que no lo comparta con nadie. No estoy sola. En efecto, espero a alguien.

—¿A su novio, acaso?

Ella negó con la cabeza, no le diría que esperaba a su tía muerta, la creería una completa demente. Comenzó a sentir nervios. Por alguna extraña razón sentía temor ante la presencia del hombre.

—Oh..., en ese caso me retiro.

El hombre desapareció por donde vino y se fue sin decir más. Sabía perfectamente que no podría hacer nada sin una buena estrategia.

Cristine continuó su lectura y sintió una paz en el ambiente al no haber un solo ruido. Eso, quitando el poco sonido que emanaba de los pájaros y algunos grillos de la zona.

La joven sintió unos grandes brazos sujetarla por detrás y hacerla caer al suelo. No sabía de quién se trataba y por unos segundos había jurado que era su tía, pero la voz que escuchó era masculina.

—Te tengo, muñeca.

El señor del caballo cuyo nombre era Rafael le había tendido una vil trampa. Deseaba el joven cuerpo de la mujer desde que la vio entrar en la hacienda.

—¡Suélteme, asquerosa rata! ¡Pagará caro lo que hace!

La joven forcejeaba en un inútil intento. Él comenzó a tocar zonas que solo su novio había tocado y sintió asco ante el contacto. El hombre comenzó a bajar sus shorts y a quitar su cinturón de cuero.

¿Cómo podía tener tanta fuerza? La joven se sentía débil y cobarde por la anticipación que su cuerpo estaba sintiendo. Cuando ya estaba prácticamente listo para arruinarle la vida a Cristine, sin pensar muy bien en lo que hacía, una fuerza que no distinguió lo hizo caer al lado de la joven.

Cristine lo había empujado muy fuerte, con más fuerza de la que tenía un humano.

—*Eres un gran tonto.*

El señor quedó casi paralizado al escuchar la combinación de dos voces en un solo cuerpo.

—*Nadie me toca a mí sin permiso. Ahora te daré una lección que jamás olvidarás. Nadie violará a una persona en mi presencia, los hombres como usted me dan asco. Me haré cargo de que no pueda volver a hacerle daño a nadie.*

En un rápido movimiento, el espíritu que estaba dentro de Cristine la hizo levantarse del suelo, tomando diversas ramas de los viejos árboles y dirigirlos hacia el violador. Este corrió lo más rápido que pudo, pero no logró escapar.

Cuando abrió los ojos, pensando que todo había sido un sueño, divisó todavía a la mujer en el aire. Seguro de haber tenido piedad, trató de levantarse. Un fuerte dolor en su entrepierna hizo que dirigiera su mirada hacia ella, encontrándose con nada más que sus testículos. Su miembro había sido mutilado por las ramas que lo habían atravesado. Comenzó a llorar y gritar sin cesar por el dolor y la desesperación.

—¡Eres un demonio! Piedad, ¡déjame ir! Lo... lo lamento.

—*Ahora corre. Mi padre se encargará de arruinar tu vida.*

Rafael corrió lo más que pudo, lejos de lo que creía era un monstruo.

Cristine despertó en su habitación, sobre la cama. Tenía su pijama puesto y estaba completamente limpia. Bajó las escaleras y se detuvo en seco al ver al hombre del caballo hablando con su padre.

—¿¡Qué hace usted aquí!?

Él y su padre la miraron confundidos.

—No te preocupes, querida. Al señor Rafael le ha pasado un accidente hace tres días y debe irse por un tiempo.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Tres días? ¿Cuánto he dormido?

—Tres días, cariño.

—Pero ¿¡qué dices!?! ¡Papá, ese hombre ha intentado violarme! ¿Y tú lo recibes en casa?

El padre miraba sorprendido y confundido en dirección a su hija. ¿Acaso se había vuelto loca?

—¿Cómo dices? Pero el señor Rafael ha tenido un accidente, ¿y tú te atreves a hacer un berrinche ahora?

—¡Pero, papá...!

—¡Basta! —interrumpió el padre de familia—. No tengo tiempo para tus caprichos ahora, Cristine. Solo ve... ve a tu habitación, por favor.

Ella lo observó con desprecio. Su propio padre no era capaz de creerle nada. ¿Qué había pasado con él? ¿Por qué ya no era el mismo de antes? Sin duda alguna, su cambio no le estaba gustando.

—¡Maldito hijo de puta!

El joven John había entrado por la puerta principal de la hacienda, acercándose peligrosamente a el señor del caballo y estampando un fuerte golpe en su cara.

—Pero ¿qué haces? —exclamó el padre de familia, alterado.

Él estaba asombrado. ¿Acaso todos tenían algo en contra del pobre Rafael?

—¡Este maldito ha intentado violar a mi novia! ¡Fue el causante de que ella estuviera inconsciente durante días!

Rafael solo se mantenía en silencio, sin poder hablar. Esa loca y extraña mujer demonio no solo le había quitado su hombría, también se había hecho cargo de que no pudiese volver a hablar nunca más. Quería huir lo más rápido que pudiese de ese lugar.

—Deberían respetar a el pobre Rafa. Ha sufrido una castración sin quererlo y ha quedado mudo de por vida. ¿Por qué se empeñan en levantar falsos?

John observó a Cristine; una mirada de pregunta de si había sido ella o su tía. Cristine solo se limitó a asentir.

—Me alegra que lo haya hecho —murmuró para sí mismo—, así aprenderás.

Sin decir más se acercó a Cristine y la abrazó fuertemente, aliviado por su regreso.

—Si usted no hace nada para que este imbécil se pudra en la cárcel por haber intentado violar a su hija, tomaré personalmente cartas en el asunto.

Dicho esto, se marchó junto a su novia, que solo había callado. Entraron en su habitación y se cambió su pijama por otra.

—Agradezco mucho que me creas y enfrentes a mi padre. No cualquiera lo haría.

El joven se quedó estático en su lugar, como si lo hubiesen amenazado con un arma a sus espaldas. ¿Acaso su novia le había agradecido?

—De nada. Solo cumplo con mi deber como novio. Me alegra mucho que tu tía haya castrado a ese maldito cerdo.

—Lo sé, aunque usó mi cuerpo.

Cristine no se daba la idea a que había sido poseída. Había sido sin malas intenciones, eso lo sabía, pero no podía evitar sentir repulsión al recordarlo. Debía transmitir algún tipo de temor o sorpresa por el que algo paranormal hubiese invadido su cuerpo, pero lo cierto era que se sentía bien. Casi... liberada.

—Bueno, prefiero que te haya poseído a que ese desgraciado hubiera arruinado tu vida.

Ella asintió y se acercó a él para poder besarlo. John le correspondió de inmediato; ambos cuerpos se habían extrañado después de tantas noches y

precisamente esa era la indicada para recuperar el tiempo perdido.

Capítulo 6:

Después de la hermosa reconciliación, Cristine había despertado bastante feliz para su estado. Decidió darse un largo baño para recuperar fuerzas y se vistió de su forma tradicional: una falda y una blusa con un escote resaltador. Bajo los planes de ese día no estaba incorporado el despertar a su novio, quien se veía plácidamente descansando en su cama, sumamente atractivo. Le pareció tierno su gesto, a ella le parecía todo un ángel cuando él dormía. Aunque claro, jamás se lo diría.

Prefería mil veces que él fuese el que le daba los halagos, porque así tenía que ser. Al menos para ella. Eso le daba la seguridad de que nadie nunca la iba a lastimar y le daba el control de la relación. Siempre había sido así.

Desde pequeña jamás había confiado en los hombres, ni siquiera en su padre o su hermano, y le tenía un gran aprecio al primero. Pero eso cambiaba con el tiempo, cuando había decidido tener una relación con alguien, que en este caso era el joven John. Había aceptado ser su novia por ser los más populares de su instituto y esto solo se debía para ser los reyes del tan esperado baile de fin de año.

Ambos habían comenzado a sentir algo más fuerte y decidieron permanecer juntos desde entonces. Una historia encantadora para ella, quien le gustaba todo menos el romance.

El sol apenas se asomaba en el balcón, de seguro eran las siete de la mañana aproximadamente. Cristine decidió salir al balcón para respirar aire fresco, su cabello mojado se iba a secar en el procedimiento por lo que *'mataría dos pájaros de un tiro'*. Todo se veía bien, las aves cantaban

anunciando una mañana cálida gracias al sol, y las flores emanaban un exquisito olor debido a su jugoso néctar del que sobresalían algunas abejas alimentándose de él, y también ciertas mariposas con colores bastantes llamativos.

Un escalofrío recorrió su cuerpo al ver a lo lejos, entre los árboles, un hombre. Este era bastante alto, de metro noventa quizá. Su cara no se notaba ya que estaba cubierta por una capucha, pero ella sentía su mirada clavada en sus ojos. El hombre vestía totalmente de negro, y los árboles le daban suficiente sombra para que pasara desapercibido. Cristine estaba asustada, como inmóvil e inerte. Se sobresaltó al sentir unos brazos rodeando su cintura, y la relajación vino al instante al ver la cabeza de su novio reposando en su hombro.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

La joven no podía articular palabra alguna, ese hombre seguía observándola. Solo se limitó a asentir con su cabeza.

—¿Estás bien? —Su novio se había preocupado al ver el rostro de ella más pálido de lo normal. Trató de seguir la mirada de la joven para poder confirmar qué veía, pero fue inútil. Él solo observaba diversos árboles por toda la propiedad. Su campo de vista solo le permitía ver troncos como pinos y el bello jardín que se encontraba bajo el balcón.

—¿Qué ves?

Ella seguía inmóvil. Sus hombros rígidos y su respiración rápida.

De repente, se escucharon unos golpes provenientes de el otro lado de la puerta principal.

—¿Jóvenes?, la familia está reunida en el comedor para desayunar; están esperando por ustedes.

La voz de la empleada hizo que Cristine volviera de golpe a la realidad.

—Ya vamos.

Había podido usar su voz y eso la reconfortaba. Cuando volvió la vista a donde estaba el hombre este ya no se encontraba en el lugar. Decidió ignorarlo, sintiendo cierta ansiedad creciente.

—¿Bajamos?

La voz de su novio la tomó por sorpresa.

—Sí, bajemos.

Cuando todos se encontraban en la gran mesa, decidieron empezar el desayuno. La madre y el padre de familia como siempre se encontraban en la cabeza de la mesa, uno a cada lado, separados para dar más autoridad sobre el

lugar. Cristine había decidido sentarse del lado izquierdo de la fila de sillas, en el medio, junto a su novio. El padre se había extrañado al no ver a su pequeña a la par de él como era de costumbre. Pensó que debía una disculpa por lo de la noche pasada:

—Cristine —su voz rompió el silencio, haciendo que todos pusieran su absoluta atención sobre él—, lamento mucho haberte gritado la otra noche, estaba alterado y trataba de controlar a tu madre. Sabes que es un tema delicado lo de tu tía.

La joven suspiró, tratando de acomodar sus pensamientos como era debido. No podía insultarlo ni culparlo por nada. A todos les había afectado el hecho de ver a su tía nuevamente y agradecía en el interior que no pasara como en las películas de terror solía pasar: siempre creían loca a la protagonista. Ella no estaba segura si en su vida era la protagonista de esta, pero al menos trataba de controlarla.

—No importa, padre. Entiendo que nos está afectando a todos y en realidad agradezco que me crean.

El padre tomó sus palabras como un par de besos en sus mejillas, pero la última frase lo había dejado desconcertado. ¿Acaso había agradecido? Él jamás se habría imaginado una situación así. Su niña siempre había sido... diferente.

—¿Estás agradeciendo algo? —preguntó su hermano, sabiendo que todos los presentes en esa mesa se cuestionaban lo mismo, mas no eran capaces de decir las palabras—. Creo que de seguro hoy se vendrá un fuerte maremoto.

Cristine por primera vez en su vida le parecía divertido un comentario del que era su hermano. Aunque siempre se había preguntado si él era adoptado, pero el parecido a su padre y a su madre delataba que no era así.

—¿Sabes?, un cambio nunca es malo. Tal vez me ha hecho bien el campo, después de todo. —Su madre sonrió. Después de todo, su idea estaba dando frutos.

Y era verdad. Ya fuese por el campo, la angustia o el miedo que sentía en ese lugar, algo era seguro: había cambiado. Suponía que había sido para bien, porque en realidad eso no parecía nada malo desde el punto de vista de todos los presentes en la mesa. El cambio siempre era bueno, y en su caso no era la excepción.

¿Se ocupaba tan poco tiempo para cambiar?

Luego de terminar de desayunar, se retiró de la mesa y fue hacia la sala. Ver algo de televisión no sonaba tan mal después de lo que había vivido. Se

concentró también en revisar sus redes sociales, había descuidado mucho el mundo de la tecnología por culpa de los extraños acontecimientos que había vivido los últimos días. Cuando sintió una sombra que tapaba la luz de la pantalla plana, levantó su vista y se tensó de inmediato al ver a su tía frente a ella. Jamás se podría acostumbrar a su presencia; era escalofriante verla como una joven de quince años y que aun así tenía aproximadamente treinta y tantos al igual que su madre. Su cuerpo y cara reflejaba niñez y juventud, mas en su mirada se notaba todo el sufrimiento y la madurez que poseía.

—Hola, tía.

Hola, querida.

—¿Cómo va todo?

En este mundo las cosas siempre andan mal. ¿Y tú?

—Yo estoy bien. Lamento mucho no poder escuchar lo mismo de ti.

Te acostumbras con el tiempo, cielo.

—Aun así, no suena muy agradable. Dime... tía, ¿hay alguna forma de que yo pueda ayudar en... Ya sabes... que tú vivas en paz o algo así?

No puedo vivir en paz porque estoy muerta, pero no hay mucho que hacer. No hasta que cumpla mi objetivo.

—¿Y cuál es?

Jamás podré irme en paz hasta ver a mi hermana feliz junto a su familia. Ella está complacida pero mi regreso le ha afectado. El problema es que no soy la única en este mundo con el poder de hacer acto de presencia frente a las personas vivas.

—¿A qué te refieres?

A que hay otras personas, o fantasmas, como prefieras llamarlos, que son malos y pueden aparecer por acá. Así que no me iré al otro mundo hasta verlos a ellos en el infierno.

—¿Al otro mundo? ¿Hablas del cielo?

Puede decirse que sí. El ángel Gabriel me ha dicho miles de veces que el Todopoderoso me espera, pero no quiero irme sabiendo que ellos están cerca de mi familia.

—¿Cómo? Entonces... ¿Dios existe?

Eso solo puede decidirlo tu corazón. La fe es la que mantiene viva la esperanza en este mundo. Si sabes tener fe, ellos te dan una oportunidad.

—¿Y qué hay con las parejas? ¿Se aman? ¿Hay deseo en ese mundo?

No puedo darte tanta información, querida. Solo puedes saber que este mundo se basa en el amor y no el deseo. Igualmente puedes estar con tu

pareja, siempre y cuando esta sea tu verdadero amor. Si no, encontrarás a tu alma gemela si es así como lo quieren ellos.

Cristine jamás había pensado que adquiriría esos pensamientos y menos de una persona muerta. Nunca había sido una mujer de fe, o que creyera del todo en Dios, pero saber que él era real o por lo menos existía un ser superior a todo lo demás dejaba una gran curiosidad en su mente. Justo en ese momento una iluminación llegó a su cerebro. Recordó al hombre entre los árboles, observándola desde lejos sin hacer acto de presencia frente a su propio novio.

—Cristine.

¿Qué pasa?

—Creo que deberías saber algo. Verás..., hoy cuando desperté salí al balcón por algo de aire fresco. Entre los árboles, a lo lejos, había un hombre observándome. Vestía de negro y no pude ver su rostro. Era muy alto e intimidaba bastante. Pero... John estaba conmigo y no pudo verlo, así que creo que no era específicamente un trabajador de las tierras de mi padre.

Un silencio enorme inundó la sala, a excepción de la película que se transmitía en la televisión. Era una especie de película animada, en el que unos muñecos amarillos hacían travesuras junto a su jefe.

Eso es extraño. De seguro era el maldito de José. Iré a investigar. No permanezcas sola, cuando estás sola ellos lo aprovechan. Debes tener cuidado, son muy peligrosos. Trataré de vigilar durante la noche tu sueño y el de tu novio.

Cristine no le gustó la idea en lo absoluto. No importaba que la vieran dormir ni que la protegieran, pero a veces las noches de sueño junto a su novio se hacían un poco más calientes de lo normal, y ella no quería que la vieran en esa situación. Mucho menos saber que era su tía.

—Pero, tía..., mi novio y yo necesitamos a veces algo de... intimidad.

Ella se sentía avergonzada, sin duda. Jamás había compartido ese tipo de situaciones con su familia, ni siquiera con su madre. Era incómodo hablar de ese tipo de cosas con alguien más que no fuese su novio. Su tía sonrió con picardía. Había algo en su mirar que la joven no superaba. Algo que le inspiraba temor y desconfianza.

No te preocupes. Cuando eso suceda yo me encargaré de revisar todo desde abajo.

Cristine se sorprendió el saber que su tía podía sentir e incluso sonreír. ¿Una persona muerta podía sentir? Ella juraba que no era así. Siempre pensó que cuando una persona moría, era recordada desde siempre por sus seres

queridos y esta vivía feliz una eternidad. En realidad, nunca se había cuestionado mucho esos acontecimientos. No pensó nunca que un familiar muerto fuese capaz de quedarse en el mundo de las sombras solo por cuidar a su familia. Eso demostraba que ellos amaban aun después de la muerte.

Las horas pasaron y Cristine se marchó al lago del que se había enamorado por completo. Esta vez llevó un libro distinto porque el último descansaba en el agua del lago a los pocos metros de distancia de ella. Siempre le había encantado la lectura, sentía que vivía un sueño y eso le agradaba bastante. Sus preferencias iban desde la comedia hasta la ciencia ficción. Era una tarde preciosa y nada podría arruinarla, de eso estaba segura. Algunos renacuajos se divisaban en el agua del lago, atrayendo a su pareja con su extraño croar. De repente, sintió una mirada sobre ella. Volteó en todas direcciones, tratando de ver algo fuera de lo normal.

Pero no había nada.

Rápidamente se incorporó y quedó de pie, alerta a todos los movimientos del lugar.

—¿Hola? Seas quien seas sal.

Se creía realmente tonta al pensar que por un momento preguntaría quién se encontraba en el lugar. En la mayoría de películas de terror sucedía lo mismo y era considerado algo muy tonto de parte del actor. Justo cuando se iba a marchar, un pecho duro y resistente se estampó en su rostro.

Hola, Cristine.

Sintió escalofríos al escuchar una voz áspera y grave. Parecía ser de alguien con autoridad e intimidad. La misma voz tenía un misterioso eco al final de sus oraciones, y cuando Cristine tuvo el valor de alzar su cabeza, sus ojos se encontraron con unos completamente negros y vacíos; parecía alguien sin alma ni emociones. Un escalofrío recorrió su espina dorsal al reconocerlo.

Era el mismo hombre que había visto entre los árboles esa mañana.

Capítulo 7:

John buscaba a su novia desesperadamente, no la había visto salir fuera de la propiedad y tampoco sabía dónde se encontraba. Estaba angustiado, se preguntaba una y otra vez dónde podría estar. Sabía que ella no era una chica hogareña, pero el mal presentimiento que tenía y la presión en su estómago era molesta.

La había buscado en toda la hacienda, yendo de habitación en habitación, sin éxito alguno de haberla encontrado. La había llamado pero su móvil lo mandaba directo a el correo de voz. Incluso le había dejado mensajes en este mismo por si se le ocurría leerlos, pero ella no contestaba ni daba señales de vida.

Justo cuando estaba decidido a avisar al padre de su novia, ella apareció en la sala. Tenía una cara que jamás le había visto: parecía inexpresiva, estaba pálida y sus ojos poseían cierta oscuridad que llegaba a ser aterradora.

—Hola, cielo.

La joven dirigió su mirada al que era su novio, una gran sonrisa más que falsa apareció en sus labios.

—Hola.

Él la miró confuso. Su novia se veía perfectamente bien, pero su semblante daba a relucir todo lo contrario. Entonces comenzó a pensar que algo andaba mal.

—¿Dónde estabas? Me sentía preocupado.

—Estaba en el lago, nada importante.

—De acuerdo. Deberías avisar...

—No soy una esclava, no debo darte explicaciones de nada. Tú no eres dueño de esta casa, no tienes poder sobre ella.

Él se quedó atónito. Sabía que ella podía llegar a ser muy cruel y grosera algunas veces, pero sin duda jamás lo había tratado así. ¿Había dolido? Sí, y mucho. Su pecho contraído se lo afirmaba.

¿Pero, qué podía decir? Después de todo, era cierto. Él estaba ahí por voluntad propia, no era su casa ni su familia.

—Bien.

Solo dio media vuelta y se marchó de la sala. Estaba enojado por el tono de voz que ella había usado y el hecho de que le replicara el porqué estaba ahí si había sido ella quien lo había llamado. Estaba furioso, y no encontró otra

forma de relajarse que salir al balcón de la habitación de su novia y tomar un cigarro entre sus manos para luego prenderlo y ponerlo en su boca. Las caladas de humo lo hacían perder más el estrés que sentía. Al menos se estaba relajando, sintiendo sus músculos contraerse por la rabia que todavía sentía.

Cristine se sentía extraña, como si estuviese en otro mundo. Después de haberse encontrado con el hombre de negro, algo había cambiado. Él simplemente había desaparecido y ella sentía sensaciones extrañas que antes no. Se sentía débil. Triste. Enojada.

El dolor de cabeza se hacía presente cada cinco minutos, atormentando su mente. Había tratado mal a su novio y no sabía el porqué, simplemente las palabras habían salido de su boca y no había podido siquiera pensarlas. Se dirigió a su habitación y se miró en el espejo. Se veía pálida y con un rostro inexpresivo. Sus ojos eran más oscuros y casi podía jurar que sus facciones no se veían tan suaves como de costumbre; eran más duras, rasposas, como si de un hombre se tratara. Dejó el libro de donde lo había tomado y luego se dio una ducha. Cuando salió, por fin notó a su novio en el balcón. Estaba fumando, perdido en sus pensamientos.

Una horrible sensación de querer empujarlo hacia adelante para que cayera del balcón se hizo presente. Sacudió su cabeza para tratar de retirar esos pensamientos homicidas que no sabía de dónde habían salido, pero volvieron nuevamente. Antes de darse cuenta de lo que hacía, se vio a sí misma acercándose a él con pasos decididos, a punto de hacerlo caer por el balcón.

—¿Qué haces?

Su novio la sorprendió justo a tiempo antes de que una tragedia pasara.

—Nada.

En ese momento una llamada entrante de su móvil la devolvió a la realidad. Eran sus amigas del instituto.

Se pasó cerca de una hora hablando con ellas de temas triviales, hablando de los viajes que habían hecho en sus vacaciones alrededor del mundo y de los próximos que estaban planeados. También comentaron sobre sus relaciones con hombres, los millones que habían gastado en compras de ropa y artículos de gran valor. Aun así, Cristine había sentido la conversación lejana y, de hecho, ni siquiera se acordaba de lo que hablaban cada tanto.

Al caer la noche, la joven se encontraba en el baño cepillando sus dientes y quitándose su maquillaje. Su novio seguía afuera, decidió que ya era hora de una disculpa.

—¿John?

Él respondió casi de inmediato.

—¿Sí?

—¿Podemos hablar?

Ella salió del cuarto de baño y se encontró a su novio en la cama. Estaba nerviosa y arrepentida. Sentía que en cualquier momento explotaría y lloraría.

—Pensé que... no ibas a dormir hoy conmigo.

Cristine se sentía extraña. El impulso de asesinar a alguien seguía en su cuerpo y de pronto un frío golpe hizo que se pusiera sentimental.

Su novio solo suspiró, no podía enojarse con esa mujer.

—Sabes que por más que quiera no puedo molestarte contigo. Aunque estoy dolido por lo que me dijiste, las noches no serían lo mismo sin ti.

La joven sintió cómo un vuelco de felicidad se hizo presente en su estómago.

¿Así se sentían las mariposas?

—Gracias. Lamento mucho lo que hice y dije.

Ella se acercó al lugar vacío donde estaba su novio y le dio un pequeño beso, reposando su mejilla en el hombro de John.

—Sabes que te amo, ¿verdad? —preguntó su novio, feliz de haber arreglado las cosas. Cerró sus ojos y relajó su cuerpo.

—Lo sé, y en verdad te lo agradezco.

Volviéron a besarse y en pocos minutos la ropa de sus cuerpos ya no se encontraba.

A la mañana siguiente Cristine se había levantado bastante cansada. Al entrar al baño se dio cuenta de que su rostro se veía bastante mal: unas ojeras de color morado azulado se encontraban bajo sus ojos, su mirada parecía haber perdido brillo y color. Se dio un baño con la esperanza de recuperar un poco su aura natural, pero fue bastante inútil. Cuando estaba rasurando todas sus partes femeninas, accidentalmente cortó una de sus piernas, haciendo que esta sangrara de inmediato. Maldijo en voz alta y luego vertió bastante agua hasta que el ardor disminuyó un poco. Cuando observó las cuchillas de la rasuradora, esta estaba llena de sangre. Nuevamente se encontró en un trance, de esos que la hacían estar en otro mundo, aunque su cuerpo siguiera en la realidad. Parecía como si viera todo en tercera persona.

Segundos fue lo que tuvo de tiempo antes de verse a sí misma quitando una de las cuchillas del aparato y ponerla sobre la muñeca, haciendo un fino y

profundo corte en ella. Hizo lo mismo con la otra. El dolor se hizo presente, toda la ducha comenzó a estar en un momento llena de una mezcla entre agua y sangre. Cristine comenzó a sentirse mareada, debilitada, como si estuviese sin vida. Estaba llorando y revolcándose en la ducha, sintiendo un terrible ardor. Cuando creía que ya iba a desmayar, lo último que escuchó la dejó un poco preocupada.

¿Qué has hecho?

Cristine despertó lentamente, acostumbrándose a la luz del lugar en el que se encontraba. No tardó en adivinar que se trataba de un hospital. Las cuatro paredes a su alrededor eran de un blanco algo opacado, tenía dos ventanales en la puerta frente a ella, con las persianas cerradas y la luz blanca que iluminaba la habitación era bastante molesta para sus ojos. Según un mito los ojos verdes eran más vulnerables a la luz, y ella tenía una extraña combinación de ojos verde y azul. Se sentía diferente, como si hubiese vuelto a ser ella, como si una parte de su alma hubiese encontrado el camino a su cuerpo nuevamente. Unas vendas en sus muñecas la dejaron confundida. ¿Por qué estaban sus manos vendadas? Ella no lograba recordar lo ocurrido, ni siquiera sabía dónde estaba.

—Al fin despierta, señorita.

Una enfermera bastante alegre apareció en la habitación, vestida con su uniforme perfectamente sin arrugas y unos labios pintados de un rojo carmesí. Traía con ella una bandeja con algo de comida, la indicada para un paciente internado en uno de los mejores hospitales privados de la zona.

—¿Dónde estoy?

Cristine aún estaba aturdida, no comprendía por qué se encontraba en ese lugar.

—En el hospital Wellington. Su padre, el señor Zamora, la ha traído desmayada y con algunos golpes en su cuerpo.

La joven todavía analizaba la nueva información. No recordaba ningún accidente o acontecimiento extraño que hiciera que ella perdiera la conciencia.

—¿Y qué ha pasado?

La enfermera no sabía si la joven bromeaba o había perdido la memoria por algún golpe en su cabeza que ellos no hubieran notado.

Sin embargo, decidió calmarse y explicarle a su paciente tranquilamente lo que había ocurrido.

—Vino aquí por intento de suicidio. Tuvimos que conseguir sangre en veinticuatro horas. Por suerte un joven que venía con su familia coincidía con su tipo de sangre.

—¿Suicidio? Yo no recuerdo haber intentado algo así.

—Bueno, lo ha hecho, señorita. Ahora debe desayunar. Avisaré a su familia que ha despertado.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —Esa pregunta había llenado de curiosidad cada célula de su cuerpo.

—Cuatro días. Había perdido mucha sangre, es normal que esté débil. Por eso debe comer.

La joven asintió con su cabeza y comenzó a comer los alimentos de la bandeja frente a ella.

Al entrar la familia, todos se pusieron felices por ver al fin a la chica con sus ojos abiertos. Su padre y su madre estaban relajados, aunque la tensión de su decisión sería bastante dura para ella. Su hermano se sentía feliz por ver a la hermana que le hacía la vida imposible, despierta.

—¿Cómo te sientes, cariño?

Ella tenía su boca llena, no podría hablar. Solo asintió con su cabeza.

—Me alegro. —Su padre se había puesto algo nervioso—. Debemos hablar de una decisión que tu madre y yo hemos decidido. Quiero que sepas que es por tu bien, ¿sí?

Ella lo miró, confundida. ¿De qué estaban hablando ahora?

—De acuerdo.

Cuando su hermano y su madre se retiraron, el padre se sentó junto a ella en una camilla.

—Querida..., ¿por qué hiciste eso?

—No lo sé, papá. Ni siquiera recuerdo que yo haya hecho nada, incluso la noche anterior traté mal a John y tuve que disculparme con él. Yo... no sé lo que pasa.

—De eso quería hablar contigo. Tu mamá y yo hemos decidido que irás a un psiquiátrico. Pasarás unas cuantas semanas en ese lugar.

Ella inmediatamente comenzó a protestar. Incluso se pasó horas en la hacienda con ayuda de su novio a tratar de convencer a sus padres de cambiar de opinión, pero no funcionó.

Cuando el día llegó, su familia estaba desecha al igual que su novio.

—Es un adiós, entonces.

—Es un hasta pronto, cielo. Te esperaré y lo sabes. Iré a visitarte seguido

y pronto saldrás. —afirmó el joven, tratando de poner una sonrisa.

Ella terminó de despedirse de su familia mientras el chofer guardaba las maletas. Al entrar al auto, vio a lo lejos entre los árboles, a su tía; despidiéndose con su mano y una sonrisa en su cara. Estaba a muchos metros de distancia, y aun así escuchó su voz como si estuviese a la par de ella.

Te haré una visita pronto.

Capítulo 8:

Las horas pasaron hasta que Cristine se encontró en una sala sin poder salir, y con una psicóloga frente a ella.

—¿Por qué crees que estás aquí, Cristine?

Ella lo pensó un poco. Ni siquiera sabía el porqué se encontraba en ese lugar. Solo estaba asustada, ansiosa y vulnerable. No quería estar sola.

—No lo sé.

La psicóloga suspiró y asintió con la cabeza, tomando entre sus manos el expediente de la joven.

—Tú... ¿ves cosas, personas o escuchas voces?

—Sí. Veo a mi tía y a un hombre de negro. Son parte de la hacienda, y de mi familia...

Ese probablemente había sido uno de los peores errores que Cristine había cometido. Pero ¿quién la culpaba? Su vida había cambiado, ella había cambiado. Todo su mundo era distinto ahora. No sabía que tenía que mentir por su bien, y tampoco sabía que el haber aceptado aquello sería un gran problema.

—Muy bien. Y... ¿tú les hablas?

—Sí, ellos me hablan y viceversa. Pero... solo me gusta hablar con mi tía. El hombre de negro es malo y despiadado.

—¿Te han hecho daño?

—No —respondió Cristine de inmediato. Luego, recordó lo sucedido cuando se encontró con el hombre—. Aunque creo que el hombre de negro me hizo algo. En el lago estaba frente a mí y luego desapareció de la nada, atravesando mi cuerpo. Cuando llegué a casa, me enojé mucho con mi novio por una simple pregunta, también me entraron unas espantosas ganas de empujarlo del balcón y, por si fuera poco, intenté suicidarme en mi casa. Ni siquiera recuerdo cómo lo hice. Era como... como si algo me forzara a hacer las cosas que hice, no porque yo lo quisiera.

La psicóloga la observaba fijamente. Jamás había escuchado a uno de sus pacientes en esa situación. Siempre eran por motivos distintos; problemas con la familia, con sus relaciones, o su estudio. Nunca había sido por un hombre que desaparecía en la nada. Hasta le sonaba absurdo el hecho de pensar que eso podía ser real. De seguro la joven tenía alucinaciones o algo parecido. Ella era una profesional y no creía en espíritus ni hombres de negro que se esfumaban en la nada.

—Tonterías. —La señora no se dejaría manipular por una simple chica millonaria y caprichosa—. De seguro tratas de llamar la atención o tienes un tipo de esquizofrenia. ¿Por qué intentaste suicidarte?

—¡No lo sé! —Cristine ya se estaba alterando—. Yo jamás haría algo parecido. No entiendo el motivo del porqué estoy aquí. Yo estoy bien. Estoy sana. No necesito este lugar.

Cristine quería irse de ahí, no sabía el motivo por el cual sus padres la habían enviado a ese horrible lugar que tenía una seria obsesión con el blanco. Todos los cuartos y pasillos eran blancos, y probablemente también las oficinas. Solo el cuarto donde ella se encontraba tenía colores grisáceos bastante opacos, casi deprimentes. La joven no sabía qué hacer. Y sin su tía ahí, era el doble de complicado.

—Muy bien. Si no me dices el motivo, no podré ayudarte.

—Es que no sé el motivo.

La psicóloga finalmente se rindió, la niña frente a ella no hablaría y ella no podía obligarla. Salió con la frente en alto de la sala y se encaminó hacia la oficina principal.

—Señor.

El hombre sentado en su silla frente al escritorio dejó los papeles y miró a la señora.

—¿Qué pasa, Caroline?

—Señor, la joven Cristine Zamora no ha querido hablar, me temo que si no habla no puedo ayudarla.

—Eso no importa. Los Zamora nos están pagando muy bien por cuidar a su pequeña hija. Si tenemos que mantenerla aquí durante meses e incluso años, no me importa. Inventa alguna enfermedad grave que sufra y todos felices.

La mujer asintió, no muy convencida. A ella le gustaba ayudar a sus pacientes, no a empeorarlos por dinero. Sin saber qué hacer, firmó con su nombre en los documentos que tenía en sus manos de la joven Zamora y decidió escribir lo que le habían ordenado:

“Enfermedad del paciente: Esquizofrenia elevada. Alucinaciones”

Colocó el expediente sobre la sala de correos y luego se retiró.

Cristine estaba aterrada. Luego de que la psicóloga se retirara, dos hombres la sujetaron más fuerte de lo que debían y la condujeron a una sala que, al igual que todas las demás, era blanca.

—¿Qué hago aquí?

—Silencio.

La dejaron sola en ese lugar y al cabo de unos minutos un hombre de unos veinte años y con voz afeminada entró por la puerta principal.

—Hola, cariño. Veremos qué podemos hacer con este lindo cabello.

Cristine lo observó, aterrada. ¿A qué se refería? Su cabello estaba perfecto.

—¿Mi cabello? ¿De qué habla? No quiero que corte mi cabello.

—Lo siento, querida, es mi deber hacerlo. Aunque no hay mucho qué hacer. Tu cabello está casi perfecto.

Ella sonrió por primera vez en todo el día.

—Gracias, me cuesta mucho dinero mantenerlo así.

Él sonrió con ternura y se dispuso a cumplir con su trabajo. Lo cortó por los hombros, hizo una trenza con lo que había quedado del cabello y luego tiñó las puntas de un azul opaco.

—Te hice un toque lindo. Los aguafiestas de este lugar solo quieren que todas y todos los jóvenes tengan su cabello corto por las orejas. Yo te hice algo más juvenil y femenino que eso.

El hombre le acercó un espejo de mano y lo mostró frente a la joven. Ella

se quedó asombrada. No le había gustado para nada el simple hecho de tener su cabello por la espalda baja y luego en cuestión de minutos tenerlo por los hombros, pero el hombre tenía razón: el azul le sentaba bien.

—Gracias.

—Por nada, querida. Espero verte pronto.

El chico se puso de pie, recogió sus cosas y se marchó. Al cabo de unos minutos, los mismos hombres de antes vinieron por ella.

—Pero si ha quedado más linda de lo que estaba.

Los sujetos de musculatura desarrollada la sujetaron y esta vez la llevaron a un baño donde había muchas duchas e inodoros juntos. Cristine hizo una mueca. Ella jamás podría asearse frente a las personas que fuesen a estar ahí próximamente.

—Toma una ducha, tienes diez minutos. Volveremos con tu nuevo uniforme.

Los tipos salieron del cuarto de baño riendo sonoramente. Cristine, con su poca dignidad, comenzó a ducharse. Luego hizo sus necesidades. Se sentía débil y avergonzada. El rencor comenzaba a sentirlo cada vez más fuerte. ¿Por qué la creyeron loca? ¿Por qué su padre no hizo nada para impedirlo? No lo sabía, y eso la enojaba. No podía creer que el hombre que conocía desde niña estuviese permitiendo tal maltrato.

Hola, sobrina.

Cristine se asustó al ver a su tía sentada en la tapa de uno de los tantos retretes que ahí había.

—Hola, tía.

¿Has estado bien?

—No. —Rápidamente, las mejillas de la joven se mojaron de lágrimas—. No quiero estar aquí, Cristine. Quiero salir. No soporto que me crean loca. Mira —la joven sujetó en sus manos un mechón de su cabello ahora teñido—, ¡me han cortado mi cabello sin mi permiso! No sé por qué mi padre me hizo esto, pero no se lo perdonaré nunca.

Tu padre no lo quiso hacer. El hombre de negro como tú lo llamas, lo manipuló. Al igual que lo hizo contigo el día que cortaste tus venas. Te dije que no debías estar sola, pero no me hiciste caso.

Cristine estaba impactada. ¿Había sido manipulada? ¿Era eso un tipo de posesión o hipnosis?

Era culpa de ese hombre que ella se encontrara en ese lugar. Ahora sentía enojo, mucha rabia. Los hombres volvieron y su tía desapareció. Se vistió con algo parecido a un vestido de color blanco. Luego la condujeron a lo que sería

su cuarto y prácticamente su casa a partir de ahora. Todo estaba pasando demasiado rápido.

La soltaron con poca delicadeza sobre la cama individual. Se sentó en la misma, subiendo sus pies a esta y colocando su rostro entre sus rodillas.

No deberías estar triste.

Su tía había vuelto de nuevo.

—Ah, ¿no? Me metieron a un manicomio y me creen loca. ¿Debería estar feliz?

No, pero tampoco triste. Pronto todo se acabará, ya verás.

—¿De qué forma? Estoy encerrada aquí y quién sabe por cuánto tiempo lo estaré. ¿Por qué ese hombre me hizo esto?

Porque te quiere lejos. Él odia a toda mi familia, sobre todo a tu padre.

—¿Por qué odia a papá?

Porque es su hermano, y él lo asesinó.

A Cristine se le hizo imposible esa idea. Eso significaba que el hombre de negro era su tío. Y eso la dejó impactada. ¿Familia? Si el tipo era familia, ¿por qué les quería hacer daño?

—¿Cómo... cómo dices? ¿Quieres decir que ese hombre es... es mi tío?

Así es. Él, cuando estábamos jóvenes, me enamoró. Cuando quiso estar conmigo me negué y terminó abusando de mí. Luego, como sabía que no podría escapar de algo así, me degolló. Cuando todos estaban en mi funeral, él estaba ahí, fingiendo sus lágrimas. No sé cómo, pero tu padre lo descubrió todo y, en mi funeral, lo mató frente a todos. Por eso lo odia, porque lo que ese hombre quería era la fortuna de tu madre y la mía.

Un fuerte dolor de cabeza se hizo presente en Cristine, seguido de un mareo. Esa historia le aclaraba muchas dudas. También ponía otras en su cabeza. No creía capaz a su padre de poder matar a alguien. Jamás pensó en que ese hombre era algo de ella.

Cristine no podía verle del todo bien su rostro, jamás prestó atención al parecido que tenía ese hombre con su padre, hasta ahora. Llegó a pensar que en realidad se estaba volviendo loca. Nada de eso podía ser real. Tal vez sí ocupaba un psiquiátrico. Ella no quería estar en ese lugar; quería estar en su casa, con su internet, su familia y su novio.

Su tía la miraba con comprensión y lástima. No quería que su sobrina se metiera en ese mundo de las sombras, al menos eso pretendía demostrar. Pero ella y su novio eran los únicos que podían verlos. Cristine había heredado el don de los Wilson de poder ver espíritus. Al estar con su novio él también lo

había adquirido. Ellos eran los únicos que podrían liberar a Cristine de su sufrimiento en ese horrible mundo y de mandar a donde pertenecía a ese hombre que tanto daño le había hecho en vida. Pero su sobrina no lo sabría; no aún, al menos.

Es hora de trabajar.

La joven se quedó viendo a su tía muerta como si estuviese loca.

—¿Trabajar? ¿De qué hablas?

Su tía la miró y se puso de pie, sonriendo.

Es hora de salir de este lugar.

Capítulo 9:

La tía Cristine y su sobrina tendrían que elaborar un excelente plan para escapar de ese lugar; su tía podía hacerlo sin problema, mas no la joven

sobrina. La mujer había planeado una estrategia junto a ella. Algo que necesitarían sería, sin duda alguna, suerte. Cristine estaba nerviosa, angustiada. Ella estaba desesperada por volver a su casa, su hogar. Se había acostumbrado a esa hacienda más de lo que algún día hubiese imaginado. Saber que su propio tío trataba de matarla a ella y su familia le ponía los pelos de punta. ¿Cómo era posible que tu propia sangre tratara de hacerte daño? Ella no entendía eso. Era despiadado y egoísta ese sentimiento.

Su plan había sido analizado perfectamente, habían tardado dos días en revisar todo como se debía. Su tía podía desplazarse con facilidad por las paredes y los cuartos, por lo que era más fácil conocer los pasillos y las estructuras, y así tener un plan mejor elaborado. Lo acordado era complicado, sin duda alguna. Había que conocer los horarios de las personas, cómo llamar su atención y cuál sería el próximo paso para salir de ese perturbador lugar. Sabían sus horarios, sabían los pasillos y las rutas que debían tomar. Solo faltaba la distracción.

¿Estás lista?

Cristine asintió con su cabeza. No estaba segura de poder hacer lo que su tía le había pedido; en especial, si iba a doler.

Un chillido horrible salió de la boca del ente, provocando que la joven tapara sus oídos de inmediato con sus manos. Era un sonido espantoso, casi inexplicable. La combinación de un lamento junto a un grito de alegría, lo suficientemente agudo para que pudieras sentir cómo tus tímpanos sufrían ante el sonido de tal agonía.

Los médicos no tardaron en hacer presencia. Ellos no escuchaban tal sonido, sin embargo, la joven frente a ellos parecía una total demente tapando sus oídos y gritando de dolor. No veían ni oían nada, pero tenían que calmar a la chica.

Cuando se aproximaron a ella, sus cuerpos cayeron al suelo, sin alma. La tía de la muchacha los había poseído y había atacado sus corazones, haciendo que estos dejaran de latir.

¡Levántate!

La joven Cristine reaccionó lo más rápido que pudo. Seguía aturdida por el horrible sonido que, aunque ya había cesado, seguía invadiendo débilmente su cabeza.

Salieron por la puerta principal del cuarto y se dirigieron por los pasillos, buscando la salida. Cristine era consciente de que había cámaras, que observaban sus movimientos y que su tía era quien iba delante de ella,

guiándola. Después de eso, no podía prestar atención a nada más. Era como si todo fuese una película de acción, o terror quizá.

Se toparon a muchos doctores y guardias, pero su tía siempre terminaba dejando sus cuerpos sin vida en el suelo. Cuando se aproximaron a la sala principal, vieron frente a ellas al jefe del lugar con un arma apuntando a la joven.

—No saldrás de aquí, niña. Necesito ese dinero.

Cristine sintió cómo su mente estaba a punto de explotar. Ver frente a ella a una persona apuntando un arma en dirección a su pecho era sin duda una de las peores sensaciones que había sentido. La adrenalina la había invadido, preparando su cuerpo para cualquier amenaza inminente y para que estuviese lista ante cualquier situación de peligro. La joven tenía sus mejillas rojas, tanto por la adrenalina que en ese momento sentía, como por la rabia que la estaba invadiendo. Sin previo aviso, observó frente a ella cómo el cuerpo del hombre comenzaba a sacudirse. Miró sus ojos que poco a poco iban tornándose totalmente blancos. El cuerpo cayó al suelo, pero por alguna extraña razón, este no terminó tendido en el piso y sin vida. No. Ese cuerpo se había levantado, sus ojos blancos y su piel pálida se dirigieron hacia Cristine. Una voz familiar la consoló.

Vamos.

Cristine observó al hombre, quien sonreía y le tendía una mano a la joven para que la aceptara. Ella arqueó una ceja y tomó la mano del tipo, temerosa.

—¿Tía?

Él asintió.

Cristine se dio cuenta de que podrían escapar sin mayor problema. Entró a la sala del hombre que ahora estaba poseído y buscó sus cosas por todos los cajones que ahí estaban. Cuando por fin encontró su pequeño bolso, sacó sus gafas de sol y se las entregó a su tía. Sin duda alguna ese era el momento más excitante que había vivido.

—Si ven tus ojos blancos, se van a asustar. Es mejor si usas estas y así pasas desapercibida.

El cuerpo donde se encontraba su tía asintió con la cabeza.

Cristine aprovechó ese mismo momento para buscar su pequeña maleta. Cuando gracias a Dios la encontró, se vistió con lo poco que había traído y tomó el abrigo del hombre, que colgaba en un viejo clavo al lado de la puerta. Salieron sin mayor problema del lugar. Cada vez que alguien preguntaba sobre la joven, ella contestaba y el cuerpo donde estaba su tía solo asentía o negaba

con su cabeza y, en algunas ocasiones, hacía movimientos con sus manos.

Siguieron su trayecto hasta encontrar un automóvil que pudiera llevarlas a casa. Terminaron por tomar un taxi y dirigirse hacia la hacienda. Le pidieron al chofer que las dejara a cien metros del lugar. Cuando se detuvieron, pagaron al hombre y se internaron en el bosque. Llegaron al tan conocido lago y ahí dejaron el cuerpo del hombre, dejando que se hundiera y los pequeños animales que ahí habitaban se alimentaran de él. Siguieron su trayecto hasta su casa; se veía oscura y sin vida. Cristine presionó el botón del timbre. No tardaron mucho antes de que una empleada abriera la puerta y observara con miedo y asombro a la joven Cristine.

—¿Señorita Cristine?, ¿qué hace aquí?

La joven la miró con furia.

—Eso no te importa, necesito entrar.

Justo en ese momento, sintió un fuerte dolor en su hombro. Hizo una mueca y vio a su tía, quien la observó con ira y negó con la cabeza.

Sé más amable.

—Pero es una sirvienta.

Eso no importa. Si fueses una criada, ¿te gustaría que te trataran mal?

Cristine negó con la cabeza y suspiró pesadamente.

La criada la miraba como si estuviese loca. ¿Quién podría decirle lo contrario? Acababa de ver a la hija de su jefe hablar sola. ¿Eso no era suficiente motivo para creerla loca?

—Bien..., ¿puedo pasar?

La empleada la miró como si le hubiese salido una segunda cabeza y asintió, abriendo lo suficiente la enorme puerta para que la joven pudiera entrar en su casa.

Cristine se dirigió a su cuarto; estaba cálido, eso le sorprendió. Pero cuando observó a su tía entrar, toda calidez desapareció y se vio obligada a abrazarse a sí misma para entrar en un poco de calor.

Buscó algo de ropa y se metió al baño. Había deseado una ducha caliente desde hace casi una semana y por fin podía tomarla. Secó su cabello y cepilló sus dientes, se vistió con ropa nueva y dejó el abrigo del hombre en la canasta de ropa sucia, Luego tomó uno de su propiedad y se colocó unas pantuflas para mantener en calor sus pies.

Salió a buscar a su familia, con su tía casi pisando sus talones. Preguntó a una criada y le respondió que su familia se encontraba en el despacho de su padre. Eso la asombró. Pocas veces su papá permitía que entraran en su

santuario de trabajo. Cristine decidió encaminarse hacia su destino y tocó la puerta un par de veces con su mano derecha hecha un puño, pero solo recibió silencio del otro lado. Volvió a imitar su movimiento y decidió entrar por su cuenta. Abrió lentamente la puerta. Toda su familia se encontraba ahí; se veían sin vida, sin alegría. Su novio estaba sentado en uno de los sofás, con lágrimas en sus mejillas. A la joven Cristine le entró algo de nostalgia. No sabía cuánto amaba y extrañaba a su novio y su familia hasta que los tuvo en su campo de vista.

Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando observó a su tía aproximarse hacia su novio. Lo bueno de que ella estuviese muerta y que nadie más pudiera verla o escucharla, era que su voz siempre hacía eco en toda una habitación, por lo que era imposible que la joven Cristine no pudiera escuchar sus palabras.

Joven John.

Observó a su novio, quien se sobresaltó un poco al ver a la mujer frente a él, pero luego sonrió con tristeza.

—Hola.

Poco le importó John que lo vieran hablar con la tía de su novia, o en este caso, a la nada. La familia de su pareja lo observaba como si estuviese loco, pero solo se limitaron a escuchar lo que él decía.

¿Cómo has estado?

—Mal.

¿Por qué estás mal?

—¿No lo ves? Estoy sin mi novia y unos idiotas dicen que está loca solo porque puede hablar contigo. Yo también puedo hacerlo, ¿eso me convierte en un loco?

Eso te convierte en alguien especial.

—Ellos piensan que lo especial es una locura, pero lo normal es aburrido. Entonces... ¿qué debería ser? ¿Loco para ser especial, o normal para ser aburrido?

Debes ser como Dios te creó, no debes ocultar tu verdadera personalidad. Siempre es especial conocer puntos de vista de personas locas que las de las normales.

—Eso no tiene sentido.

La vida tampoco la tiene, querido.

John volvió a sonreír sin ganas. Nadie se había dado cuenta de la presencia de la joven en ese lugar, y solo observaban a John como si fuese un

completo lunático.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, finalmente, el joven—. Creí que nos habías abandonado.

Yo jamás haría eso: es mi casa y mi familia. Estaba cuidando a una personita que me necesitaba más allá que aquí.

Un brillo enorme se hizo presente en el joven.

—¿Cómo está ella? ¿La estás cuidando?

Cristine sintió ternura al ver a su novio tan preocupado por ella. Se sentía como una tonta, ella siempre lo había tratado mal y ese chico vivía loco por ella.

¿Por qué no lo averiguas tú mismo?

El joven la miró, desconcertado. No entendía sus palabras.

Cristine se dio cuenta que era hora de hacer acto de presencia y entró a la habitación. Todos miraron en dirección a la puerta con mucho odio, en su mente pasaron miles nombres y caras de empleados, pero jamás imaginaron ver a la joven ahí. Ninguno decía nada, todos se sentían desubicados y asombrados por verla en ese cuarto tan reluciente como siempre, a excepción de unas pequeñas ojeras que adornaban su rostro.

El primero en reaccionar, fue su novio.

—¡Cristine!

Capítulo 10:

Su familia estaba asombrada. Cristine había inventado una historia lo suficientemente creíble para sus parientes.

Según sus familiares, el jefe del lugar había observado que la joven no debía estar ahí, que estaba completamente bien y que no era necesario ningún tipo de medicamento. Su familia le creyó y decidieron hacer una fiesta improvisada entre ellos para darle una bienvenida a la joven Cristine.

Su novio se encontraba en su habitación junto a ella. La joven le había contado lo que en realidad había pasado. Él le creyó, debido a que también veía a la tía de su novia, quien se encontraba delante de ellos.

—¿Entonces, Cristine está en peligro?

La joven lo miró, asustada. Le aterraba la idea de que algo o alguien no humano tratara de matarla. Sentía el miedo en cada célula de su cuerpo, y los escalofríos eran constantes. Además, el frío que provocaba su tía en ese lugar no era agradable en lo absoluto. En cierta forma ella ya se había acostumbrado, así que siguieron hablando de todos los temas importantes, de los movimientos que debían hacer y de que debía ser casi imposible dejar a Cristine sola.

Su novio le prestaba atención a la Cristine muerta. Le pareció verla un poco más... con vida. Sus ojos oscuros se veían más claros, casi como los de su novia, y su cabello estaba con más brillo y se tornó más rubio.

Cristine, por otro lado, se encontraba inmóvil. No sabía qué decir ni cómo debería actuar. Estaba preocupada, asustada y ansiosa.

Luego de la charla los novios decidieron dormir. Cristine sintió su cama como si durmiese en las nubes. La litera del psiquiátrico era dura, sin un colchón o una esponja que acolchara el cuerpo y la almohada no era lo suficientemente grande ni suave para descansar una cabeza por mucho tiempo.

Al día siguiente, luego de desayunar, se encontraba sentada en el sofá de la sala, con su laptop en sus piernas. Cristine preparaba la matrícula y todos los documentos necesarios para entrar en una de las universidades más prestigiosas y caras del país.

—Puede ser que me persiga mi tío muerto, pero eso no quiere decir que dejaré mi futuro de lado —murmuró para sí misma.

Sintió unos brazos en sus hombros y dio un salto del pánico que sintió. Se relajó al instante al ver que se trataba de su padre.

—¿Qué haces, querida? —preguntó el señor Zamora al ver a la joven concentrada—. ¿Es lo de la universidad?

Su hija asintió con su cabeza, y él se sentó a su lado del sofá.

—Padre, quería hablar contigo —Cristine cerró la portátil y enfocó sus verdes ojos a los cafés del padre— algo serio.

Su padre frunció su ceño y asintió con su cabeza.

—Tienes mi atención.

La joven se incorporó mejor, de forma que pudo observar a su padre. Sería difícil charlar con él, pero lo intentaría.

—Papá, desde que llegué aquí he visto cosas, cosas... muy extrañas y desagradables. Comenzando por mi tía...

—Espera —su padre la interrumpió, cansado—. ¿Tu tía? ¿Tu tía Cristine?

—La joven asintió con su cabeza—. Eso es... una completa locura.

—¡Pero es cierto, papá! ¿Crees que estoy inventando todo esto? ¡Me encantaría hacerlo! Quisiera inventar que mi tía muerta me ayudó antes que toda mi familia viva, me gustaría no saber que mi tío violó y degolló a mi tía y que ahora quiere verme muerta a mí.

Su padre la miró atónito. Se preguntaba cómo sabía ella lo que le había pasado a su tía y su tío. ¿De dónde carajos había sacado esa información? ¿Había sido su esposa?

—¿Cómo sabes eso, Cristine?

—Mi tía me lo dijo...

—¡No puede ser que tu tía te lo haya dicho! ¡Ella está muerta, Cristine! Entiende eso.

—¡Sé que está muerta, padre! Pero yo la veo y John también. Si creyeras en mí la podrías ver y comprobar por ti mismo que ella está aquí, en esta hacienda, con nosotros. Sé que suena como una total locura, padre, pero si confiaras en mí te darías cuenta de que no miento.

Él no sabía qué pensar. Puede que su hija tuviese razón, y muy probablemente es de que su niña y su novio se hubiesen vuelto locos.

—No sé si debo creerte, cielo. —Cristine lo miró con enojo—. Pero por ti, lo intentaré.

Una iluminación de esperanza apareció en los ojos de Cristine. Su padre en cierto modo le había creído y eso la consolaba.

—Vamos a mi cuarto, ella siempre está ahí.

Ambos se dirigieron a la habitación de la muchacha y entraron por la puerta.

Su novio salió de la ducha, con una toalla enredada en su cintura. Al ver a su suegro ahí, se sobresaltó.

—¡Señor, lo siento!

Él entró avergonzado al baño y su novia comenzó a reír mientras el padre negaba con la cabeza.

—Siéntate —invitó la hija a su padre—, veré cómo podemos llamarla.

Cuando los tres estuvieron sentados en la cama y su novio vestido apropiadamente, Cristine decidió tomar la iniciativa.

—Tía, ¿estás aquí? Mi padre quiere verte. Si él te ve, nos podría ayudar.

Un silencio inundó el lugar. No era incómodo, pero provocaba ansiedad debido a los nervios de las tres personas en la habitación.

—Señora Cristine —comenzó a hablar John—, debería aparecer. Si el

señor Zamora la ve nos brindará una enorme ayuda. Y según entiendo usted quiere que todo esto acabe, por el bien de su familia.

Otra vez silencio.

El padre comenzó a pensar que estar ahí y haber accedido a un capricho de su hija había sido muy tonto. Seguro los jóvenes querían darle una broma: una muy pesada.

—Esto es una tontería —murmuró el padre mientras se colocaba de pie y se dirigía a la puerta para salir del lugar—. Buenas no...

El hombre no pudo terminar su frase porque lo que observó lo dejó helado. El frío habitual de la habitación se hizo presente y el padre abrió los ojos con asombro.

Su cuñada había cerrado la puerta y lo observaba fijamente.

Hola, cuñado.

El padre sintió cómo les faltaba el aire a sus pulmones. Se obligó a sí mismo a sentarse nuevamente en la cama de su hija, estático y casi sin poder moverse. Trató de usar sus cuerdas vocales como pudo:

—Ho-o... hola, cuñada.

Él tragó saliva con fuerza. Un escalofrío recorrió su espina dorsal al ver sonreír a la mujer que estaba delante de la puerta.

Hola. No quería presentarme, realmente creí que de seguro no podrías verme porque no creías en nada de esto. Pero veo que me he equivocado.

—Tía —la joven Cristine llamó la atención de todos los presentes en la habitación—, mi padre no cree lo de su hermano. Quizás puedas refrescarle la memoria. Ya sabes, tú conoces ese mundo.

Su tía asintió con la cabeza y se acercó un poco a los mortales, quedando frente a ellos.

Verás, cuñado, tu hermano quiere vengarse de ti por matarlo y de mí por retenerlo aquí. Hará lo que haga falta para vengarse. Sabe que a ambos nos importa Cristine y sabe que es su forma de poder estar en paz.

—¿En paz? —preguntó la joven, desconcertada—. ¿Por qué yo? ¿De qué hablas?

Tu tío necesita una muerte sangrienta para estar en paz. Él en vida hizo un pacto con Satanás y a cambio de no ir al infierno y de ser exitoso el resto de su vida ofreció muertes sangrientas de mujeres jóvenes en honor a él. Yo fui la primera —Cristine notó cómo su tía sonreía con tristeza—, pero no por eso seré la última. Él está muerto gracias a tu padre, pero necesita cometer una muerte pronto si no quiere que el ángel caído de el mundo

ardiente lo lleve con él y deba pagar su deuda una eternidad. Tu tío debe matar de forma lenta y dolorosa a las personas. O sea, de forma sangrienta.

Todos se quedaron en total silencio, cada uno asimilando sus palabras. Las vacaciones se habían convertido en una pesadilla y las futuras metas se habían ido por la borda. Ya nada sería igual, todo había cambiado y al menos que no se deshicieran de esa amenaza infernal, no podrían vivir en paz.

—Entonces —Cristine suspiró y miró a su tía—, ¿dices que mi tío necesita muertes sangrientas de mujeres para poder seguir en este mundo, aunque esté muerto?

Su tía asintió.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó su novio—. ¿Hay alguna forma de prevenirlo o evitarlo?

Cristine no puede quedarse sola bajo ninguna circunstancia. Yo los vigilaré por las noches y no deberían salir de la hacienda. No deberías ser grosera con ninguna persona de este lugar, eso le facilitará el trabajo.

Cristine asintió, tomando la mano helada de su novio. Este acto le sorprendió al joven.

—¡Tyler!

Los gritos de la madre y esposa de la familia se escucharon en el piso de abajo. Todos automáticamente salieron del lugar, su tía solo se desvaneció en el aire.

Cuando llegaron abajo, vieron varios muebles tirados en el piso y a la madre de rodillas en el suelo. Sus sollozos y lágrimas eran abundantes.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó su marido, poniéndose de cuclillas frente a su mujer—. ¿Qué te sucede, querida?

La madre levantó sus ojos verde azulado hacia su marido. Estos se encontraban levemente irritados debido al llanto.

—No encuentro a Tyler. Cuando llegué no estaba y el lugar se encontraba así —explicó, refiriéndose a los muebles derribados—. Lo he llamado y no aparece. No sé dónde se encuentra y me estoy volviendo loca.

Todos pensaron en posibles lugares donde el joven pudiese estar. Ninguno lo conocía lo suficiente para especificar ese dato. El joven no era un hombre muy transparente y jamás se abría con sus padres, y mucho menos su hermana.

Chicos.

Los únicos tres que podían oír su voz, levantaron la vista hacia la mujer que estaba en las escaleras que conducían hacia las habitaciones.

—¿Qué pasa? —se atrevió a preguntar la joven, ignorando la mirada de

confusión que tenía su madre.

En el cuarto de mi sobrino.

Un mal presentimiento pasó por los tres presentes que observaban a la mujer.

—Vayamos a su habitación —ordenó el padre—. ¡Que alguien prepare cuatro tés!

Todos se dirigieron al cuarto del joven. La puerta se encontraba cerrada, los dos hombres frente a la habitación comenzaron a forcejear el cerrojo y a tirar de la puerta.

Cuando esta se abrió, el cuarto estaba oscuro. La joven encendió la luz y ahogó un grito junto a su madre al ver la catastrófica escena.

El hermano de la muchacha estaba en el piso, con los ojos muy abiertos y con su piel morada. Tenía diversos golpes por todo su cuerpo y varios clavos incrustados en sus piernas, su lengua estaba cortada y tenía un símbolo dibujado en su frente con un líquido rojo carmesí.

—¿Qué ha pasado aquí?

El padre estaba inmóvil en su sitio.

Ha sido José.

La joven Cristine observó a su tía en el ventanal de la habitación.

—¿Qué es ese símbolo? —preguntó la mujer de rodillas.

Es la estrella satánica. Es el sello que José le pone a sus víctimas. Lo ha matado para que el ángel caído le dé algo más de tiempo.

Todos estaban en completo silencio. La tensión en el lugar era asfixiante.

El joven John al ver que la familia Zamora estaba tan afectada, decidió hacerse cargo de la situación.

—Bien —susurró—, llamaré a la policía.

Sacó su móvil y marcó el número correcto. La escena era simplemente horrible. La familia de seguro quedaría con un trauma el resto de sus vidas.

Esto está mal. Lo bueno es que está en paz, con Todopoderoso. Pero me preocupa que pueda hacerles daño. No debería estar aquí.

La joven Cristine miró a su tía, quien tenía su vista fija en el baño de la habitación. Un hedor a un cuerpo descompuesto invadió el lugar. Cuando ella decidió seguir su mirada, un escalofrío seguido de una clase de colapso mental hizo que casi cayera al piso.

El hombre de negro estaba parado frente a la puerta del baño, sonriendo como un completo loco. Puso su dedo índice en sus labios que seguían curvados hacia arriba, haciendo una señal de silencio frente a la joven que lo

observaba traumatada. Su tía solo lo observaba sin algún tipo de expresión en su rostro.

Descansa, sobrina. Visitaré tus sueños.

Y Cristine se dio cuenta en ese momento de que era muy probable que no lograría dormir esa noche.

Capítulo 11:

Después de que las autoridades investigaran el caso, la familia preparó el funeral para el joven fallecido e invitó a amigos y conocidos.

Todos estaban sufriendo por la muerte del pobre Tyler Zamora. Aun así, nadie explicó a conocidos lo sucedido de su muerte. ¿Quién les creería de todos modos? Era muy riesgoso decir más de lo debido, por lo que prefirieron guardar silencio absoluto.

Por la tarde, luego de haber enterrado al joven, toda la familia decidió tomar medidas más drásticas. No podían seguir así, no con él ahí.

—Quizás podemos irnos a la antigua casa en la ciudad —sugirió el padre de familia, impaciente por proteger a su familia.

—Eso no se podrá, papá —aseguró la joven Cristine—. Si mi tía pudo seguirme hasta el psiquiátrico, ¿qué le impedirá a ese hombre seguirnos a cualquier otro lugar?

Y era cierto. El hombre los iba a perseguir a cualquier lugar que fueran, y seguiría causando daño y muerte mientras pudiera.

—¿Entonces qué podemos hacer? ¡No podemos quedarnos de brazos cruzados! —siguió su novio, cansado.

Todos se quedaron en silencio, nadie sabía qué hacer realmente. Sus opciones eran limitadas y ninguna era de gran beneficio para ninguno. La madre seguía perdida en su mente, recordando al joven Tyler y sus travesuras.

No había peor dolor en el mundo que el de una pérdida. Ver esa persona sin alma ni vida era la experiencia más cruel e inhumana por la que alguien podía pasar. Sentir tu corazón quebrándose pedazo a pedazo por saber que esa persona no volverá es uno de los sentimientos más asfixiantes que existen.

Y, para una madre, era lo más parecido a la muerte.

—Hay que tratar de ignorar esto —habló, finalmente, el padre—. Nos iremos hoy en la noche, aunque para ello haya que viajar al otro lado del mundo. Preparen sus maletas, chicos, nos iremos hoy en la noche hacia

México.

—Pero papá, eso no...

—¡Hazme caso, Cristine! No está a discusión —exclamó el hombre, desesperado por el bienestar de su familia.

Ella lo miró con rencor y dolor en su mirada, era la primera vez que su padre no la escuchaba y la avergonzaba frente a su novio.

Cristine se limitó a subir a su habitación, con John tras ella.

Entró furiosa por la puerta, golpeando lo primero que estuviera en su camino, que en este caso fue una foto de ella con su familia. Estaba furiosa, desesperada y se sentía impotente. Había perdido a su hermano, su padre había cambiado con ella y ya no sabía qué debía hacer.

—Cariño...

Su novio estaba en la puerta, sin saber muy bien qué hacer. No quería presionar a su novia, tampoco quería que pelearan. Solo supo esperar.

—Ven —invitó su novia al hombre frente a ella, dando pequeñas palmadas con su mano en la cama.

Su novio se sentó a su lado, como lo pidió la joven.

—¿Estás bien? ¿Quieres hablar de esto o prefieres...?

Se sorprendió al ver a su amada con sus brazos enredados alrededor de su cuello. Lo estaba abrazando, y pocos segundos después, la joven comenzó a sollozar contra el pecho de su novio, mojando su camisa con las lágrimas que ella derramaba, que en esos momentos parecían ser capaces de llenar todo un océano.

Él solo permaneció en silencio mientras ella se aferraba a su camisa con sus manos, arrugando esta en el proceso.

El joven comenzó a acariciar el cabello de la mujer que lloraba en su pecho, murmurando palabras alentadoras.

—Todo estará bien, te lo juro.

Ella seguía llorando, pero se separó lo suficiente para poder ver su rostro.

—¿Cómo estás seguro de eso?

—Porque de ser necesario daré mi vida para que estés a salvo.

La chica lo miró y volvió a abrazarlo, aspirando su colonia masculina y deseando estar viviendo una pesadilla.

—Te quiero...

El chico se quedó casi inmóvil con las palabras de la mujer frente a él. La abrazó más fuerte de lo necesario, como si ella se fuese a apartar de su lado y no supo más qué hacer que acercar sus labios para poder besarla. Se sentía

realizado e ilusionado con las palabras de la joven.

—Yo te amo —contestó él, antes de acostar a la joven en su cama y comenzar a darle tiernos besos mientras la acariciaba. Cuando sus cuerpos se unían, no importaba nada más en el universo. Era lo único que los mantenía con esperanza.

Horas después ambos estaban duchados y con ropa limpia.

Bajaron nuevamente a la sala y se encontraron con los padres de la joven y muchas maletas a su alrededor.

—Hora de irnos —ordenó el padre tomando dos maletas en sus manos mientras el personal tomaba las restantes, incluyendo las de los jóvenes.

Ellos iban en el todoterreno. El joven John iba atrás en su propio auto. La familia iba en un total silencio, nadie decía nada ni se movía más de lo necesario. La noche había caído en el lugar y el bosque era tan oscuro como el cielo, pero este no estaba adornado por estrellas. La luna recién se asomaba, iluminando la noche. Y el camino de la familia.

Un venado estaba en la carretera, sorprendió al chofer quien dio un brusco frenazo y se desvió de la calle hacia un árbol. Los acompañantes quedaron totalmente aturcidos por la impresión y el fuerte impacto.

John bajó de su automóvil tan deprisa como su cuerpo le permitía y se dirigió al auto colisionado. Vio a su novia en los asientos traseros, inconsciente. Desabrochó su cinturón y la tomó en brazos, en dirección a su coche.

Volvió por la familia de su novia, pero solo encontró consciente a la madre. Su padre y el conductor, quienes iban en los asientos delanteros, estaban muertos. Su cabeza estaba en el parabrisas, que se encontraba totalmente hecho trizas junto a la roja sangre de ambos.

Maldijo en voz baja, y solo supo volver en silencio hasta la hacienda. Con ayuda del personal bajó a las dos mujeres y las llevó a sus respectivas habitaciones.

Llamaron un doctor y esperaron cerca de una hora hasta que el hombre apareció. Hizo todos los estudios correspondientes y finalmente las dejó profundamente dormidas a madre e hija, al menos estarían así toda la noche.

A la mañana siguiente, Cristine despertó confundida. Tomó un baño y se vistió con su ropa habitual, bajó al comedor y se encontró con su novio hablando por teléfono, un poco preocupado.

—Buenos días.

El joven puso sus ojos sobre la joven y colgó el teléfono luego de despedirse de la persona a la otra línea.

—Buenos días, cielo. —John se sentía preocupado por su novia—. ¿Cómo te sientes?

—Bien —respondió la joven—. ¿Debería sentirme mal?

—Claro que no —respondió de inmediato su novio, negando con la cabeza—. Es bueno que te sientas bien. Ven, desayuna.

—¿Y mi familia? —John se estremeció ante la pregunta—. ¿Dónde está mi madre?

—En un rato hablaremos de eso. Ahora solo te pido que tomes desayuno, ¿de acuerdo?

La joven asintió y se acercó a la mesa.

Una hora después Cristine estaba hecha un mar de lágrimas, con el único consuelo de su novio. El funeral adecuado se preparó. A los novios les recorrió un escalofrío cuando al tener que reconocer el cuerpo de el padre, este tenía el mismo sello que el joven Tyler había tenido unas noches atrás. Se dirigieron a la hacienda y entraron en su habitación, sin entusiasmo alguno. Ambos estaban acostados en la cama, dándose consuelo mutuamente.

—No pude despedirme de él —murmuró la joven, al cabo de unos minutos—. Lo último que hice fue pelear. Soy un monstruo.

Su novio no sabía muy bien qué debía decirle, así que optó por usar las mismas palabras que le habían dicho a él cuando perdió a su familia:

—No deberías estar triste. Ellos ahora están lejos de toda esta mierda que es la vida. Sus cuerpos están aquí, mas sus almas no. Debes estar alegre de que estén felices; sin preocupaciones, sin dolor ni odio. Es como la vida perfecta que todo ser humano quiere, solo que en otro mundo.

La habitación se inundó en un profundo silencio.

—¿Sabes?, debo agradecerte por todo. Has soportado a alguien como yo y eso es admirable. No estás conmigo por dinero ni nada parecido, solo estás aquí haciendo lo que nadie más podría hacer —dijo Cristine entre sollozos.

El joven suspiró y comenzó a acariciar las caderas de su novia.

—Haría cualquier cosa por ti. Eso es lo que se hace en una relación: uno se sacrifica por el otro.

Un frío bastante habitual inundó el cuarto y no pasaron diez segundos antes de ver a la señora Wilson frente a ellos.

—Hola, tía.

Hola, querida. Lamento mucho tu pérdida. Si te hace sentir mejor, ellos están felices allá arriba.

—Creo que sí me reconforta un poco. Gracias.

La mujer asintió con su cabeza.

—¿Qué haremos ahora, señora Wilson? —preguntó el joven, incorporando su cuerpo para quedar sentado en la cama—. No podemos seguir con estas muertes, no así. Pronto le tocará a la señora Zamora o a mí.

La joven lo miró totalmente asustada. No podía perder a su novio y a su madre. No tan pronto. La muerte de su padre y su hermano habían sido consecutivas. Otras dos y en serio se perdería.

No sé qué podemos hacer. Él quiere a mi sobrina. La única forma que podemos deshacernos de esto es que posea a mi sobrina y luego la matamos. Pero eso no es una opción.

—Por supuesto que no —aclaró su novio—. Ella no morirá.

Entonces no podemos hacer más que esperar.

Luego de esa conversación, la pareja decidió descansar. Realmente era perturbador y estúpido que no hubiese nada que hacer al respecto. Siempre había una solución, ¿no? Cristine debía pensar en un plan B.

—Hola, sobrina. Dije que te iba a visitar, ¿recuerdas?

—No, por favor. ¡No lo hagas! —Cristine sentía pánico. El hombre estaba cara a cara con ella y su rostro era macabro. Casi podía notar el olor a pudrición que salía de su boca.

—Debo hacerlo, querida. Entraré en tu cuerpo y te mataré lentamente. Eso es lo que mi dios quiere y eso le daré. Tengo una enorme competencia con tu tío, no puedo dejar que él gane.

Cristine despertó con la respiración agitada. Su novio aún dormía a su lado. La imagen de el hombre de negro lanzándose contra ella era simplemente algo que no iba a olvidar tan fácilmente.

Tomó un baño y fue en busca de su madre.

La señora Zamora se encontraba en su cama, desayunando con ayuda de una criada.

—Yo lo haré, gracias.

La joven tomó la bandeja con comida y comenzó a alimentar a su madre.

—¿Cómo te sientes, mamá?

—Estoy bien. ¿Tú cómo te sientes?

—Bien..., solo algo deprimida.

—Todo pasará, ya verás. Tengo un plan que no fallará.

Capítulo 12:

—¿Cuál es tu plan, madre?

La señora Zamora se incorporó un poco mejor, estaba algo entumecida por haber pasado toda una noche en esa posición.

—Te escuché hablar de algo en tu habitación junto a tu novio. Era parecido a una... ¿posesión?

Cristine asintió con su cabeza, algo desconcertada por el repentino interés de su madre en el tema.

—Bien... Quiero que me digas exactamente todo lo que sucede y por lo que estamos pasando.

—No creo que...

—No te lo estoy preguntando, hija —la interrumpió su madre, cansada—. Por primera vez hazme caso, por favor.

Cristine observó a su madre, quien se veía bastante cansada y agotada por los últimos acontecimientos de días atrás. Ambas estaban cansadas, habían perdido a su familia en cuestión de días y su vida peligraba. Sus rutinas habían cambiado drásticamente sin siquiera dar un breve aviso.

Cristine suspiró y miró a su madre.

—De acuerdo, mamá. Verás..., mi tío nos persigue, el hermano de mi padre necesita matar personas para poder seguir en este mundo y no ser arrastrado al infierno. Entre más sangre y dolor haya en la muerte, más beneficioso es para él. Mi tía... —La joven hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas para que su madre no colapsara—. Mi tía Cristine nos quiere ayudar. Ella... me ha ayudado todo este tiempo: me ayudó a escapar del psiquiátrico, me ayudó a prevenir que ese hombre me matara y ha hecho que cambie más de lo que algún día pensé; ya no pienso en tecnología, ni amigos, ni compras, viajes o en tratar mal a los demás. Ahora el problema es... que ese hombre no nos dejará en paz hasta verme muerta.

Su madre analizaba toda la información, tratando de atar los cabos cual rompecabezas y digiriendo todo lo mejor posible.

—¿Hay alguna forma de deshacernos de ese hombre?

Las lágrimas en la señora Zamora no tardaron en aparecer, su hija corría peligro y su hermana se aparecía ante ella. Era demasiado para asimilar sin tener un desmayo o un fuerte dolor de cabeza.

—La única forma de hacerlo —comenzó a explicar la joven a su madre— es dejar que él me posea y luego matarme en el proceso. Pero claro está que no es una opción. —Una leve sonrisa traviesa cruzó sus labios. Eran las mismas palabras del joven John.

Su madre la observaba con asombro y terror. Ella jamás permitiría que su hija fuese asesinada de una forma tan atroz. La desesperación comenzó a invadir su cuerpo y se vio obligada a cerrar los ojos un breve momento para no ocasionar que el repentino dolor de cabeza se hiciera más fuerte.

—Podemos hacer algo diferente —murmuró la madre—. Tal vez engañarlo de alguna forma. Como que alguien se haga pasar por ti o algo así y luego matamos a esa persona.

Su hija la observó detenidamente, analizando sus palabras.

—Puede que tengas razón —reconoció su hija—. Lo consultaré con mi tía.

Por la tarde la joven había salido a tomar un poco de aire fresco. Decidió ir al lago que había en la propiedad, se había familiarizado con ese pequeño pero relajante lugar. Nuevamente se sentó en el viejo y fuerte tronco que estaba frente al lugar con abundante y cristalina agua. Para Cristine ese lugar era uno de los pocos sitios realmente limpios y bellos que ahí estaban; la mayoría eran sombríos y con aspectos que iban desde lo deprimente a lo escalofriante.

Las ranas comenzaron a sonar junto a los grillos cual banda sonora. El sol golpeaba el agua haciendo que esta brillara como diamante.

Cristine se sentía relajada en ese lugar; sentía paz. El agua comenzó a moverse en el centro, haciendo una especie de remolino en el proceso. La joven observó asombrada la escena, la cual sucedía a pocos metros de ella.

El agua se tornó de un rojo carmesí y un cabello totalmente negro seguido de una cabeza se asomó en el remolino. Un escalofrío recorrió el cuerpo de la joven. El cabello de la persona le tapaba el rostro, por lo que no podía distinguir el mismo, pero estaba segura de que era una mujer la que se encontraba ahí.

Su cabello estaba mojado, distinguió una tez pálida de la mujer. Sus dientes eran negros al igual que sus labios, ella estaba totalmente cubierta por el fango que debía haber en la profundidad del lago.

Muchas manos completamente negras salieron del remolino, dejando verse hasta los codos. La mujer le sonrió a Cristine quien se encontraba inmóvil en el tronco.

Estaré aquí esperando cuando descubras la verdad y me necesites. Recuerda siempre: el lago es un portal hacia el mundo oscuro.

—¿Quién demonios eres? —Cristine estaba a punto de salir huyendo. Esa cosa era todo menos humana.

Me llamo tairseach, Cristine. Solo recuerda lo que te dije. Ellas y yo estaremos esperando con ansias a nuestro invitado de honor.

Las manos que estaban a su alrededor se movieron de izquierda a derecha en señal de despedida. La mujer desapareció nuevamente en el lago y el agua comenzó a tomar su color y movimiento natural.

—¿Qué haces aquí?

Cristine se sobresaltó al ver que su novio se sentaba junto a ella en el viejo tronco.

—Solo vine a... descansar. Aquí me olvido de todo por un momento. —La joven estaba respirando deprisa. Algún día moriría de un ataque al corazón.

El joven la observó, comprensivo, mientras depositaba una mano en la suya en señal de apoyo.

Él también estaba aterrado y preocupado por la situación. Su novia se veía más pálida de lo normal y unas ojeras en forma de media luna adornaban su rostro.

—¿No has comido nada?

La joven negó con la cabeza y, como si su cuerpo se hubiese acordado de

que necesitaba más que aire para vivir, un gruñido proveniente de su estómago se escuchó en su interior.

La pareja volvió a la hacienda y pidieron algo de comer; estaban hambrientos y cansados.

—Querido...

El joven levantó su mirada hacia su novia.

—¿Qué pasa, cariño?

Ella apartó la mirada de él, recordando las palabras de la mujer en el lago y volvió a postrar su mirada en la de su novio.

—¿Qué significa *tairseach*?

—¿De qué idioma es?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé, ¿podrías buscar en el traductor de tu móvil?

El joven asintió con su cabeza y comenzó a teclear en su teléfono.

—Parece ser irlandés —habló al cabo de unos pocos minutos—. Significa portal.

—¿Portal?

Su novio asintió con su cabeza y decidió darle una breve definición de la palabra a la joven:

—El portal es considerado como una puerta hacia otro mundo, un universo paralelo, para explicarte mejor. ¿Por qué la pregunta?

—Por nada. Solo... curiosidad.

John asintió en silencio mientras volvía a tomar su tenedor y comenzar a comer nuevamente.

La tarde había transcurrido bastante normal y ambos sintieron un poco de paz por un día. Al fin la suerte estaba de su lado y les permitió descansar.

Horas más tarde unos hombres quienes se hacían llamar abogados vinieron a la hacienda en busca de la señora Zamora y su hija.

—Buenas tardes —dijo uno de ellos, quien tenía ojos color caramelo y era de tez morena—, ¿se encuentra la señora Zamora?

—Está durmiendo —advirtió su hija—. Pero ¿puedo ayudarles en algo?

—Estamos aquí para hablar sobre los bienes de su padre; propiedades, cuentas bancarias, pensión y contraseñas de su caja fuerte.

—De acuerdo. —La joven sabía que los hombres solo necesitarían unas firmas y se marcharían—. Pasen adelante.

Los abogados tomaron asiento en el gran sofá de la sala de estar y las empleadas fueron a preparar un té y galletas para los inesperados invitados.

La señora Zamora bajó como pudo las escaleras de la hacienda y se dirigió a la sala de estar donde se encontraban los hombres.

—Buenas tardes, señores.

Los sujetos se levantaron y estrecharon la mano de la señora. Volvieron a tomar asiento y esta vez la señora se les unió junto a los novios.

—Es un gran placer conocerla en persona, señora Zamora —reconoció el hombre de ojos acaramelados.

—El placer es mío. Lamento mucho estar en bata de dormir frente a ustedes, pero mi condición de salud no es la más estable en estos momentos.

La mujer se encontraba avergonzada. Los hombres frente a ella sonrieron y colocaron un maletín que traían en sus manos frente a la mesa de café, sacando diversos papeles y una pluma.

—No se preocupe, señora, estamos aquí de paso y no hacen falta las formalidades.

Los hombres volvieron a sonreír y las criadas entraron en la sala, dejando una bandeja con varias tazas de té y un plato de galletas.

—Se pueden retirar, gracias. —Las mujeres asintieron con sus cabezas y obedecieron la orden de su jefa.

—Muy bien, señora, necesitamos que firme estas transferencias que contienen todo el dinero y bienes de su esposo que en paz descansa; debe leerlas y luego podrá firmarlas. Su hija obtendrá el quince por ciento de las ganancias de la empresa del señor Zamora, y usted manejará lo demás.

La mujer asintió y comenzó a leer los papeles.

Cristine estaba en silencio junto a su novio, tratando de evitar la mirada que el abogado compañero del señor de tez morena le dedicaba.

El hombre tenía alrededor de treinta años, vestía de saco y corbata, era de tez pálida y sus ojos eran verdes cual felino. Era bastante atractivo, sin embargo, no era el tipo para Cristine; además de ser mayor que ella, la joven ya tenía una relación.

Su novio pareció darse cuenta de lo ocurrido, tomó la mano de su novia, entrelazándola con la suya y depositando un beso en la frente de la joven. Le dedicó una mirada poco agradable al hombre y este solo apartó la mirada.

—Bien, señora. Gracias por todo su apoyo y recibimiento.

Ambos hombres se pusieron de pie y comenzaron a caminar hacia la puerta.

—Disculpe la curiosidad y el arrebató, señora Zamora. Pero ¿tiene usted mellizas? —preguntó el hombre blanco.

La mujer se desconcertó por algunos segundos y luego reaccionó.

—No, solo tengo una hija, ¿por qué la pregunta?

El joven negó con la cabeza y ambos se despidieron, dando sus condolencias por la pérdida de la familia.

Las mujeres nuevamente se concentraron en su rutina.

Los hombres iban camino a su auto.

—Te juro que vi a esa joven en la sala, me miraba fijamente. En serio.

—Estás mal —comentó su compañero de tez morena—. Estás demasiado enamorado de la hija de los Zamora que ya imaginas ver dos de ellas.

—Quizá tienes razón...

Ambos subieron al auto y se marcharon a la ciudad.

La familia Zamora hablaba tranquilamente. Los tres estaban pensando en qué hacer. Las cosas se estaban tornando complicadas.

—Bueno, mamá, creo que ya es hora.

Su madre asintió con su cabeza, ansiosa por lo que posiblemente vería y lo que no.

—Tía... mi mamá quiere verte.

Capítulo 13:

El habitual frío llenó las paredes de la habitación y una sombra en el balcón fue tomando forma con el paso de los segundos hasta convertirse en lo que se conocía como la tía de Cristine. La señora Zamora observó con

asombro y terror a su hermana, quien se acercó poco a poco al lado de ella y sonrió.

—Hola..., hermana.

Hola.

La mujer aún no creía que su hermana estuviese frente a ella y, en un intento por mantenerse en pie, terminó desmayada.

—¡Mamá!

Déjala, es normal. Nos veremos más tarde.

Ella asintió con su cabeza y su novio la ayudó a llevar a la señora hacia su recámara. Su madre estaba pálida y se veía bastante delgada. El sentimiento de que algo no andaba bien se hizo presente en su hija, quien la admiraba, tratando de tener rayos X para poder descubrir lo que su madre tenía. Todo iba marchando bastante mal, muy mal.

La pareja decidió cenar cerca de las seis de la tarde. Pasta con albóndigas sería lo que probarían esa noche. Gustosos comenzaron a consumir su cena, devorando de a poco la pasta hasta que el plato comenzó a divisarse entre la salsa.

Cristine al terminar de cenar decidió darse una ducha, sintiéndose cansada de manera casi inmediata.

Cuando salió del baño, se puso su pijama y se acostó en la cama.

Tomó su móvil y comenzó a hablar con amigos y a revisar lo básico de sus redes sociales; todo estaba exactamente igual.

La joven sentía como si el tiempo se hubiera detenido, todo parecía ser exactamente igual que el día anterior.

Decidió mirarse en el espejo y admirar su perfecta imagen. Pero había un problema; la mujer llena de belleza y que irradiaba seguridad y felicidad, no era lo que ella veía en el espejo. La chica hermosa que antes habitaba en ese cuerpo había sido reemplazada por una mujer con ojeras casi moradas, piel más pálida... El cansancio era notorio en su rostro, como si no durmiera desde hace meses. Sus ojos habían perdido brillo y se veía más delgada.

Alzó su blusa para encontrarse con poca carne y unas notorias costillas haciendo acto de presencia bajo su piel. Volvió a la cama, cansada.

¿Cómo había perdido peso en tan poco tiempo?

Decidió cerrar sus ojos por un momento, respirando hondo y tratando de relajarse.

Cuando abrió sus ojos, se encontró frente a una cara pálida, con huecos negros que ocupaban el lugar de las cuencas, llenas de gusanos que salían de

estas. Su boca era negra y estaba más abierta de lo que un humano podía tenerla.

Cristine solo pudo gritar antes de que una mano con uñas largas y negras se posara en su boca. Ella miraba horrorizada el rostro podrido que había frente a su cara.

De repente, sintió como si su mente abandonara su cuerpo, logrando que dejara de pensar en escapar de ese lugar. Luego, respirar se volvió una necesidad menor, que después de unos segundos, fue totalmente patético hacerlo. Sentía que su mente viajaba a través del tiempo, veía miles de imágenes pasar por sus ojos como si de una película se tratase. Creyó que así era como se sentía morir. Al final, apareció en un campo lleno de árboles; las lianas los rodeaban, dándole un ambiente hermoso y peculiar.

Más adelante, a escasos metros de donde su cuerpo se encontraba, vio un enorme y cristalino lago. Lo reconoció al instante; era el mismo de la hacienda. Este se veía más lleno de vida y estaba más grande. Además, el sol llegaba hasta la cristalina agua, logrando un efecto sorprendente entre el agua y el brillo del sol.

Se asustó cuando una joven de melena rubia pasó a su lado, como si ella no estuviese ahí. Detrás de ella, un adolescente la seguía; ambos reían y se gritaban amenazas inofensivas.

—¡José, deja de seguirme!

Él volvía a reír y se acercaba cada vez más a la joven. Cristine sintió cómo un escalofrío recorría su columna vertebral al observar el rostro de la mujer.

Era su tía, más joven que como se veía muerta.

—¡Te voy a atrapar, cariño! ¡No importa cuánto huyas!

Ella seguía corriendo y riendo, hasta que tropezó con una rama de un pequeño árbol y cayó al césped, todavía riendo.

—¿Lo ves? Te has caído por no hacerme caso.

El joven seguía riendo y se acercó a ella, observándola, divertido.

—Cállate, Zamora. Si caigo yo, caemos los dos.

La joven lo tomó del brazo y lo tiró al suelo, junto a ella.

—Eres un caso perdido, Wilson.

El hombre se acercó a ella sonriendo y comenzó a besarla delicadamente. La acariciaba con ternura y cuidado, como si fuese una muñeca de porcelana.

—Te amo, José.

—Yo también te amo, Cristine.

A la joven la escena la llenó de ternura y se preguntó cuándo le había dicho ella a John que lo amaba. No recordaba una sola vez.

Observó cómo del lago salía una sombra totalmente negra y mal formada, y cómo esta se adentraba dentro del cuerpo del joven que se encontraba encima de su novia.

Cristine observó cómo él apretaba el agarre a su pareja y esta última empezaba a quejarse.

—José..., me lastimas.

Pero él no respondía. Sino que, al contrario, apretó más su agarre. Su cuerpo se puso tenso y sus ojos color miel se tornaron oscuros.

—José...

Él comenzó a quitarle la ropa a la joven, quien al ver su intención comenzó a removerse en el suelo, tratando de escapar.

—¡José! ¿Qué haces? ¡Déjame!

Él parecía estar en trance. Terminó de quitar el vestido de su novia y se quitó el pantalón.

Cristine quiso ayudar, pero por alguna extraña razón, no podía mover un solo músculo de su cuerpo. Ni siquiera sentía el movimiento de algún miembro.

Cuando él terminó de hacer el crimen hacia su propia novia, esta se encontraba llorando y gimiendo de dolor.

Una punzada enorme recorrió el abdomen de Cristine, quien observaba la escena, horrorizada.

El joven miró a su novia y cuando esta intentó moverse él no se lo permitió. Tomó una rama puntiaguda y, mientras la niña lo miraba horrorizada, él puso la rama en la garganta de la joven y lentamente trazó una cortada en forma de media luna por la garganta de la joven, la cual no tardó en comenzar a sangrar.

Minutos después la mujer se encontraba en el suelo, sin vida. El cuerpo del joven comenzó a relajarse y sus ojos se tornaron con su brillo natural.

—¿Cristine?

José observó la rama manchada con sangre y la lanzó al lago, pasando sus manos por su cabello, en señal de frustración.

—¡Despierta, por favor!

El joven la sacudía, tratando de que la chica despertara. Sin embargo, el cuerpo sin vida no reaccionaba. Comenzó a llorar y le dio suaves

cachetadas a la joven para que despertara. Cristine sintió lágrimas salir de sus ojos, y un sollozo se escapó de su boca. En ese mismo instante, el hombre giró su cabeza en dirección a la muchacha. Sus ojos llenos de lágrimas y su rostro enrojecido alteraron a la testigo del sueño.

—Ayúdame —le suplicó este a la joven.

Cristine despertó con la respiración agitada y llorando. A su lado estaba su novio, quien la observaba preocupado.

—¿Estás bien? —preguntó el joven, examinando con la mirada a su novia.

—Él no quiso matarla —murmuró Cristine, recordando su sueño.

—¿Qué?

Su novio la miraba desconcertado.

—Mi tío no quiso matar a Cristine. Algo salió del lago... Una especie de sombra, entró en el cuerpo de mi tío y él la mató. ¡Estaba poseído, no fue su culpa!

Cristine estaba entrando en pánico. Su novio la abrazó y acarició suavemente su cabello, tratando de tranquilizar a su novia.

—Sí, no fue su culpa. Está bien, amor. No debes gritar.

—Lo siento. Hay que arreglar eso, debemos decirle a mi tía lo que realmente sucedió. Fue esa sombra la que hizo que la matara de esa horrible forma, no fue a propósito —susurró.

—Está bien, lo haremos. Primero nos daremos un baño, vayamos y tomamos desayuno, luego iremos a visitar a tu mamá y, si tu tía se aparece, le diremos lo que soñaste.

La joven asintió con su cabeza y fue a tomar una ducha. Minutos después el joven hizo lo mismo.

Bajaron a desayunar y se encontraron a la madre de Cristine, con muy buen humor.

—Buenos días, queridos.

Ambos jóvenes frunció el ceño y lentamente se acercaron a las sillas junto a la mesa, donde se encontraba el desayuno servido.

—¿Mamá, te sientes bien?

—Claro que sí, cariño, me siento de maravilla.

Ellos decidieron ignorar a la mujer y comenzaron a desayunar. Hablaron de temas triviales los veinte minutos que estuvieron desayunando en la fresca mañana.

Cristine se dirigió a su cuarto y tomó un libro. Un espantoso frío volvió a

llenar la habitación. La sombra se colocó frente a Cristine y tomó la forma de su tía.

Hola, querida.

—Hola, tía

¿Todo está bien?

—Algo así. Hay... hay algo que debo decirte.

¿Sí?

—Ayer... tuve un sueño —explicó la joven, nerviosa—. Los vi a ustedes dos. Observé a José y te observé a ti; se veían muy felices. Algo salió de ese lago y entró en mi tío. Él hizo todo eso sin querer ni pensar. No era él, en serio. —Las lágrimas comenzaron a derramarse por las mejillas de la joven, ella había experimentado de forma espiritual todo lo que le pasó a su tía—. ¡Él no lo quiso hacer, no fue su culpa...!

¿Y tú crees esas tonterías!? ¿Cómo sabes esas cosas?

Cristine comenzó a asustarse al ver que los muebles de la habitación comenzaban a temblar y en cuestión de segundos, a moverse.

¡No sabes nada, niña tonta! Será mejor que te calles y no vuelvas a sacar conclusiones bobas. Tú no arruinarás mis planes.

En ese momento, la lámpara de la habitación se dirigió hacia Cristine. Ella cayó a la cama, inconsciente.

Capítulo 14:

John se encontraba en la sala de la hacienda. Los abogados habían venido en su búsqueda para que firmara papeles donde decía que la fortuna de sus padres le pertenecería totalmente debido a que tenía la mayoría de edad.

—Eso sería todo por ahora, señor. Cuando el verano acabe, podrá dedicarse a los negocios de su familia y los socios pasarán de ser gerentes temporales a sus aliados. Gracias por su tiempo.

—De nada. Gracias a ustedes por haber cuidado los negocios de mi padre todo este tiempo y no traicionarlo. Me aseguraré de que obtengan una recompensa.

—No hace falta, señor, pero gracias.

Una de las empleadas acompañó a los señores a la puerta y luego volvió a sus deberes.

Al cabo de unos minutos, el joven recibió una llamada, el nombre de una de las amigas se veía en la pantalla del móvil.

—¿Hola?

—¿John?

—Sí, ¿qué pasa?

—¿Cristine está contigo?

—No. Ella se encuentra en su habitación.

—*No contesta nuestras llamadas, y sabes que ella jamás se separa del móvil. Creímos que estaba apagado pero la llamada entra, solo que nadie contesta...*

—Iré a buscarla.

El joven subió las escaleras hacia las habitaciones del lugar y entró por la puerta del cuarto de su novia. La habitación estaba hecha un desastre; todo estaba tirado y algunas cosas rotas. John se preguntó qué había pasado ahí.

—¿Cristine?

No había respuesta alguna. El joven comenzó a buscarla y encontró en la cama el móvil de su novia, junto a este, había una lámpara rota con un poco de sangre en la bombilla. El temor y los nervios lo comenzaron a alterar.

—¡Cristine!

Pero todo estaba en un completo silencio. Un ensordecedor, preocupante e inusual silencio.

El joven comenzó a buscar a Cristine por toda la hacienda, preguntando a los empleados del lugar si la habían visto y ordenar su búsqueda. Pero nadie había visto a la joven desde la mañana.

John comenzó a desesperarse y buscarla fuera de la hacienda, alrededor de el terreno.

“Me gusta estar en el lago”.

El joven recordó las palabras de su novia y se fue directo al establo a por un caballo.

Cuando lo obtuvo cabalgó hasta el lago, furioso porque la joven no había avisado su partida y él de seguro le llamaría la atención por el acto de rebeldía.

Cuando se encontró en el lago, este se notaba más oscuro. Bajó del animal que había servido como transporte y lo ató a un árbol que fuese lo suficientemente fuerte para sostener a la bestia. Luego, se encaminó por los pequeños caminos de tierra que había en el desolado lugar.

A los pocos metros, unas luces apenas notables asomaban su claridad atravesando las ramas y lianas de los enormes árboles que allí había.

Cuando el joven llegó a donde las luces se encontraban, su piel se erizó y

sus manos comenzaron a temblar.

Las luces eran velas, estas se encontraban rodeando un círculo, dentro de él había una estrella de cinco puntas.

El círculo estaba hecho de un líquido rojo carmesí, pintado en la tierra. Y, en el centro del enorme círculo, se encontraba el cuerpo de Cristine.

—Cristine... —susurró con lástima filtrándose en su voz.

El joven la tomó en brazos y la llevó hasta el caballo que se encontraba atado en el árbol. Escuchó unos susurros y una leve melodía que desconocía en donde se encontraba hace pocos segundos, pero decidió irse lo más rápido que pudo del lugar.

Minutos después, John estaba poniendo sobre la cama a su novia. Puso sobre su cabeza una venda y se encaminó hacia la cocina para que prepararan la cena y trajeran unas toallas para limpiar la marca en su frente.

Encontró a su suegra mientras iba de camino, la cual preguntó por su hija.

—Ya la encontré, señora. No debe preocuparse.

—Gracias, cielo. No sé qué sería de nosotras sin ti.

El joven le sonrió agradecido a su suegra y siguió su camino hacia la cocina.

—Buenas noches. Necesito que preparen la cena, la familia está hambrienta —ordenó mientras buscaba las toallas y las humedecía con agua.

Los empleados observaron al joven y cruzaron miradas significativas.

—Joven, nuestra cocinera no está. Ella ha pedido una autorización de incapacidad debido a su embarazo.

—¿Cómo? ¿Por qué nadie le avisó a la señora Zamora?

—Ella se encontraba enferma, joven.

—Bueno, dile a la cocinera que mañana a primera hora del día quiero que esté aquí. Hablaremos sobre su incapacidad. Mientras tanto, ustedes se encargarán de cocinar o de ordenar algo para la cena de esta noche.

Los cinco empleados que ahí se encontraban asintieron con su cabeza en respuesta.

Cristine despertó de su largo sueño y se encontró en su cama, la cual seguía desordenada. Un fuerte dolor de cabeza y espalda se hizo presente cuando intentó moverse. De inmediato volvió a acostarse.

Comenzó a recordar los últimos acontecimientos de hace unas posibles horas y no creyó que su tía había sido capaz de golpearla.

La puerta se abrió y Cristine tuvo que ahogar un grito al ver que se trataba de su novio.

—¡Me has asustado!

—Lo lamento. Traje la cena. —Sonrío con ternura.

Ella correspondió dicha sonrisa lo más que le fue posible y esperó a que su novio se sentara en el borde de la cama.

—¿Qué ha pasado? —El joven la observó, preocupado—. Cuando llegué, la habitación estaba muy desordenada y tú no estabas aquí.

—No lo sé —respondió ella, sincera—. Lo último que recuerdo es que llegué a la habitación, mi tía apareció, le conté lo de mi tío y se enojó mucho. Comenzó a mover las cosas, a romperlas y tirarlas y una... una lámpara me pegó... en la cabeza. Después de eso, no recuerdo nada.

Él la observó, analizando su rostro y sus expresiones. Eso explicaba el porqué había una lámpara con sangre en la habitación. Pero... ¿cómo había llegado ella al lago inconsciente?

—¿Solo recuerdas eso? —preguntó John, acercando a la joven la comida que traía en sus manos—. ¿No sabes cómo acabaste en el lago?

La joven negó con su cabeza y tomó entre sus manos la bandeja que contenía *sushi* y comenzó a comer su contenido.

—Bien, luego lo hablaremos. Debes descansar, ¿de acuerdo?

Ella asintió y, al ver que su novio se marchaba, llamó su atención.

—No te vayas —él se detuvo y la observó, asombrado—, ya no quiero estar sola, por favor.

John suspiró y cerró la puerta tras él, se acostó al otro lado de la cama y esperó a que la joven terminara su cena.

A la mañana siguiente, Cristine se encontraba junto a su novio en el despacho que antes pertenecía a su padre. Frente a ella, se encontraba una de las criadas, que cargaba con una vida de seis meses en su vientre.

—Muy bien, señora María, ¿cuánto tiempo necesita?

—Necesito al menos seis meses, señorita. —La mujer bajó la mirada, atemorizada, pensando en un posible despido—. Sé que es mucho tiempo, pero mi bebé...

—Lo entiendo —la cortó la joven frente a ella—. El niño necesita tiempo y cuidado. Además, mi madre no permitirá que su cocinera favorita venga a trabajar enferma. Dígame, señora María, ¿tiene quién cuide a su hijo?

—Hija —corrigió la mujer—. Y no, no tengo quién la cuide. Pensé que cuando nazca podría traerla a la hacienda o veré si...

—Eso no es problema —aclaró Cristine—. Le daremos un aumento de

sueldo para que se le pueda pagar una *aya* a la niña.

La mujer asintió, bastante feliz.

—Ahora firme aquí, por favor.

La mujer no lo pensó dos veces y, sin leer, firmó el papel.

—Tú también firma, cariño.

El joven observó confundido a su novia, pero sin mucha preocupación firmó el papel.

Cristine se encontraba en la sala leyendo, su novio hacía lo mismo frente a ella.

Hola.

Ambos jóvenes miraron a la señora Cristine frente a ellos y dejaron de lado su lectura para dar paso al enojo y el miedo.

¿Ya no saludan?

—Me golpeaste —le recordó su sobrina, haciendo vibrar sus cuerdas vocales—, y aparecí en el lago.

Lo lamento. No debí enojarme tanto. José te metió cosas en la cabeza que no son ciertas. Además, después de que te desmayaras yo me retiré, no sé cómo llegaste a ese lugar.

—Estaba pintada en el suelo la estrella satánica de la que hablaste —añadió el joven—, en el centro se encontraba Cristine y en su frente la misma marca.

Debió ser José el que lo hizo. Aprovechó que Cristine estaba sola e inconsciente y se la llevó.

—Suena peligroso. ¿Debería estar feliz?

No, querida, pero no te ha hecho nada, eso es lo bueno.

—Muy bien —dijo su novio—, no podemos dejar sola a Cristine ni un instante. Esta vez, hablo en serio.

La joven asintió con su cabeza y suspiró. Sabía que él tenía razón.

Estás en lo correcto. Debemos cuidarla lo mejor que podamos.

Cristine asintió y se retiró del lugar. Necesitaba cambiar de aires. Fue a su habitación a buscar su móvil rápidamente. Cuando se iba a acercar a la puerta, una sombra negra la detuvo. Ella abrió sus ojos con sorpresa al ver al hombre de negro frente a ella.

Hola, sobrina.

Su respiración se aceleró al igual que los latidos de su corazón.

—¿Qué... que quieres? Gritaré si te atreves a tocarme...

Tranquila. Quiero tu ayuda.

Ella lo observó, confundida.

—¿Mi... mi ayuda?

Así es.

—¿No me harás daño?

Las manos de la joven temblaban y sentía que su corazón saldría de su pecho en cualquier momento debido a la adrenalina y el terror que sentía. No obstante, la curiosidad la dominaba.

Jamás te haría daño. Yo no soy el verdadero enemigo.

Aun así, la joven no se fiaba de sus palabras. Él había matado a su hermano.

—Iré contigo, siempre y cuando no me vayas a lastimar. Y, no quiero que dañes a mi madre ni mi novio, por favor.

Él asintió y le tendió una mano a la joven, su palma estaba comida por gusanos y muy arrugada; casi parecía podrida. Cristine la tomó con algo de asco.

Debes cerrar los ojos.

La joven enarcó una ceja, y luego de unos segundos, obedeció.

Sintió cómo su cuerpo se elevaba, ya sus pies no tocaban el suelo y, como si de un ascensor se tratara, sus pies tocaron el piso en cuestión de segundos. La joven se sorprendió al ver que sus pies no tocaban la cerámica de su habitación: estaban tocando tierra.

Observó el lugar en el que estaban y se dio cuenta al instante de en dónde se hallaban.

—El lago...

Su tío estaba frente a ella, soltó su mano y comenzó a caminar hacia un rumbo que Cristine desconocía. Decidió seguirlo y, al cabo de pocos minutos, el hombre se detuvo frente a un tronco bastante familiar.

—¿Por qué el tronco?

La joven instintivamente se separó del hombre cuando observó que este alzaba sus manos y tiraba el tronco hacia el lago con mucha facilidad.

Esta es la razón por la que te he traído.

Cristine se acercó a su tío y observó lo que se encontraba frente a él. No podía creer que nunca se había dado cuenta que bajo el cómodo tronco se encontraba una pista muy importante.

—Dios mío...

Bajo lo que antes era el tronco, se encontraba una lápida aplastada por el

mismo, con algunas ramas e insectos a su alrededor. Aun así, las palabras talladas en la lápida de piedra se podían leer perfectamente:

Cristine Wilson

“Tu alma descansará en paz y el reino del señor será abierto ante tus ojos.”

1982-1997

Capítulo 15:

—No puede ser...

Cristine estaba impresionada. Jamás había pensado en dónde se encontraba sepultada su tía. Ver la lápida bajo lo que era el familiar tronco provocó escalofríos en la joven.

Ella acarició con sus dedos la piedra donde se encontraba el nombre de su tía, ensuciando sus dedos con tierra seca en el proceso.

—¿Para qué me trajiste aquí? —preguntó Cristine, recordando el motivo por el cual había descubierto la lápida.

Para que sepas la verdad.

—¿Qué verdad?

No puedo decirte, debes averiguarlo por ti misma.

—Pero...

No tengo más tiempo, adiós.

El hombre se perdió por el bosque y abandonó el campo de vista de la joven. Ella se quedó de cuclillas unos segundos, analizando la lápida aplastada frente a ella.

¿Qué haces aquí?

Cristine dio un pequeño salto por la sorpresa de escuchar una voz a sus espaldas. Giró un poco su cabeza y se encontró con su tía, quien la observaba en silencio.

—Yo... —La joven se puso de pie y comenzó a sacudir su ropa, la cual se encontraba sucia por el barro—. Vine a distraerme un rato...

Dije que no podías estar sola, ¿recuerdas? Menos en este sitio.

Cristine observó a su tía y comenzó a retroceder pequeños pasos, tratando de ocultar la lápida. Luego, le sonrió.

—Tienes razón. —La joven comenzó a caminar en dirección a la hacienda—. Debo irme, ¿vienes?

Su tía asintió con su cabeza y comenzó a seguir a la chica, quien se encontraba nerviosa por alguna extraña razón.

Al llegar a la hacienda, su novio estaba en la sala tapando su rostro con ambas manos, desesperado por conocer el paradero de su novia y preocupado por su bienestar.

—John.

El joven se levantó del sillón cual resorte y se aproximó hacia Cristine, abrazándola fuertemente con sus grandes brazos, poniendo su cabeza en el hombro de la chica y suspirando aliviado.

—Gracias a Dios estás bien. —John se separó un poco y acunó el rostro de su novia con sus grandes manos—. Estaba preocupado...

—Lo sé. —Ella sonrió, agradecida—. Pero no ha pasado nada...

—¿Estás bien? ¿No te pasó nada? ¿Quién te llevó?

—Yo...

Cristine comenzó a pensar en una respuesta. No sabía si debía decir la verdad o debía mentir. Después de todo, su tío no le había hecho daño alguno, ¿no?

—Después de irme a mi habitación quise un poco de tranquilidad. Ya sabes..., alejarme de todo esto. Así que fui al lago un rato... para leer.

Su novio la observó y analizó su rostro. Estaba más pálido de lo normal y las ojeras habían vuelto; se veía cansada y sin vida.

John pensó que tal vez un descanso no le haría malo a la pobre y cansada joven.

—De acuerdo. —Él sonrió—. No importa, pero te he dicho que avises.

—Lo sé. No volverá a pasar.

Cristine decidió ir nuevamente a su habitación y encerrarse un rato mientras pensaba las cosas con mente fría.

Su tío la había llevado a el lago, sin embargo, no le hizo daño. Le había enseñado la lápida de su tía y cuando esta última apareció él se marchó.

¿Por qué hizo eso? ¿Por qué huyó y por qué no la lastimó? Estaba claro que la quería asesinar. Todo era confuso cuando se trataba del otro mundo.

—¿Por qué te has marchado? —preguntó la joven en voz alta, para nadie en concreto.

Siguió pensando en lo sucedido. Su tío no podía tenerle miedo a su tía. Ellos tiempo atrás se habían querido. Además, el malo de la historia era él, no ella.

Cristine estaba más confundida con los días que pasaban. Ambos seres eran extraños. Y ahora también estaba esa chica del lago. No había sido muy importante dado que solo había aparecido una vez, pero Cristine no dejaba de pensar que esa mujer se le hacía conocida; sospechosamente conocida.

Pero ¿quién podría ser? Ella no tenía familia aparte de los que conocía y los que ahora descansaban.

Su tía siempre estaba con ella. Y, de todos modos, la mujer tenía los ojos negros, el fango de el lago cubría su cabello como si fuese un tinte. No la reconocería jamás.

Dos golpes en la puerta hicieron que Cristine dejara sus pensamientos de lado.

—Adelante.

Cuando la puerta se abrió, la joven observó cómo su novio entraba a la habitación y le sonreía a ella sin mostrar sus dientes.

—¿Cómo te has sentido? —John se aproximó a la cómoda del lugar y sacó su pijama, para luego comenzar a desvestirse y colocarse esta—. Te he notado algo... cansada.

Cristine lo admiró mientras se cambiaba de ropa y luego imitó su acto.

Ambos se acostaron en la cama y se abrazaron, respirando pesadamente en el proceso como si estuviesen sincronizados.

—¿Ahora me dirás qué pasó? —Su novio al fin había encontrado el momento justo para hablar; esta vez, a solas.

—No sé de qué hablas. —La joven comenzó a sentirse tensa—. Ya te dije que solo fui al lago.

—Ese es el problema —John volvió a suspirar—: sabes el porqué de la pregunta sin habértelo dicho, eso quiere decir que me mientes.

Ella se dio cuenta de su error y puso sus ojos en blanco, regañando a su mente internamente por lo tonta que había sido. Se le había olvidado que ese chico que estaba con ella la conocía como la palma de su mano, y eso que solo tenían nueve meses de haberse conocido.

Cristine decidió que en él sí podía confiar, así que admitió lo sucedido.

—No llegué ahí a tomar aire fresco —reconoció, poniendo su mirada en el techo mientras recordaba los hechos—. Mi tío me llevó a ese lugar; fue una especie de teletransportación. Me encontré en el lago, estaba húmedo y algo turbio. Mi tío movió el tronco en el que siempre me sentaba y me dijo que observara lo que ahí se encontraba. No sé por qué, pero estaba la lápida donde sepultaron a mi tía.

—Pensé que tu tía había sido enterrada en el cementerio de la familia, a las afueras de la ciudad.

El joven John frunció su ceño mientras la joven le relataba lo sucedido y también comenzó a analizar la situación. ¿Por qué ella había sido enterrada

cerca de un lago?

—Yo también pensé lo mismo —admitió Cristine—, pero no fue así. Ella está sepultada ahí. Está sola, abandonada y sin compañía alguna.

—Cariño, los fantasmas no se sienten solos —se burló John, sonriendo con gracia.

—Lo sé —gruñó ella, golpeándolo juguetonamente en su hombro—. Pero ella está aquí, sola. Tú mismo la has visto. Está sola y sin familia, ni amor, ni paz. Nada.

—Pero, cielo, ella ahora te tiene a ti y a tu madre. No está sola.

—Pero lo estuvo muchos años, John. No quiero que eso pase, no me quiero quedar sin familia como ella. Mira a tu alrededor: estoy sin padre, sin hermano, sin una tía que esté en carne y hueso. Y pronto me quedaré sin madre...

—Oye —el joven se acostó de medio lado de modo que pudo ver la cara de su novia—, mírame.

La joven obedeció y observó a su novio, sus ojos azules tenían ojeras que se reflejaban más. Su novio en cambio, seguía igual de apuesto que la primera vez.

—No debes pensar así —el joven depositó un pequeño beso en la frente de la joven y volvió a observarla—, no te quedarás sin madre. Además, yo siempre estaré contigo; yo seré tu familia. Debes estar tranquila. Tu tía nos ayudará con todo esto, por eso está aquí, con nosotros. Ella no quiere que pases por lo mismo que ella pasó, sabe cuánto duele.

—Entiendo —Cristine estaba analizando las palabras de su novio, tratando de no entrar en pánico por lo que estaba cruzando su cabeza. Sus mejillas estaban mojadas debido al llanto.

—Entonces debes estar tranquila, Nada malo pasará, ¿de acuerdo? —La joven asintió con su cabeza y él le sonrió—. Muy bien. Debemos decirle a tu tía lo que pasó y lo que ese hombre te hizo. Quizás ella pueda...

—¡No! —Cristine lo interrumpió, provocando que él se sobresaltara debido a su repentino grito—. No debes decirle nada, por favor —susurró ella con voz más calmada, observando la cara de confusión de su pareja—. No quiero que ella sepa sobre esto, ¿sí? Será nuestro secreto. Al menos por ahora.

—¿Por qué no se lo quieres decir?

—Porque tengo un mal presentimiento, es todo.

—Pero..., cariño, si ella no sabe no podrá ayudarte. Estás consciente de lo que tu tía nos dijo: no debes estar sola.

—Lo sé. Pero no estoy sola: estoy contigo. Solo entiende por favor. No quiero decirle ahora, quizás después pueda hacerlo. Pero por el momento... prefiero mantenerlo en secreto. Debo hacer algo antes de decirle.

—¿Qué harás?

—Te lo diré, pero ¿prometes no decir nada?

—No lo sé. Si estás sola siempre pasan cosas malas y yo... yo me la paso aquí preocupado. Tu tía siempre está conmigo, parece como si ella fueses tú y tú fueses ella.

—¿A qué te refieres?

—A que ella siempre está conmigo, pensando en una solución y consolándome cuando estoy preocupado. En cambio, tú ahora... has cambiado para bien, créeme. Me encanta que te hayas vuelto tan amable y buena. Pero ahora duermes casi todo el día, despiertas todos los días a la hora del almuerzo; casi no te arreglas, te la pasas en la sala o en la habitación, o si no estás en ese tonto lago.

Cristine lo pensó un poco y se dio cuenta de que él tenía razón. Ella ahora no hacía ningún tipo de actividad ni ejercicio como solía hacerlo. Su puchero y reproche le pareció sumamente adorable a la joven.

—¿Sabes que sueñas como una mujer apartada de su marido? —El joven comenzó a reír y luego una pequeña tos lo obligó a parar—. Pero tienes razón, sé que me he alejado de mi mundo. Pero ahora me canso más por cualquier pequeñez, casi no me da hambre ni ganas de hacer nada.

—Te entiendo —admitió John, pensando en una idea—. Vayamos mañana al doctor, ¿te parece? Iremos al doctor, comeremos algo, caminaremos por algún parque cercano, y luego pediremos lo necesario para poder hacer yoga.

—¿Yoga? —La joven lo miró, divertida—. No sabes hacer yoga.

—Puedo aprender —sugirió él—. Tengo una buena maestra frente a mí.

Ella rodó sus ojos y sonrió.

—Lo haré. Pero debes prometer que no le dirás nada a mi tía.

Él asintió y ambos jóvenes comenzaron a sentir frío.

¿Qué no me deben decir?

Cristine abrió sus ojos con sorpresa y tragó saliva fuertemente, sintiendo cómo sus nervios aumentaban.

—Nosotros...

Capítulo 16:

La joven Cristine se quedó estática, pensando en una posible mentira para su tía.

No sabía qué decir. No podía decirle la verdad; no es que no pudiera, simplemente algo le decía que no debía hacerlo. Después de tanto tiempo frente al ente, volvía a sentirse nerviosa con su presencia.

—Nosotros... no te queríamos contar... —Cristine tartamudeaba y eso hacía que se viera sospechosa. Sus manos comenzaron a sudar.

—Nosotros no te queríamos dar aún una gran noticia —terminó su novio, menos nervioso y despreocupado que su pareja—. Es una sorpresa.

Ya veo. ¿No me dirán de qué se trata?

Cristine negó con su cabeza, sonriendo falsamente.

—No, tía. No podemos decirte. Es una sorpresa, ¿lo olvidas?

No me gustan las sorpresas.

La tía expresó enojo ante la respuesta.

—Bueno, te van a tener que gustar.

El espíritu le hizo una muy mala cara a John por su respuesta.

Él se había atrevido a ocultarle algo después de tanto apoyo brindado por

su parte, y eso no le gustaba nada.

Como quieran.

La mujer desapareció de la vista de ambos jóvenes.

—Se ha enojado.

—Ya se le pasará. Es hora de dormir.

La joven asintió con su cabeza y dejó que el sueño y el cansancio se apropiaran de su cuerpo y mente.

Al día siguiente, Cristine despertó con muy poca energía. Su rostro lucía aún más pálido y las bolsas bajo sus ojos eran más notables.

Al bajar a desayunar, su novio se encontraba junto a su madre, charlando en susurros. Cristine decidió esconderse e investigar la conversación.

—Debemos recortar el personal —decía el joven John, revisando los papeles frente a él—. No es bueno que su hermana se ande paseando por aquí con tantas personas.

—Estoy de acuerdo —concordó la madre de la joven—. Despide a los jardineros y todos los hombres de los establos, vende a los animales y las cosechas. A Cristine no le gusta nada que tenga que ver con el campo; no se hará cargo jamás de esta hacienda. Si voy a morir, al menos quiero dejar desolada esta casa y dejarle algo a Cristine.

Un nudo se formó en la garganta de la joven al escuchar a su madre hablar de esa forma. Ella sin duda alguna jamás se encargaría de el campo, pero tampoco lo haría con los negocios de su padre. Lo que había firmado haría pasar todos los bienes y eso le alegraba. Se sentía bien haber hecho una obra de caridad después de todo.

El sentimiento de que algo malo pasaría no abandonaba el cuerpo de la joven, así que ella decidió hacerse cargo de lo que pasaba con sus propias manos.

Solo que su familia jamás lo sabría.

—Muy bien, señora Zamora, lo que usted ordene.

—Gracias, querido. Por todo.

El joven asintió con su cabeza.

—Es un placer.

John se retiró del comedor para realizar los pedidos de la dueña de la hacienda. Tenía mucho de qué encargarse y sentía que las horas no le bastaban. Primero estaba su novia, así que perder tiempo no era una opción.

Cristine entró casi de inmediato fingiendo tranquilidad. El ambiente entre

ambas mujeres aún era tenso. Después de todo, todavía era incómoda la relación de madre e hija.

—Buenos días, mamá.

—Buenos días, querida. Pronto traerán tu almuerzo.

—Gracias.

—¿Pasa algo?

—No...

—Cariño, solo quedamos tú y yo, ¿sí? —Su madre suspiró con cansancio

—. Necesito que seas sincera conmigo, por favor.

Cristine ladeó un poco su cabeza y comenzó a pensar detalladamente las próximas palabras que saldrían de su boca. No quería dañar a nadie ni a ella misma, tampoco demostraría que se encontraba débil y asustada.

Ella había sido fuerte todo el tiempo, o al menos eso había fingido hacer.

Su madre, por otro lado, se encontraba preocupada por la única hija que le quedaba; asustada por el bienestar y la salud de la joven frente a ella, que cada día se veía más cansada y consumida por la terrible situación.

—Estoy preocupada, madre.

Su mamá sonrió y tomó la mano de la joven. El calor y seguridad maternal eran incomparables para un hijo. A la joven se le hizo extraño el nudo en su garganta cuando sintió la calidez.

—No debes estarlo, querida, todo estará bien.

—Pero ¿qué tal si no? Nada sale bien nunca y lo sabes.

—Bueno, quizás en esta ocasión haya una excepción.

—Es que no te quiero perder, mamá. —Varias lágrimas comenzaron a salir de sus azules ojos. Al final, había sido imposible la tarea de guardarse sus emociones—. Eres lo único que me queda, madre. No quiero que sacrifiques tu vida por mí y que yo no pueda hacer nada a cambio.

—Querida —la señora Zamora acarició la mejilla de su hija, limpiando algunas lágrimas—, eso es lo que hacen las madres; sacrifican todo por sus hijos sin esperar nada a cambio. Yo estoy disponible a morir por ti y por mi familia. Toda ella.

Ambas sonrieron y se abrazaron como nunca lo habían hecho. Esta vez madre e hija tenían una batalla; una con su pasado y la otra con el futuro.

—Mamá —la joven limpió su nariz con uno de sus dedos—, ¿podemos hablar de mi tía?

—Claro. ¿Qué necesitas saber?

—¿Ella y mi tío estaban enamorados?

Su madre prestó más atención de la que había pensado a la conversación.

—¿Cómo sabes de tu tío? —inquirió la mujer.

—Me he dado cuenta gracias a ella, y he cruzado unas pocas palabras con él.

La madre de Cristine abrió sus ojos como platos debido a la impresión. ¿Desde cuándo todos podían hablar con los muertos? Se preguntaba ella.

—¿Tu tío? ¿Qué acaso él no era el malo?

—Se supone que sí, pero mamá, él no me ha hecho daño y ha tenido muchas oportunidades. —Cristine vio a su madre tambalearse, como si un escalofrío hubiese sido provocado. Hizo caso omiso a tal comportamiento.

—No deberías hablar con esa... cosa.

—¿Por qué? Él no ha hecho nada...

—¡Porque no sabes todas las atrocidades que ocurrieron antes de que nacieras!

—Pero, madre, él me enseñó lo que realmente había ocurrido ese trágico día. También me enseñó...

—Te prohíbo que vuelvas a hablar con él.

—Pero, mamá, necesito saber...

—¡Hazme caso, Cristine!

Su hija se sobresaltó cuando su madre golpeó con bastante fuerza la mesa con sus dos manos formadas puños. Luego frunció su ceño cuando observó a su madre, quien poseía ojos color negro, no su natural combinación verde azulado. Su cabello estaba más oscuro y su piel bronceada.

Era imposible broncearse en un lugar húmedo.

—¿Quién eres? —Cristine sintió pánico. ¿En qué momento ocurrió eso? Ella acababa de sonreírle, y ahora la miraba como si fuese a matarla.

La persona que podía no ser su madre se quedó en silencio absoluto, mirando fijamente a la joven frente a ella.

—¿De qué hablas? Soy tu madre.

—Mi madre jamás me gritaría. De hecho, ella teme que yo le grite.

La mujer tragó saliva, bastante nerviosa, y luego escapó corriendo del cuarto donde se encontraban.

Cristine decidió seguirla, pero cuando llegó a la puerta, la servidumbre traía su almuerzo. Se había olvidado por completo de comer ante el suceso que acababa de enfrentar.

Volvió a su silla y esperó a que las sirvientas colocaran cada platillo sobre la mesa para que la joven pudiese tener un sano y exquisito almuerzo en

soledad.

—Gracias.

La servidumbre desapareció, y en su trayecto a Cristine le pareció observar una sombra blanca y pequeña corriendo junto a las personas, pero decidió ignorarlo. No había nadie tan pequeño en la hacienda.

—Hola.

La joven se asustó cuando escuchó la voz de su novio y su respiración se aceleró casi de inmediato.

—Diablos, avisa cuando vayas a entrar.

—Perdona.

John se sentó en una de las sillas de la mesa.

—¿Cómo estás?, ¿has dormido bien?

Cristine asintió con su cabeza y tomó un poco del jugo de limón que le habían servido. ¿Debía decirle a su novio lo ocurrido?

—Te ves muy pálida y cansada, ¿segura que lograste dormir bien?

—Dormí perfectamente. Pero sigo cansada.

—Deberías dormir. Puedes hacerlo después de almorzar.

Cristine negó con su cabeza.

—Quiero ir un rato a la ciudad, estar en este lugar me está matando. Necesito una tarde en el *spa* y un rato con mis amigas.

—¿Yo no existo?

Ella lo fulminó con la mirada.

—Bueno, ¿y qué quieres? Estoy aquí encerrada todo el día con criadas, espíritus que me quieren matar y contigo. ¡Gracias por entender!

—Perdona, no quise... no quise decir eso. Solo bromeaba.

Cristine suspiró y tapó su cara con ambas manos. El estrés la estaba matando.

—Perdón. Es solo que... esto ya está siendo demasiado para mí. Puedes acompañarme si quieres.

—Muy bien. Yo debo ir al banco y aprovecharé para ir al gimnasio, así tú tienes tu tiempo y yo el mío. ¿De acuerdo?

Ella aprobó la idea y terminó de almorzar para ir a ducharse.

Luego de vestirse y arreglar su aspecto, llamó a sus amigas, quienes aceptaron de inmediato, bastante alegres por la inesperada salida de chicas.

Cristine subió al auto junto a John y le indicaron al chofer las paradas que debía hacer.

—¡Hola!

Las dos chicas vestidas con poca ropa se lanzaron hacia Cristine, envolviéndola en un gran abrazo.

—Chicas, las he extrañado mucho.

—Y nosotras a ti.

Ellas se separaron y la miraron con desagrado. Cristine se dio cuenta de su expresión y frunció su ceño.

—¿Qué pasa?

—Estás... pálida —comentó una de ellas, disgustada por la perfección que irradiaba la rubia a pesar de su mal estado.

—Y con ojeras —agregó la segunda mujer, quien tenía su cabello rojo y ojos verdes.

—Lo sé, he tenido problemas con mi familia y ese lugar.

—Sentimos lo de tu padre y tu hermano, Cristine.

—Sí, lamentamos lo ocurrido.

—Muchas gracias.

—¿Cómo ocurrió su muerte? —preguntó la castaña, curiosa.

—No lo sé —mintió Cristine.

—¿No sabes nada? —La joven negó—. Es extraño. Uno de los hombres más adinerados del mundo es asesinado junto a uno de sus hijos y ni la policía ni la familia sabe lo que ocurrió —murmuró la pelirroja.

—Lo sé, ya saben que la policía hoy en día es una porquería.

Cristine ya se estaba poniendo nerviosa. Sus amigas hacían preguntas que ella no podía contestar, la presión la estaba matando.

—Bueno, ¿vamos al *Spa*?

Ambas amigas asintieron con su cabeza y se dirigieron hacia el lugar.

Cristine había disfrutado mucho del viaje. El Spa estaba haciendo los efectos relajantes que ella necesitaba y eso la ponía feliz. Su semblante había cambiado; se notaba más viva y sin imperfecciones.

Cuando iba en el auto de vuelta, la joven iba con una hermosa sonrisa en su rostro.

—¿Por qué estás tan feliz?

John ya se había percatado del entusiasmo y la alegría que irradiaba su novia.

—Me sentó genial salir un rato. —Sonrió.

—Eso me alegra oírlo.

—Gracias. —Ambos se dieron una mirada cómplice, cargada de lujuria.

La joven cerró sus ojos y suspiró tranquila, dejándose llevar por la paz

que sentía.

—¿Cristine?

—¿Sí?

—¿Por qué las cuentas del banco de tu padre están a nombre de otra persona?

La tranquilidad de Cristine se fue casi de inmediato. Sintió cómo su cuerpo se tensaba.

—No lo sé.

—Las mías también.

la joven tragó saliva fuertemente. Ya habían descubierto sus planes y eso no le agradaba en lo absoluto.

Las cosas habían salido excelentes ese día. La chica estaba feliz y alegre a excepción de el acontecimiento ocurrido por la mañana.

Pero ahora un nuevo problema la afrontaba; uno del que no quería hablar.

—Eso es extraño —replicó ella.

—Lo es. El problema aquí es que hablé con las personas del banco y me dijeron que alguien mandó un contrato con mi firma y la de la señora Zamora a ellos, ordenando específicamente que pusieran todas las cuentas con los millones a nombre de alguien más.

—Qué dilema.

—Y ese alguien que envió esa solicitud fuiste tú.

—¿Disculpa?

—Y la mujer a la que le diste todo nuestro dinero es la señora embarazada, ¿me equivoco?

Cristine suspiró cansada y observó a John. Ya no tenía nada que ocultar.

—De acuerdo, yo lo hice. ¿Feliz?

Sin duda alguna su tranquilidad estaba desapareciendo rápidamente.

Capítulo 17:

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque quise. ¿Algún problema?

—Sí, ¡es mi dinero!

—¡También el mío!

—Pero tú tienes poder sobre él, no sobre el mío.

—Solo quise hacer algo bueno por una vez en mi vida. Lamento dejarte sin un centavo cuando el dinero te sobra. Puedes regresar por él mañana si se te pega la gana. Yo firmaré lo que tenga que firmar.

Cristine se cruzó de brazos y esperó los pocos segundos que faltaban para que el coche se estacionara frente a la hacienda. Venía maldiciendo por dentro. ¿Que acaso nunca tendría un día en paz?

—Cristine, yo...

—Déjalo.

La joven bajó del auto apenas este se detuvo y se dirigió hacia su lugar de paz: el lago.

Su novio la llamaba, sin embargo, ella hizo caso omiso a sus gritos.

Al llegar, como el tronco ya no era un posible asiento, decidió sentarse en el suelo, cerca del agua.

La paz abundaba y la noche comenzaba a hacerse presente en el lugar.

La bella joven comenzó a llorar. Sentía cómo su corazón se oprimía. Sentía dolor, mucho dolor.

Su vida había cambiado en unos pocos días y ya había perdido el control de esta. En ese sitio podía demostrar su mayor temor: debilidad. Ahí, entre la oscuridad y los cánticos de insectos, se sentía plena e irremediabilmente rota.

Cristine comenzó a escuchar el ruido del agua fluir y centró su atención en el lago, el cual comenzó a distorsionarse y a abrirse un hueco en el centro de este.

La mujer de la otra noche apareció nuevamente en el lago, rodeada de

decenas de manos negras y su vista oscura y tenebrosa. Pero esta vez había algo distinto: debido a la poca luz que aún había en el lugar, Cristine logró observar que el reflejo de la mujer en el agua era distinto al de su rostro.

En el reflejo sus ojos parecían huecos y tenía un aspecto oscuro y macabro. Sin embargo, Cristine sentía cierta conexión inexplicable con esa mujer.

Hola.

—Ho-o-la.

Esta criatura tenía algo que llegaba a ser hipnotizante. Cristine estaba fascinada.

¿Cómo estás?

—Bien. ¿Por qué te interesa?

¿Me tienes miedo?

La joven negó con su cabeza.

Eso es bueno. No deberías tenerme, quiero ayudar.

—Ayudar ¿con qué?

Con tu problema de plaga de fantasmas.

—¿Cómo? Solo tengo dos. —La joven frunció el ceño. Ahora que lo pensaba, ¿por qué no habría más de uno?

Te equivocas. En este lugar existen muchos más. Ellos solo son los peores. Los demás en su mayoría son inofensivos. Pero, en cuanto sepan que los puedes ver, se aparecerán seguido ante ti.

—¿Eso es malo?

Depende de cómo lo veas. Pueden atormentarte, pedirte cosas a cambio o simplemente habrá otros que querrán ayudarte.

—¿Ayudarme en qué? —La joven se acercó lentamente al lago.

Ya te dije, con tu problema de fantasmas. Aunque claro, Asmodeus es el peor de ellos. Y lo malo, es que ya te cruzaste con él.

—¿As qué?

Cristine no recordaba haber visto o hablado con alguien que llevase ese nombre. Jamás había escuchado un fantasma similar. Los únicos presentes en su vida hasta ahora eran sus tíos.

Quiero mostrarte algo.

—¿Qué?

¿Estarías dispuesta a entrar al inframundo?

La joven se quedó sentada en el césped pensando en su respuesta. ¿El inframundo?

¿Eso qué quería decir?

Cristine estaba totalmente confundida.

—¿Voy a volver?

Claro que sí. Solo será una pequeña visita.

—Bien..., supongo que lo puedo pensar.

¿Aceptas? Necesito una respuesta rápida.

—Yo...

—¡Cristine!

Ella se dio media vuelta para encontrarse con John, quien la observaba desde el pequeño camino que llevaba a la hacienda.

El joven no podía creer lo que veía. Su novia estaba a escasos metros de el enorme agujero que se había abierto en el lago. Y sin duda alguna, había una mujer dentro del hoyo.

—¿Qué...?

—Es una amiga, John.

—¿Amiga? —Cristine asintió—. ¿Ahora los demonios son tus amigos? ¿Qué diablos te pasa, Cristine?

—¿Qué? ¡No es un demonio! ¡Es solo alguien que conocí!

—¿Pero... no te da miedo que te haga daño? No conoces a esa cosa, Cristine. Volvamos a casa, por favor.

—¡Ya bastante daño me ha hecho mi tío y tú! ¡Estoy harta de los hombres, todos son unos interesados!

—¡Cristine! ¡Espera!

—Bien, quiero ir —se dirigió la joven a la criatura.

Entra al lago, niña.

Cristine asintió con su cabeza y comenzó a acercarse al agua. Su sorpresa fue, que al entrar al frío lugar, podía caminar sobre esta como si fuese suelo. La chica se sorprendió ante lo que estaba viendo y viviendo. Sentía lo mojado bajo sus zapatos, pero no se hundía.

Ven aquí.

Ella comenzó a acercarse a la mujer y las manos de esta última se dirigieron en dirección a la joven, recibéndola con gusto.

—¡Cristine! ¡No lo hagas, por favor!

Su novia se detuvo un momento y lo observó detalladamente, tratando de tomar una decisión y tal vez retractarse. Pero luego recordó lo ocurrido. No podía seguir así. Necesitaba un distractor... o la muerte.

—Lo siento, pero necesito unos minutos de paz.

John siguió llamándola y negaba con su cabeza, desesperado porque su pareja se devolviera hacia él y se fuesen a la hacienda para hablar. Pero ella se veía decidida.

Cristine le extendió sus manos a las de la mujer y esta las tomó, para luego llevársela junto a ella a la joven hacia un mundo totalmente desconocido.

—¿Señora Cristine!, ¿dónde está?!

John volvió corriendo cual rayo hacia la hacienda.

Su objetivo era encontrar a la tía de su novia para que buscara una solución.

Cuando John llegó al lugar, la servidumbre lo atendió como se debía, aunque este se negara.

Subió rápidamente a la habitación que compartía con la joven y cerró la puerta, colocando el seguro.

—¿Señora Cristine?

Esperó pacientemente mientras se sentaba en la cama. Comenzó a observar varias fotografías que se encontraban alrededor de la habitación. La mayoría eran de la pareja de jóvenes. Sonrió con tristeza hasta que comenzó a sentir frío.

¿Me llamas?

La mujer apareció frente a él, bastante seria. Se veía más viva, su voz sonaba menos distanciada y con menor eco.

—Señora, una cosa rara en el lago se ha llevado a Cristine. Ayúdeme, por favor.

¿Qué dices? ¿Cómo que una cosa en el lago?

—Así es. Era una clase de mujer con manos negras.

La tía de la joven se sorprendió ante el comentario.

No puede ser.

—¿Qué pasa? Dígame por favor quién es esa mujer.

Es una chica que murió aquí hace mucho tiempo. Ella cuida el lago ya que es el portal entre los dos mundos; el de luz y el de oscuridad.

—¿Quiere decir que esa mujer cuida el portal entre el infierno y este mundo?

Así es. Pero es mala, si se llevó a Cristine es porque la quiere convertir en un demonio. Debemos hacer algo.

—Cristine no me quiso escuchar. Dijo que necesitaba tiempo y quería algo de paz. Todo el día estuvo hablando de eso. Cuando veníamos hacia acá estaba muy alegre, pero... yo dije cosas malas y se enfadó. Todo es mi culpa.

John pasó sus manos por su cara y cabello en señal de frustración. No sabía qué hacer. ¿Cómo sacabas a alguien del infierno?

Tranquilo. Yo puedo ir a ese lugar y rescatarla.

—¿En verdad? Bueno, ¿qué esperas? Ve rápido por favor. Te lo suplico.

La señora Cristine asintió con su cabeza y desapareció hasta convertirse en nada.

John decidió llamar a la mujer embarazada.

—¿Buenas?

—¿Sí? ¿Quién habla?

—Señora, habla el novio de Cristine, la hija de su jefa.

—Oh, joven John. Dígame, ¿qué sucede?

—Quería llamar para saber su estado. —El joven definitivamente necesitaba una distracción.

—Estoy bien, gracias. Pero no puedo trabajar, ya mi barriga se nota cada vez más. Espero que comprendan. Y, si deben despedirme, entenderé.

—Tranquila, solo llamo para saber su estado de salud. ¿Está yendo al doctor?

—No he podido. Cada consulta es más costosa y no poseo tanto dinero.

John sonrió al escuchar eso. Ahora entendía el porqué su novia había dejado sus cuentas a la disposición de la criada. Realmente se había convertido en alguien excepcional.

—Debería revisar su cuenta, creo que se llevará una sorpresa.

—¿A qué se refiere? No me diga que están descontando mis días de trabajo de ese dinero. ¡No lo hagan, por favor! Es lo único que me queda.

—Usted vaya mañana al banco, ahí le explicarán los detalles. Es cortesía de Cristine Zamora, no lo olvide.

—¡Pero, joven...!

John colgó la llamada antes de que ella pudiese seguir. Estaba sorprendido con lo que su novia había hecho. Cristine no podía vivir sin dinero, y el haber donado toda su fortuna a una mujer que trataba como criada lo había desconcertado bastante y, a pesar de que él se sentía orgulloso de la joven, también había entendido el porqué lo haría.

Su madre pronto se sacrificaría por ella, y si no funcionaba había una alta probabilidad de que ellos murieran.

—Soy un imbécil.

Claro que lo eres.

La grave voz hizo eco en toda la habitación. John sintió cómo su cuerpo se

tensaba y comenzó a sentir escalofríos.

—¿Qué quieres?

Quiero ayudar a mi sobrina.

—¿Tu sobrina? ¿Acaso estás demente? Eres un maldito asesino. No ayudarás a mi novia.

Yo no asesino personas.

—Ah, ¿no? ¿Y qué me dices de Cristine Wilson?

Yo no la maté, se lo dije a mi sobrina.

—¿Puedes jurarme eso?

Lo juro.

John suspiró y pensó un poco lo que haría. Estaba loco, eso seguro. El alto y misterioso hombre frente a él de seguro haría algo dañino.

—Bien, supongo que, entre más ayuda, mejor.

Así es.

—Debes ir al infierno o algo así. Esa cosa se llevó a mi novia a ese maldito lugar.

Muy bien, trataré de llegar antes que Asmodeus.

Y se desvaneció sin más.

Capítulo 18:

Cristine estaba sorprendida. La mujer frente a ella la llevaba envuelta en sus brazos negros así que no podía ver absolutamente nada.

La joven comenzó a sentir cómo la temperatura subía rápidamente al punto de comenzar a hacerla sudar.

Hemos llegado.

La mujer la posicionó sobre la tierra seca. Cristine sintió sus pies arder bajo sus zapatos. El calor comenzaba a ser cada vez menos soportable, así que decidió hacer una cola alta improvisada en su cabello y enrolló su camisa haciendo un pequeño nudo. Comenzaba a sentir el sudor hacer acto de presencia en su cuerpo.

—Este lugar es... extraño.

Cristine observó el caliente lugar donde se encontraba. La tierra era dura, seca y agrietada. Además de roja. Sentía el calor como si el mismo sol

estuviese quemando su piel en un día de playa. Era sofocante, aunque podía soportarlo.

Es la entrada al inframundo.

La joven estaba sorprendida y un poco asustada. A su alrededor no había más que tierra y fuego. No había un río o un árbol, no había sombra ni personas. Tampoco nubes ni un cielo azul. Simplemente era un lugar desolado y decadente.

—¿Dónde están todos?

En el infierno.

—¿Puedo ir?

Me temo que no te puedo llevar ahí. Tendrías que estar muerta o ser un demonio para eso.

—Entiendo.

Cristine apreció mejor a la mujer. Podía observar su cuerpo por primera vez desde que la había visto. Su anatomía era como el de una adolescente de la edad de Cristine. El fango estaba seco y podía apreciar varios mechones rubios sobresalir de la cabeza de la mujer. Su cabello llegaba por la cintura y era bastante alta.

Sus pies estaban descalzos, sin embargo, no los necesitaba, ya que las decenas de manos que poseía reemplazaban a sus pies. Era casi como una araña, y podía caminar muy rápido.

Pero ni siquiera eso era razón suficiente para poder asustar a la joven que la acompañaba. Cristine jamás le había temido a nada sobrenatural. De hecho, sentía cierta atracción por este tipo de cosas. Curiosidad, quizá.

Ella continuó explorando el nuevo mundo. Sentía cómo su cuerpo comenzaba a deshidratarse debido a las altas temperaturas. Pero sabía que podía soportar más tiempo.

La joven conforme se alejaba más del enorme hoyo de donde había caído, comenzaba a sentir más calor y más presión en su cuerpo.

De repente, comenzó a escuchar voces, las cuales se convirtieron en gritos e, instantes después, en lamentos.

—¿Qué es eso?

Ella paró de caminar y retrocedió un paso, acongojada por las lamentaciones que escuchaba a escasos metros de donde ella se encontraba. Eran tortuosas y amenazantes.

Son los habitantes de este mundo.

—¿Por qué gritan?

Porque aquí nadie viene a disfrutar, Cristine. Todos vienen a pagar un precio que no pudieron saldar en el otro mundo.

—¿Quieres decir que allá se encuentra el infierno?

Sus puertas, sí. Pero no puedes ir a ese lugar. Morirás debido al calor y las mentes humanas no pueden soportar los lamentos ni las cosas que ahí se ven.

—Me gustaría conocerlo. Es una lástima.

Te pareces a mí. Pero créeme, una vez que lo conoces, deseas nunca volver.

—¿Por qué?

Cristine se sentía muy atraída y curiosa por las cosas o mundos nuevos. Este en especial le llamaba mucho la atención. La confianza que tenía con la criatura se le hacía cálida y familiar. Definitivamente el monstruo tenía algo que la hacía sentir segura.

Hay personas... Almas humanas que por su avaricia y lujuria en el otro mundo, hicieron cosas terribles para conseguirlas. Provocando que terminaran aquí, pagando por sus actos.

—¿Puedo saber qué cosas?

Robar a personas que necesitaban más que ellos, matar a gente inocente a cambio de recompensas, engañar a pueblos enteros prometiendo soluciones que jamás cumplieron, y hacer pactos con el rey de este lugar a cambio de lujos y fama. En fin... la lista puede ser infinita, rubia.

Las manos de la joven comenzaron a temblar y su cuerpo a estremecerse. El calor ya se estaba haciendo insoportable, así que supuso que era hora de volver.

—Quiero ir a casa.

Muy bien.

Cuando ambas se dieron vuelta para volver al lago, se encontraron con una criatura horrenda.

—¿Qué es eso?

La mujer del lago se puso frente a Cristine en señal de protección, ocultándola con varias manos mientras se sostenía con las otras que sobraban.

Cristine observaba a la criatura que se encontraba a poca distancia de ella. Era muy alta, de tres metros aproximadamente. Su cabeza era como la de un caballo y poseía unos cuernos de cabra montañesa. Tenía un pelaje color negro por todo su cuerpo, una capa roja sobresalía desde su cuello hasta el suelo de tierra, sus ojos eran dos pequeñas llamas ardientes y vivas; sus largas manos

tenían garras en lugar de uñas, y sus patas eran musculosas y se asemejaban a las de un ciervo.

La criatura observaba a Cristine como si su vida dependiera de ello; aunque no estuviese viva.

Hola, preciosa. Soy Asmodeus.

Cristine miró asombrada a la criatura. Ese era el demonio del que tanto le habían comentado últimamente a la joven. Tragó saliva fuertemente y sujetó con fuerza los brazos que la estaban rodeando.

¿Qué haces aquí?

La mujer del lago comenzó a caminar lentamente sin apartarse de la joven.

He venido por Cristine. Tú me has facilitado el traerla aquí. Ya no tendré que hacer todo lo que tenía planeado.

La voz del demonio era grave y poseía un enorme eco; era intimidante. Tenía más músculos de los que se podían contar y una enorme espada de fuego estaba guardada en la parte derecha de su cadera.

No te la vas a llevar, ella quiere ir a casa.

Me la llevaré, eso sin duda.

Ya lo veremos.

Los brazos que rodeaban a Cristine la empujaron a varios metros lejos de donde las dos criaturas se encontraban. El movimiento hizo que la joven se golpeará su cabeza, quedando aturdida.

Cristine, ven conmigo.

La joven pestañeaba rápidamente, tratando de recuperar la razón. Sin embargo, se le hacía difícil. Lo único que logró observar fue a su tío, el cual tenía una mano en dirección a ella.

—¿Qué haces tú aquí?

He venido por ti. Te llevaré a la hacienda. Tu novio está preocupado.

Cristine puso su mirada hacia las criaturas, las cuales se encontraban luchando ferozmente. El demonio tomó su espada y desprendió varios brazos de la mujer, haciendo que esta cayera al suelo y comenzara a gritar del dolor.

Luego, observó a Cristine y a su tío, y comenzó a acercarse a ellos.

No hay tiempo, vámonos.

La joven asintió con su cabeza y tomó la mano de su tío. Este se dirigió rápidamente hacia el portal por donde Cristine había entrado momentos atrás. José se veía diferente. En medio de todo el caos Cristine lo pudo notar. Parecía más físico que espiritual.

¡No te la llevarás!

La joven volteó su mirada y observó al demonio, el mismo sacó unas enormes alas negras con grandes picos en sus costados y comenzó a volar en dirección a ellos. Se acercaba muy, muy rápido.

—¡Tío, apresúrate!

José comenzó a dirigirse más rápido hacia el portal.

Cuando por fin llegó, algo tomó las piernas de Cristine. Ella instintivamente gritó y observó anonadada al demonio que colgaba de sus pies.

—¡Déjame!

¡No te irás de aquí! Me perteneces.

Cristine comenzó a moverse y retorcerse como gusano en los brazos de su tío para intentar liberarse del demonio, pero este último no la soltaba.

En un falso movimiento, Cristine se soltó del monstruo, pero también de los brazos de su tío. Comenzó a descender rápidamente hacia el suelo, sintiendo el terror apoderarse de ella y el viento golpeando su cara. Su cabello se hacía hacia atrás como si fuese a desprenderse del cuero cabelludo de la joven. La joven comenzó a gritar instintivamente.

Observando la tierra seca cada vez más cerca, se dio cuenta de que no había marcha atrás, así que dejó de gritar y se preparó para el impacto, sintiendo cómo su corazón aceleraba su pulso rápidamente y cerrando con fuerza sus ojos.

Su sorpresa fue que, antes de llegar al límite unos brazos la rodearon, envolviéndola completamente y desapareciendo del mundo ardiente.

Ya puedes abrir tus ojos.

Cristine obedeció y observó el familiar lugar donde se encontraba. Estaba en el lago, mojada de pies a cabeza. Era de noche y los grillos y demás insectos cantaban en sinfonía, tranquilizando el ambiente.

—Gracias.

La joven empezó a nadar hacia la orilla lodosa del lago, al tocar el fango se puso de pie y se abrazó a sí misma, tratando de calentar su frío y empapado cuerpo.

Lamento mucho lo que pasó, se suponía que Asmodeus estaría en este mundo, no abajo. De seguro alguien le avisó de tu estadía allá.

—No importa. Me has salvado y lo agradezco. Ahora debo volver a casa para cambiarme. Pero volveré mañana, ¿sí?

La criatura asintió con su cabeza y sonrió para comenzar a descender por el hoyo del que había salido.

Cristine también sonrió y comenzó a caminar hacia la hacienda. ¿Quién lo

diría? El tipo no era tan malo después de todo.

Sus alertas se dispararon cuando escuchó ruidos de hojas rompiéndose bajo el peso de un cuerpo desconocido para ella.

—¿Hola?

Un escalofrío recorrió su cuerpo y decidió acelerar el paso para llegar lo más pronto a su hogar.

Vaya día.

La joven dio gran salto y puso su mano en su pecho, suspirando aliviada ante la imagen que estaba frente a ella.

—Tío, me has asustado.

Lo siento. Estaba revisando el lugar.

Cristine frunció su ceño y distinguió de la sombra negra frente a ella una enorme herida en su abdomen.

—¿Qué te ha pasado?

Asmodeus es alguien muy fuerte, pero pude escapar.

—Estás herido.

Estoy muerto, querida. Ya sanará; no puedo morir.

Ella rio un poco y siguió caminando. Su tío la acompañaba, el silencio inundó las masas de aire con la única compañía de los armoniosos insectos.

—Tío, ¿por qué me salvaste?

Eres mi sobrina y es mi deber protegerte. Además, se lo debo a mi hermano.

—Pero eres malo. Mataste a mi tía y quieres hacer lo mismo conmigo.

Eso no es cierto. Yo mismo te mostré lo que pasó.

—Pero, ¿qué era esa cosa negra?

Era Asmodeus. En ese entonces no existía una criatura que cuidara el portal del lago.

—Esa mujer es la chica de hace rato, ¿no?

Eres muy lista. Me recuerdas a tu tía.

Ella sonrió y observó al frente. Hinchó su pecho de aire, sintiéndose orgullosa.

—¿Entonces tú eres ese demonio?

No puedo estar en un lugar siendo dos cosas a la vez, ¿no crees?

—Tienes razón.

Ese demonio es el príncipe del inframundo. Es el más fuerte.

—¿Tú eres un demonio?

Soy un alma en pena. No un demonio.

—¿Por qué alma en pena?

Maté a alguien a quien amaba, y me asesinaron sin ninguna culpa. Además, aún no puedo irme en paz.

—¿Por qué no?

Tengo alguien a quien proteger.

—Oh, tío —Cristine sonrió y observó a pocos metros la enorme hacienda —, no tienes que protegerme, tengo a John y a mi tía.

Justo eso es lo que me preocupa. Aún tengo mucho por hacer. Bueno, debo irme, querida. Buenas noches y descansa. Por cierto, deja de ser tan curiosa.

—Lo intentaré. Te veré pronto, tío. Gracias por todo. —La mujer comenzó a caminar hacia la entrada de la hacienda. Ansiaba tomar una ducha y una larga siesta. Había sido un día excitante y peligroso.

Cristine.

La joven miró a su tío, arqueando una ceja.

Recuerda que todos tenemos un villano en nuestras vidas.

Capítulo 19:

Cristine entró a su casa y se dirigió a su habitación. Una vez allí, tomó una larga ducha y comenzó a cepillar y secar su cabello, luego se puso su pijama y se metió a la cama.

La imagen del demonio volvía a su mente una y otra vez. No podía dejar de pensar en los flamantes ojos de la criatura y sus hermosas y enormes alas. A Cristine siempre le había llamado la atención cosas como esas, y esa criatura era algo sinigual.

Quería tratar con el demonio, quería saber cómo era y cuál era su propósito con ella. Necesitaba tenerlo frente a frente una vez más. Sin interrupciones ni peleas de por medio.

—¿Cómo puedo volver a verte?

Cristine suspiró y se sentó en la cama, pasando sus manos por su rostro y tallando sus ojos, logrando que un pequeño bostezo escapara de sus labios.

—¿A quién quieres ver?

Ella levantó su mirada hacia la puerta de la habitación para encontrar a su novio de pie en esta.

—A ti...

La joven tragó saliva, nerviosa, y bajó su mirada hacia sus manos mientras jugaba con ellas.

—¿En serio? No te creo absolutamente nada.

—¿Crees que me importa si me crees o no? Es tu decisión hacerlo.

El joven John cerró sus ojos con fuerza y tomó una larga bocanada de aire. Su novia estaba cambiando a su horrible actitud y eso no le agradaba en lo absoluto. Debía ser paciente. Tenía que disculparse y hacer las paces. Estar peleados no era una opción en un momento así.

—Muy bien. Ahora dime, ¿por qué te fuiste con esa cosa?

Cristine frunció su ceño, totalmente ofendida.

—Esa ‘cosa’ es mi amiga. Además, yo puedo hacer lo que quiera. Soy grande y puedo tomar mis decisiones. Ni tú ni nadie me puede impedir nada.

—No tienes que ponerte así —se defendió su novio—. Solo te estaba preguntando.

—Últimamente preguntas mucho, y no te preocupas por ti.

—Disculpa si pienso en la única razón por la que estoy aquí.

—Yo no te obligo a que te quedes soportando toda esta mierda. Puedes irte cuando quieras.

—No te voy a abandonar.

—Entonces no lo hagas.

John suspiró pesadamente y se sentó en la cama junto a su novia. Esa mujer era difícil y confusa... como un enigma. Para desgracia de él, eso solo lo atraía más.

—Cristine, no te entiendo. A veces eres tan... única y amable. Pero luego cambias de humor en cuestión de segundos y te pones áspera y cortante con todos. Es complicado tratar con alguien así, en especial bajo las circunstancias en las que estamos.

—Nadie me va a entender jamás, John. —A la joven se le comenzó a humedecer sus ojos—. Nadie lo hará.

—Si tú me explicarás, yo trataría de entender tu forma de ser. Lo he tratado durante diez meses ya. Pero necesito que me ayudes en esto, ¿entiendes?

—Muy bien. Pero no quiero que me juzgues, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Y así Cristine comenzó a contarle todo lo que había visto y vivido, todo lo que quería hacer y lo que temía de ciertos temas y cosas.

John la escuchaba con atención, temiendo las locas decisiones que su novia había tomado y las próximas que podría tomar. El joven estaba asustado y preocupado sin duda alguna. Ya no sabía lo que debía hacer ni cómo hacerlo, no sabía en quién confiar ni cómo actuar. Todos parecían buenos y brindaban su ayuda. Pero, ahí estaba la pregunta.

Ahora que lo pensaba, en realidad John nunca se había sentado a compartir un momento así con su novia. Su primer encuentro cercano no fue exactamente romántico.

—Lo entiendo. Aunque hay ciertas decisiones que pueden perjudicarte por tu curiosidad.

—Lo sé, pero no lo puedo evitar.

John negó con su cabeza y le sonrió a la joven frente a él. Sus ojos comenzaron a pesar y se acostó en la cama, abrazando a su novia para poder dormir tranquilamente.

—¿Cristine?

La joven estaba casi dormida. Sus ojos se cerraban demasiado rápido y su mente comenzaba a divagar entre la realidad y los sueños.

—¿Sí? —apenas había sido un pequeño susurro.

—¿No te has preguntado por qué todos parecen buenos? —El joven suspiró y puso su mirada en el techo, pensativo—. ¿Y quién se supone que es el malo en todo esto?

—No, pero es un buen punto. —Cristine bostezó y se acomodó en el pecho de su novio—. Tal vez no hay nadie malo.

—Pero en toda película o libro siempre hay alguien malo.

—No estamos en una película o un libro. Las cosas cambian en la vida real; no existen los finales felices, solo puedes luchar por tratar de ser un poco mejor.

—Yo soy feliz ahora, aunque esté preocupado. Y no siempre hay malos ratos en la vida real. Podemos hacer un final feliz... juntos, Cristine.

—Lo sé, pero tal vez no haya nadie malo en esta vida.

—Eso lo dudo. —John suspiró y comenzó a cerrar sus ojos—. Ese demonio ha de ser el malo de esta historia... Todos le temen y te cuidan a ti de él...

—Bien, no puedo cuestionar eso —reconoció—. Habrá que averiguar sobre él mañana a primera hora del día. Ahora es tiempo de descansar.

—Estoy de acuerdo. Descansa...

—Descansa.

A la mañana siguiente Cristine se puso en marcha. Decidida fue en busca de algo o alguien para averiguar sobre el demonio que la perseguía. Y, sobre todo, quién era el malo de la historia. No sería sencillo, eso ya lo sabía, pero con mucho esfuerzo y apoyo de su novio podría lograr recolectar algo.

—¿Estás listo?

—Adelante.

Ambos jóvenes decidieron recorrer las hectáreas de la propiedad que aún no se habían tomado el tiempo de conocer. El terreno sin duda era enorme. El lago, la colina donde almorzaron y la hacienda eran un pequeño espacio. Todo el lugar poseía enormes robles y lianas. Su humedad le daba un verde bastante llamativo a las plantas y pasto que ahí se encontraban plantados.

Tras dos largas horas de recorrer el territorio, cansados y casi derrotados, decidieron volver a la hacienda.

—No hemos encontrado nada —se quejó John.

—Hay que seguir intentando —motivó la joven a su novio y a ella misma—. En los libros de acción y misterio, los detectives siempre vuelven al mismo lugar cuando no encuentran ninguna pista. A veces se les escapa algo de la primera escena así que vuelven para comprobarlo. Podríamos intentar.

John sonrió divertido a su novia. La obsesión que tenía con la lectura a veces la hacía fantasear y, otras veces, era de gran ayuda.

—Toda una detective, *Sherlock*. —Cristine miró con mala cara a su novio y este levantó sus manos a modo de rendición—. Solo bromeo.

—No te burles de mí, *Watson*.

Él rio y abrazó a la joven, besando su frente y meciéndose el uno al otro lentamente mientras seguían de pie. Cada uno observando la espalda del otro, pensando en sus cosas y en sus vidas, ajenos al mundo que los rodeaba.

—He notado algo importante.

—¿Qué?

—Ya casi se acabará el verano. ¿Qué haremos? —preguntó el joven.

—Nada. Iremos a la universidad y seguiremos con nuestras vidas, supongo.

—Pero, ¿qué haremos con nuestro pequeño problema de demonios? —John pensaba en las posibilidades de una vida normal.

—No lo sé. No creo que nos perjudique. Además, tengo a mis tíos, ellos me protegerán si algo malo llegase a pasar.

—Hablando de tu tía... —El joven se separó de su novia y la miró

directamente con sus marinos ojos—. ¿Qué piensas de ella?

—¿A qué te refieres? Es mi tía, mi familia, la quiero, la respeto...

—¿Pero confías en ella?

Cristine le frunció su ceño a el hombre frente a ella. ¿Confía en su tía? Esa pregunta la había tomado desprevenida y ahora se encontraba desconcertada y confundida. Hace unas semanas atrás habría dicho que sí, sin duda alguna. Pero todo eso había cambiado. Las criaturas le demostraban ser buenas y no tener malas intenciones. A estas alturas del verano, ya no confiaba en nadie.

—No lo sé —admitió, mordiendo sus mejillas dentro de su boca—, ya todo es demasiado confuso.

—Tienes razón. Ya no podemos confiar en nadie. Es solo que tu tía es en la que menos confío ahora. La envié a sacarte de ese agujero y el que apareció contigo fue tu tío. Ella no se ha aparecido hace más de veinticuatro horas. No lo sé, pero... hay algo que no está bien en ella.

—Quizás tiene cosas más importantes que hacer. Sabe que tengo a mi tío y a la chica del lago.

—Pero Cristine, ella te dijo que no podías confiar en tu tío porque supuestamente es malo. Y a la mujer del lago ni siquiera la conoce.

A la joven le estaba empezando a doler la cabeza debido a la frustración del momento. ¿Dónde estaba su tía? Y, lo más importante, ¿quién era realmente? Las preguntas abundaban en la mente de la joven y no obtenía ninguna respuesta en absoluto. Cristine frunció sus labios y comenzó a asentir con su cabeza, con su mirada en el suelo y pensando en sus siguientes pasos. Ella era su familia, su sangre. No podía ser mala.

—Bueno, ahora tenemos dos cosas de las que debemos averiguar información —espetó.

—Así es —concordó el joven—. Bien, ¿dónde empezamos?

—En el lago.

Capítulo 20 (parte 1):

Cristine se encontraba durmiendo plácidamente. Necesitaba varias horas de sueño para poder recuperarse de las inesperadas sorpresas que la vida la hacía afrontar.

La noche estaba fría como de costumbre, la luna era la única luz en todo el terreno junto a la compañía de las estrellas que adornaban el oscuro cielo.

Los insectos tocaban canciones de cuna con su armonioso cuerpo, compartiendo su talento que carecía de una escuela con todos los presentes en esa noche. Unos descansaban con sus melodías y otros solo apreciaban el sonido mirando hacia algún lugar, perdidos en sus pensamientos.

Dos pequeñas almas que habían sido familia desde niños se encontraban apreciando el rostro de su salvadora; la veían dormir plácidamente y con una pequeña sonrisa dibujada en su rostro. Sus caras eran angelicales: aunque carecían de vida, sus ojos eran celestes cual cielo y sus rizos dorados como el mismo oro.

Cristine comenzó a despertar repentinamente. Su vista,

aunque estaba un poco borrosa por el profundo sueño, comenzó a enfocarse en un cuarto totalmente oscuro. La joven dedujo que aún era de noche o la madrugada ya estaba presente. Ella estaba acomodada en el pecho de su novio. Cuando dio media vuelta, decidida a volver al mundo de los sueños, se encontró a una corta distancia a dos niños.

Los nervios aumentaban conforme la joven observaba fijamente a los dos infantes que en esa habitación se encontraban.

Comenzó a mover disimuladamente a su novio, pero este no despertaba. Los niños sonrieron, la alegría inundando su mirada.

Ambos eran una pareja encantadora. La niña poseía trenzas hechas con sus rizos dorados, mientras que el niño dejaba al aire libre los suyos. Ambos eran de tez pálida, medían no más de metro y doce centímetros.

Cristine seguía estática observando a los infantes que ahí se encontraban. Ninguno de los cuatro presentes en el lugar hacía movimiento alguno, pero sus miradas transmitían todo.

Hola, señorita.

La niña había roto el silencio que inundó las masas de aire en la habitación y Cristine comenzó a sentir el miedo aumentar en todo su cuerpo. El infante poseía una voz aguda y escalofriante además de inocente.

—¿Hola? —La joven se frotó los ojos con sus dedos—.

¿Los conozco?

No, señorita, pero nosotros a usted sí. Es un placer.

Esta vez había sido el niño quien decidió vibrar sus cuerdas vocales. Su voz era igual a la de la niña, sin embargo, esta era un poco más grave. Ambos niños eran hermosos, como ángeles. Pero, la falta de vida y alma no pasaba desapercibida por sus cuerpos: la palidez era extrema y unas ojeras adornaban sus ojos como si tuviesen años sin descanso.

—Ah, ¿sí? —Cristine comenzó a levantarse—. ¿Quién soy?

Eres la señorita Cristine, nuestra amiga.

—Yo no los conozco. Me están confundiendo.

Claro que no. Eres nuestra amiga.

La niña sonreía felizmente a su ‘amiga’ desde la puerta. El niño le susurró a su melliza unas palabras desconocidas para Cristine y ambos sonrieron con diversión. Entusiasmados, comenzaron a sonreír en dirección a la joven.

¿Quieres jugar?

La confusión invadió la mente de la joven. Desconocía qué tipo de juegos podían practicar dos pequeños mellizos sin vida. Cristine no sabía si debía aceptar o negarse a una oferta tan desconcertante como tentadora. Al final, decidió negarse.

Los niños cambiaron su sonrisa por una mirada llena de tristeza y dolor, se tomaron sus manos y pidieron una

invitación a Cristine para que pudiesen entrar a la habitación donde se encontraban. La joven en su inocencia accedió a la petición sin chistar, convencida por la ternura y lástima que irradiaban los infantes y que lograba un gran efecto en ella, aunque lo desconociera.

Vamos a jugar.

La joven negó con su cabeza.

¿Por qué no?

Ella sonrió con ternura y se sentó en la cama.

—Tengo sueño, cielo —le dijo a la niña—. Y no sé lo que les gusta jugar. Además, si jugamos despertaremos a las personas que duermen en esta casa.

Pero quiero jugar.

—Jugamos mañana, ¿sí?

¡Quiero jugar ahora!

La niña era la más insoportable e insistente del pequeño dúo que conformaban ambos niños. A Cristine ya le estaba cansando su actitud y sus berrinches. Ella no estaba ahí para soportar niños, ya bastante tenía con los entes que la atormentaban día tras día. Y no quería tener que soportar a más espíritus si apenas y podía con tres.

—Por favor, déjenme descansar.

Los pequeños se tomaron de ambas manos y sonrieron para luego comenzar a gritar y bailar mientras reían.

*¡Queremos jugar!, ¡queremos jugar!, ¡queremos jugar!,
¡queremos jugar!*

Los gritos se hicieron insoportables ante los oídos de la

joven y tapó con ambas manos sus orejas, tratando de reducir el horrible chillido que retumbaba sus tímpanos.

No entendía la razón por la cual nadie había despertado con tan insoportable sonido, pero no le importó en esos momentos.

—¡Está bien, juguemos!

Los niños se detuvieron y sonrieron hacia la joven mientras ambos le extendían sus manos a Cristine quien, aturdida, las tomó sin dudar.

Un fuerte jalón la puso de pie casi de inmediato, provocando que casi cayera al suelo. Los niños rieron ante la torpeza de los tres y halaron a la joven fuera de la habitación.

Lo extraño fue que no cruzaron la puerta, sino la pared. Cristine, sorprendida y asustada, se examinó a sí misma, verificando que todo en su cuerpo se encontrara bien. Luego, observó a los niños y preguntó:

—¿Qué ha sido eso?

Ambos infantes la observaron y soltaron una pequeña risa. Después, comenzaron a cruzar la pared que dividía la habitación de la joven con el pasillo, alegres por la pequeña diversión que estaban recibiendo.

¡Estamos jugando!

Cristine frunció su ceño y pasó una mano por la pared, esta última atravesó el mármol como si atravesara agua, haciendo que la joven la quitara de inmediato como si quemara.

—Díganme —demandó, enfadada— por qué puedo hacer eso.

Estás en nuestro mundo, puedes hacer muchas cosas. Cosas divertidas.

La joven comenzó a caminar a través del pasillo, bajó las escaleras y observó todo el oscuro lugar. Su sorpresa fue ver a lo que parecía cientos de personas en la sala de la hacienda, personas que ella jamás había visto.

¡Mamá, mamá, mamá!

La joven observó a los niños correr hacia una mujer de cabello dorado, quien esperaba a los pequeños con los brazos abiertos y sonriendo ampliamente.

¡Queridos!, ¿qué pasa?

Mamá, hemos traído a una amiga.

La mujer enfocó su vista en la joven que estaba en las escaleras y su sonrisa se borró de inmediato.

¿Cristine?

Todas las personas presentes en la enorme sala observaron a la joven en las escaleras.

Cristine estaba aún más confundida que al inicio. No sabía quiénes eran toda esa gente ni por qué estaban en su casa, tampoco comprendía por qué esa señora la conocía. La joven bajó las escaleras y se dirigió hacia la mujer, quien la observaba perpleja.

—¿Te conozco?

No, pero yo sí a ti.

¿Lo ves, mami? Te dije que era una amiga.

La mujer sonrió y ordenó a sus niños retirarse a otra parte. Luego, puso su vista sobre Cristine y comenzó a platicarle detalladamente todo lo que necesitaba saber. O al menos, lo que ella podía decirle.

—¿Dices que eras la mejor amiga de mi tía?

Así es, cielo. Éramos como hermanas.

—¿Cómo es que terminaste aquí?

Un día vine a visitar a tu tía porque se encontraba muy enferma, tenía meses de sentirse mal. Llegué con los niños y al entrar a su habitación su familia se había ido y solo me quedé con ella y los chicos. Se veía... diferente.

—Diferente, ¿cómo?

Su rostro estaba pálido y casi sin vida. Se veía el cansancio en su mirada y parecía totalmente agotada. Me dijo que dormía casi todo el día y no parecía ser suficiente para recuperar sus energías.

—¿Y luego?

>>Cuando terminé de cuidarla, me dirigí hacia la puerta con los niños. Cristine comenzó a padecer de una clase de ataque y terminó tornándose mala y con una mirada malévola. Apenas y me di cuenta cuando vi que había atacado a los niños, no sé qué fue lo que hizo. Corrí tan rápido como pude y al llegar a la puerta, ella me estaba esperando. Es como si se hubiese teletransportado. Cuando quise observar mejor, noté que algo se había metido dentro de mí. Eso mismo me obligó a suicidarme<<.

Cristine se quedó impresionada por la trágica anécdota que la mujer le había comentado. No podía entender cómo había sido que su tía matara a tres personas que solo la ayudaban. Sobre todo, que dos de ellas eran niños inocentes.

Sin duda alguna, la joven tenía mucho qué investigar sobre su tía, las personas presentes y los dos mundos en los que se encontraba. Cristine sintió pánico al darse cuenta que estaba sufriendo los mismos síntomas de su tía. ¿Eso quería decir que a ella le pasaría lo mismo?

No, no podía permitir algo así.

—Lo lamento mucho. Pero no entiendo qué tiene que ver eso conmigo.

Eres idéntica a tu tía en todos los aspectos; eso es tanto bueno como malo. Verás, cielo, te conozco desde que naciste, te cuidé en vida y lo sigo haciendo en muerte. Eres como una hija.

—Pero, ¿y mi tía?

Luego de su muerte, uno de los ángeles superiores le entregó un cargo muy importante que debe cumplir en este mundo.

—¿Y ese es...?

Protegerte a ti y cuidar este mundo del de abajo.

La joven consideró que debía contarle esa información a su novio así que decidió marcharse. Se despidió de la mujer y se dirigió a su habitación.

Al llegar, observó cómo yacía su cuerpo en la cama

junto a el de su novio. Aterrada, se dio cuenta de los hechos. Pero una pregunta inundaba su mente: ¿cómo demonios entraría nuevamente en su cuerpo?

Para su suerte, los niños aparecieron justo a tiempo. Ella sonrió y llamó a los pequeños que parecían felices.

—Nenes, ¿cómo puedo entrar de nuevo aquí?

La joven trataba de sonar calmada y dulce, aunque por dentro estuviera ya asustada y un poco aterrada. Los nervios aumentaron cuando vio a los niños sonreír ampliamente mientras se dedicaban una mirada significativa.

Así el juego no sería divertido: tienes que adivinarlo tú sola.

Desaparecieron casi mágicamente, dejando a Cristine con la palabra en la boca y totalmente sola. Al parecer, su estadía en la otra dimensión iba a durar más de lo planeado.

Capítulo 20 (parte 2):

Cristine observó su cuerpo yacente en la cama. Sentía temor y pánico. No sabía qué debía hacer para poder volver a entrar en su cuerpo y poder recuperar las horas de sueño que necesitaba. Se puso a pensar que la respuesta no la encontraría en ese lugar sin hacer nada y decidió ir en busca de ayuda.

Bajó las escaleras y comenzó a buscar a la madre de los traviesos niños que habían cometido tal travesura. Eran demasiadas personas como para encontrarla desde la superficie, así que se quedó en las escaleras, observando con cautela y precisión en busca de la mujer de rizos dorados.

Cuando al fin logró enfocar a la madre de los infantes, se encaminó hacia ella, atravesando a las personas que estaban en la sala y enfocando su vista en su objetivo. Logró llegar hasta la mujer y atrajo su atención colocando una de sus manos en el hombro del ente.

¡Cristine! Qué bueno verte. ¿Por qué no te has ido?

—Me temo que sus niños son un poco traviesos —admitió, logrando que la madre reprimiera una sonrisa—. Y no sé cómo volver.

Oh, querida, es muy fácil. Solo debes...

La madre fue interrumpida cuando todos los presentes quedaron en un profundo silencio y se separaron del centro de la sala, logrando formar un círculo del que se creó un agujero y varias criaturas salieron de él. Cristine se aterrorizó al ver a *Asmodeus* salir primero. A continuación, el hoyo se cierra y todos los demonios se paran sobre la cerámica del cuarto.

Oh, no...

—¿Qué sucede? —susurró la joven—. ¿Qué pasa?

Cada noche vienen los demonios de alto rango por nuevos reclutas para su horrible mundo. La mayoría se niega, sin embargo, siempre caen unos pocos.

—Interesante, pero, no quiero estar aquí —confesó.

Debemos irnos, si te ve no quiero ni pensar lo que hará. Hablaré con los niños más tarde.

La joven asintió y comenzó a seguir a la mujer hacia la cocina, pasando por ella y dirigiéndose fuera de la hacienda, pasando el bosque húmedo y siguiendo el camino hasta llegar al lago.

Cristine se dio cuenta de que iban a una velocidad bastante alta. Sin embargo, no sentía cansancio alguno y su respiración no estaba agitada. De hecho, ni siquiera estaba respirando.

—¿Qué hacemos aquí?

Debemos ir con tairseach. Ella nos ocultará.

Cristine siguió a la madre hasta quedar en la orilla del lago. Como era previsto la mujer *tairseach* salió del hoyo que se formaba ante su presencia y miró a las dos mujeres que estaban en la orilla.

¿Qué quieren?

Tairseach, Asmodeus vino a reclutar a nuevos demonios, y Cristine estaba ahí.

¿La han visto?

No.

Muy bien, déjala aquí. Tú puedes irte.

La madre desapareció y fue en busca de sus niños para llamarles la atención por el acto que habían cometido.

Cristine, por otra parte, se sentó en la tierra del lago y cruzó sus pies como un indio lo haría. Comenzó a jugar con sus manos y admirar la bella noche que le habían regalado al lugar.

¿Cómo es que llegaste aquí?

La mujer del lago puso dos de sus manos en este último para poder sacar un poco más de su cuerpo, dejando a la vista su busto y no más allá.

—Unos niños me despertaron y me sacaron de la cama y de mi cuerpo — explicó.

Los niños son los más traviesos en este mundo.

—Ya hoy pude darme cuenta —replicó—. Por cierto, ¿cómo puedo volver?

Solo debes caminar hacia la hacienda cuando Asmodeus se marche.

—No hablo de eso —espetó—. ¿Cómo puedo entrar nuevamente en mi cuerpo?

Oh, solo debes meter tu alma ahí.

—¿Pero cómo demonios hago eso?

La paciencia de la joven se estaba agotando conforme pasaban los minutos. No sabía cómo podía meter nuevamente su alma en el cuerpo que le pertenecía. Además, ya casi iba a amanecer y no sabía qué pensaría el joven John cuando observara que su cuerpo no reaccionaba.

No te preocupes, solo debes acostarte nuevamente en el sitio donde está tu cuerpo. Cuando cierres tus ojos estarás dentro de él.

Cristine asintió con su cabeza y siguió admirando la noche.

—¿Cuándo puedo volver?

Bien, ya está amaneciendo, apenas salga el sol podrás irte. Asmodeus no puede estar bajo la luz por mucho tiempo, y el calor lo obligará a marcharse.

—Pero vive en el infierno, y ese lugar es muy caliente.

Lo es, pero es un calor diferente al que emite el sol. La gran estrella emite calor lleno de pureza y vida, en cambio el de el inframundo es solo un

calor sofocante y penetrante.

—Cierto.

La joven miró el sol salir y decidió que era hora de volver. Se despidió de la mujer y se encaminó hacia la hacienda para poder volver a su ya tan extraño cuerpo.

Cuando llegó a la puerta principal de la hacienda, entró con mucho cuidado. Abrir puertas estaba fuera de contexto para ella en esos momentos, ya que no debía hacerlo porque podía atravesarlas sin problema.

Se dirigió a su habitación escaleras arriba y pasó a su cuarto. Pero para su desgracia, su cuerpo no estaba en la cama.

La joven se asustó y comenzó a entrar en pánico. Salió del lugar y se puso a buscar su cuerpo por toda la hacienda.

Buscó en la cocina, la sala, el baño, el cuarto de su madre, los invitados, el que solía ser la habitación de su hermano e incluso fue a buscar en los cuartos de los empleados.

Pero fue inútil. No estaba en esa hacienda, su novio tampoco y su madre no estaba a la vista. Parecía como si el lugar estuviese vacío. Abandonado. Solo.

El alivio llegó cuando observó a su tío a las afueras entre el bosque. Llamó su atención con un grito que incluía su nombre y fue hacia su dirección.

¿Cristine? ¿Por qué estás así? ¡No me digas que has muerto!

—Tranquilo, tío, solo me han sacado de mi cuerpo unos revoltosos niños. Necesito encontrar mi cuerpo, pero no está en la casa y tampoco está nadie ahí.

Debes darte prisa. Si no encuentras tu cuerpo rápido y vuelves a él, este se va a descomponer y tu cuerpo morirá en sí. Perderá la vida, la esencia y tu alma estará obligada a abandonarlo.

La joven abrió sus ojos con temor y sorpresa, y comenzó a ponerse nerviosa. Si no encontraba su cuerpo rápido era muy probable que se quedara en ese mundo por la eternidad. Y ella no estaba de acuerdo en vivir toda una eternidad huyendo del demonio que la perseguía.

“Sin presión, Cristine” pensó.

Siguió buscando por todo el terreno, sin éxito alguno. Hasta que una idea le llegó a la cabeza como el rayo llega a la tierra.

—El cementerio familiar.

No sabía si podía abandonar el terreno, pero poco le importó. Atravesó el enorme portón y siguió la carretera hacia la ciudad, en busca del cementerio.

Cuando por fin logró llegar, se puso en busca de la pequeña catedral,

buscando alguien familiar.

Efectivamente, en la catedral se escuchaban las campanas sonando y había muchas personas reunidas dentro y fuera del lugar. La joven se puso en esa dirección y cuando llegó quedó totalmente horrorizada.

Toda su familia estaba reunida en la enorme sala. Justo en el fondo del lugar un ataúd descansaba sobre una enorme mesa de hierro. Se escuchaban llantos y sollozos por doquier. Cristine se encaminó hacia el ataúd y sus ojos se abrieron con sorpresa al ver su cuerpo que yacía en el acolchado interior de la caja de madera.

Vio que el joven John se dirigía hacia el ataúd y aprovechó la oportunidad para entrar en la caja y ponerse sobre su cuerpo. Cerró sus ojos y trató de concentrarse en volver a la vida.

El joven John se sentía destrozado y totalmente aturdido por la horrible noticia. La mujer que amaba había muerto y él no había podido hacer nada para salvarla.

Su suegra también se encontraba triste y parecía como si su cuerpo estuviese sentado en las enormes sillas de madera, pero ella no.

Se sentía totalmente inútil e impotente. Su cuerpo pesaba más de lo normal y casi arrastraba sus pies por la madera de la sala donde se encontraba. Cerró sus ojos con fuerza y sintió sus mejillas mojarse, dándole paso al dolor y la tragedia.

Estaba frente al ataúd, acariciando el vidrio mientras apreciaba el rostro de la que había sido su novia. No, de la que es su novia.

—Oh, Cristine..., teníamos tanto qué hacer y tanto qué hablar. Extrañaré todo de ti. Daría lo que fuera por volverte a ver, por ver tu sonrisa, tu mirada, tus hermosos ojos abrirse y por sentir tu calor una vez más a mi lado.

John cerró sus ojos y unas traicioneras lágrimas cayeron sobre el vidrio. El joven casi podía notar el cuerpo de la joven respirando, pero sabía que era una visión de su mente que le jugaba una mala broma. Comenzó a notar color en sus mejillas y algo de vida en su rostro. Sacudió su cabeza y se dijo a sí mismo que estaba alucinando. La rabia lo cubría como a una burbuja. Quería venganza y de la buena.

Sin ella... ya nada importaba.

—Te amo.

Sintió que el aire abandonaba sus pulmones y casi cae al suelo inconsciente al ver la alucinación que veían sus ojos después de pronunciar

las palabras de amor que había dicho.

Cristine había despertado por fin, y había vuelto a su mundo.

Capítulo 21:

John observó mejor el cuerpo de la chica en el ataúd y trató de centrarse en lo que estaba observando. ¿En verdad estaba viendo eso?

Frunció su ceño y golpeó suavemente el vidrio de la enorme caja de madera.

Cristine empezó a sentir la falta de oxígeno y comenzó a golpear la caja para llamar la atención del joven que la observaba, sorprendido. Finalmente, le hizo señas a su novio en señal de asfixia y este reaccionó.

—¡Señora Zamora, venga rápido!

La madre, que apenas y podía caminar, se dirigió lo más deprisa que pudo hacia el ataúd donde yacía su hija y, al verla viva nuevamente, cayó al suelo desmayada.

Las personas se dirigieron hacia el lugar a ayudar a la madre de la joven que creían fallecida. Un hombre, que se acercó deprisa a la señora Zamora, la levantó en brazos y la colocó mejor en el suelo; tratando de hacerla reaccionar, aunque fue en vano.

John llamó la atención de otro hombre que era un tío paterno de la joven y

le pidió ayuda a este para abrir el ataúd. El hombre se quedó asustado y un poco confundido por la petición del hombre, pero finalmente decidió ayudarlo, logrando abrir el ataúd y con él la joven Cristine salió a respirar nuevamente.

La gente salió corriendo y gritando por el miedo y la impresión de ver a la joven viva. Unos pocos se quedaron, incluyendo el padre que había realizado la misa, quien comenzó a rezar en voz baja por lo que sus ojos deleitaban.

Cristine se puso de pie, importándole poco lo que pasaba a su alrededor y sacudió su ropa y cabello, estirando su cuerpo en el proceso. La joven sentía leves contracciones en su espalda y piernas por el largo tiempo que había pasado sin mover un solo músculo. No obstante, logró ponerse estable y caminar hacia afuera, asustando a unos pocos en el camino.

John iba tras ella, sorprendido y desesperado por saber lo que pasaba. Tomó a Cristine de un brazo y le dijo a esta que debían ir con su madre al hospital. La joven accedió y ambos volvieron por la señora Zamora, para minutos después llevarla al hospital.

Cuando se encontraron en el lugar, atendieron a la señora Zamora con toda clase de aparatos que estaban a su disposición. Las enfermeras hicieron que la pareja esperara noticias sobre la madre fuera en la sala de espera, mientras ellas se iban nuevamente al cuarto de emergencias a cumplir con su deber y brindarle ayuda a el doctor con la paciente.

—¿Qué te ha pasado? —El joven estaba aún asustado por lo que había vivido hace un par de horas—. Has vuelto a la vida así como así, sin una explicación. Cuando horas antes te encontré en nuestra cama, pálida y fría, totalmente muerta.

—Estaba ocupada. Unos niños traviesos me han sacado de mi cuerpo. Me llevaron hacia una mujer que dice conocerme, que era amiga de mi tía. Luego vino ese maldito demonio y tuve que huir de ahí hacia el lago, esperando el amanecer para volver a mi cuerpo.

—Espera, ve más despacio. —John comenzó a sentir dolor en su cabeza por tanta información—. ¿Qué niños traviesos dices?

Cristine miró al joven y negó con su cabeza, rascó su nariz y luego tomó una bocanada de aire, preparándose para explicar mejor las cosas.

Y así lo hizo, detalló los actos y los acontecimientos que vivió y llevó a cabo para poder encontrarse nuevamente en su cuerpo.

—Todo es mi culpa. —John pasó sus manos por su cabeza, desesperado y sintiendo un enorme remordimiento y enojo por sus actos—. Si hubiese dejado tu cuerpo en la cama, hubieses vuelto antes y no estaríamos aquí.

La joven sonrió con ternura y puso su mano en el hombro de su novio en señal de apoyo, consolando los pensamientos culpables de este último.

—Oye, no es culpa tuya. —Colocó su cabeza en el hombro del joven—. Si yo te vieses en mi cama totalmente inerte y frío, haría exactamente lo mismo. ¿O crees que cruzó por tu mente que yo estaba en otro mundo con unos niños revoltosos?

John rio y apoyó su cabeza en la de la joven, cerró sus ojos y respiró profundamente, aliviado de que todo lo que vivió fue muy similar a una pesadilla. Pero había sido solo eso: una pesadilla.

—Iré por un café. ¿Quieres uno?

—Por favor. Y también unos *donuts*.

John asintió con su cabeza y se encaminó hacia la cafetería más cercana del hospital por algo de comida para él y su acompañante, procesando todo lo que había pasado la mañana de ese oscuro viernes.

Cristine por otra parte, estaba absorta en su mundo; pensando en lo que había vivido y escuchado, planeando sus próximos pasos y tratando de analizar todo lo más detalladamente que pudiera.

—Hola.

La joven levantó su cabeza y se encontró con un hombre de mediana edad: el cansancio en sus ojos era notable, su cara era pálida al igual que su cuerpo y muchas arrugas lo conformaban.

—Oh, hola. —Sonrió—. ¿Le puedo ayudar en algo?

—Por favor. Me gustaría que le mande saludos a mis hijas, ya han de estar preocupadas por mí y quiero que sepan que estoy bien.

—Desde luego. Puedo prestarle mi teléfono, ¿sí?

—No, no, no. Yo no puedo hablar con ellas. Necesito que alguien lo haga por mí.

Cristine se encontraba confundida y algo temerosa. Pensó que tal vez ese hombre le estaba jugando una mala broma. Pero también la mirada perdida del hombre la hacía dudar. De seguro el pobre señor había escapado de su cuarto para comunicarse con su familia, y eso fue suficiente para que Cristine sacara su móvil y comenzara a teclear el número de teléfono.

En la mesa de recepción, se encontraba una recepcionista observando a la joven que estaba sentada en las sillas de la sala de espera. Esta creyó que la joven estaba completamente loca hablando con su móvil, tecleando posiblemente un número de teléfono y hablando como una total demente sin compañía.

—*Hola.*

La hija mayor de la familia García contestó al otro de la línea, confundida por recibir una llamada de un número desconocido.

—*Hola.*

Cristine se golpeó internamente al darse cuenta de que no había preguntado el nombre de la familiar a la que había llamado. Le preguntó al señor que estaba a su lado y este le respondió entusiasmado.

—¿Eres Elizabeth?

—*Así es. ¿De parte de quién habla?*

—*Amm... Hablo de parte del señor García.*

Un silencio inundó el otro lado de la línea telefónica, la muchacha se encontraba confundida. Por unos instantes creyó que se trataba de una broma, pero luego recordó lo sucedido.

—Mire, señorita, si hablan de los gastos ya le dije al señor del cementerio que pronto pagaré lo que debe mi madre.

—No, joven. Verá, el señor García me pidió que hable con usted, le quiere mandar saludos y decirle que se encuentra bien.

La joven de la familia García se quedó perpleja y su móvil cayó al suelo, cortando la llamada en el proceso.

Cristine maldijo en voz baja y miró nuevamente al señor, dedicándole una mirada de tristeza y pena, cargada de vergüenza.

—Lo siento, señor García. Su hija a colgado.

—¿Oh, no! Por favor, inténtalo nuevamente, ella debe saberlo.

La joven se resignó y preguntó por el nombre del señor García. Intentó nuevamente la llamada y contestaron más deprisa de lo que ella creyó.

—¿Hola?

—*Sí, aquí estoy.*

—Me has colgado —reprochó la joven—. ¿Por qué?

—*Perdón, se me ha caído el móvil de la impresión.*

—No importa. Volvamos a lo que vinimos. El señor Jorge García te manda saludos. ¿Eres su hija?

—*Su hija mayor, sí.*

—Es un placer. Me llamo Cristine.

—*Oye, Cristine, ¿no crees que es malo hacer bromas pesadas?*

La joven se quedó quieta y sin habla por unos segundos que parecieron eternos, frunció su ceño y miró al hombre, para luego seguir hablando.

—¿De qué hablas? No es una broma.

—*¡Claro que lo es! ¿Cómo te atreves a jugar con el dolor de los demás?*

—*¡Oye! ¡Yo no hago eso! Simplemente le estoy haciendo un favor al señor García que me acaba de decir que te llamara. Está en el hospital bastante enfermo, tú eres la que juega con su dolor.*

—*No me vengas con esas cosas. No dejaré que una fanática haga sufrir a mi familia o a mí con sus pesadas bromas.*

—*¡Pero no es una broma!*

—*¡Claro que lo es!*

—*¿Y por qué estás tan segura?!*

—*¡Porque mi padre está muerto!*

Esa confesión había llegado como un balde de agua fría a la joven que se encontraba sin habla y completamente sorprendida por lo dicho de la joven Elizabeth. Cuando se volteó para encarar al señor, este ya no estaba. En su lugar, había una flor amarilla, que se encontraba un poco dañada pero estable.

—*¿Elizabeth?*

—*¿Qué quieres?*

—*¿Te gustaría darme tu dirección, por favor?*

—*¿Por qué debería? Tú quieres jugarme una broma y encima planeas que te diga dónde vivimos.*

—*No es una broma. No sabía que tu padre estaba muerto. En verdad lo lamento, pero debo darte algo.*

—*No quiero. Vete al diablo con tus bromas.*

—*Elizabeth, es una flor amarilla. ¿La conoces?*

—*¿Qué? Ah... Bien, te diré dónde vivo.*

Al terminar la conversación, el joven John volvió con dos cafés y los donuts que su novia había pedido. Miró a Cristine un poco pálida y con la mirada baja, como si planeara un asesinato. Se acercó a ella y le extendió la comida, logrando que se distrajera y tomara en sus manos el caliente líquido.

—*¿Qué pasa? —preguntó John—. ¿Por qué esa expresión?*

—*No lo puedo creer... Acabo de hablar con un muerto.*

Capítulo 22:

—¿Qué has dicho?

La joven seguía ahí, sentada, tensa, pálida como si fuese nieve y totalmente paralizada. No podía creer lo que acababa de suceder. Había sido tan real. Su voz era normal, y a pesar de que se notaba cansado, nunca jamás se habría creído que ese señor estaba muerto.

—He hablado con un muerto —repitió, esta vez observando a su novio—. No lo puedo creer.

—¿Por qué dices eso?

—Acabo de hablar con un tipo. Me pidió que llamara a su familia para decirles que él se encontraba bien. Y cuando lo hice, su hija me confesó que él había fallecido.

El joven John no podía entender cómo era posible que apenas había desaparecido unos pocos minutos y ya alguien no vivo aparecía para fastidiar la poca paz que la pareja tenía.

—Rayos, eso es extraño. ¿No le pediste una explicación?

—Lo hice —afirmó—. Pero ya no estaba, solo dejó esto. —Cristine levantó la pequeña y frágil flor amarilla para que su novio la admirara—. Es una flor, y al parecer la joven la conoce.

Ambos jóvenes estaban confundidos sin saber muy bien qué debían hacer. No podían darse el lujo de ayudar a alguien más cuando ellos apenas y podían con lo que les estaba pasando. Era tonto, absurdo, complicado, y desgraciadamente era necesario.

Comenzaron a disfrutar de los pequeños aperitivos que habían decidido comprar para llenar un poco su vacío estómago. La adrenalina y sufrimiento de la mañana había despertado todo tipo de sentimientos, pero no el hambre. Al menos hasta ahora.

—¿Familiares de la señora Zamora?

Cristine alzó su mano y se levantó rápidamente de la silla en la que se encontraba, caminando rápidamente hacia la enfermera que tenía nuevas noticias. La joven se relajó cuando la enfermera comentó que la madre había sufrido un pequeño desmayo debido a la impresión de algún evento y que podría irse sin más.

—Muchas gracias —dijo Cristine—. ¿Podemos irnos ya?

—Un momento —pidió la enfermera—. ¿Su familia sufre algún tipo de agresión?

—No.

—Hemos encontrado varios hematomas alrededor del cuerpo de la señora, que solo pueden ser provocados por fuerza bruta, o sea: agresión.

La pareja se observó mutuamente con miradas significativas. Ambos sabían que en esa casa nadie era agredido, y que solo había una explicación poco lógica. Claro que, no se lo dirían a la mujer frente a ellos.

—Oh, ya veo. Bien, hablaremos en casa de este pequeño problema, muchas gracias por todo.

La enfermera asintió con su cabeza y se marchó nuevamente a la sala. Le pidió al doctor su firma para autorizar el alta de la paciente y este firmó tan rápido como pudo, para volver nuevamente a su trabajo.

Por la tarde, los jóvenes volvieron junto a la señora hacia la hacienda. La acomodaron en la cama de su habitación y pidieron a las criadas que la cuidasen bien y que trajeran algo para comer. Algo sano, por supuesto.

Horas después, cenaron en el comedor mientras charlaban sobre lo que harían cuando acabara el verano. Era un hecho que debían continuar con sus vidas, aunque en esos momentos tuvieran dificultades. No podían abandonar todo solo por unos entes que querían arruinarles la vida.

—¿La universidad no te ha respondido? —preguntó John.

—No he usado la laptop en mucho tiempo, quizás haya algo.

Cristine se dirigió a su cuarto y tomó la laptop que estaba guardada en un baúl y bajó nuevamente hacia el comedor. Ingresó al correo de la universidad y comprobó que efectivamente ya habían publicado las solicitudes admitidas. Comenzó a buscar su nombre y el de su novio, pero lo que vio le sorprendió bastante.

—Enhorabuena, querido. Te han aceptado.

Él sonrió satisfecho y observó la larga lista, luego vio su nombre y un brillo de orgullo invadió sus ojos.

—Iremos juntos entonces.

Cristine sonrió y negó con su cabeza, cerrando la laptop y poniéndola sobre la enorme mesa. El joven la miró desconcertado y preguntó qué era lo que pasaba. Ella volvió a negar.

—No estoy en la lista, John, no iré.

El joven frunció su ceño y tomó la mano de su novia para depositar un pequeño beso en esta. Le sonrió y ella le devolvió la sonrisa.

—No importa —habló Cristine—. Es mejor así. Después de todo, no creo que sea una buena idea ir por ahora. Podría enviar una solicitud a otra universidad.

—¿Estás segura? —preguntó el joven preocupado—. No quiero que te quedes sola...

Cristine le restó importancia haciendo un gesto con su mano y tomó la laptop para encaminarse junto a su novio hacia su habitación. Ambos sabían a lo que iban, y estaban ansiosos.

Pasaron por la puerta y John cerró esta tras él, para luego darle paso al amor y la pasión. Ninguno de los dos se había preocupado en esos momentos del cuidado que debían tener, poco les había importado. Solo importaba el amor que se querían demostrar.

Al anoecer, ambos se encontraban acostados en la cama, desnudos y tapados por el único calor que les brindaba las sábanas. Estaban abrazados; cada uno perdido en su mundo, pensando en el otro, y en lo que pasaría más adelante.

El frío recorrió sus cuerpos y se apresuraron a vestirse lo necesario. Segundos después como era de esperarse el típico hombre de negro y con expresión de muerte y cansancio apareció en la habitación.

Hola.

Ambos sonrieron angelicales e inocentes, haciendo sonreír al tío con cierta diversión. Comenzaron a charlar sobre todo lo que había pasado. Él escuchaba con atención, analizando todo.

Es normal. Les dije que podían vernos, y siempre hay uno que otro espíritu el cual intenta mandar un mensaje a sus parientes.

—¿Y tú crees que deberíamos ir? —preguntó la joven, enseñando la flor a su tío—. Dejó esto cuando se fue, pero no me dijo nada.

Tal vez deberías. No está mal.

Cristine asintió con su cabeza y decidió hacerlo al día siguiente. Todo marcharía bien si así lo proponían. El tío se marchó a su lugar y la pareja decidió dormir hasta el día siguiente.

A las nueve de la mañana, iban en auto, camino a donde vivía la joven. Habían estado verificando la dirección una y otra vez. Y luego de tres horas de viaje, lograron llegar a su destino.

La casa era blanca, con ventanas rotas y una pintura ya de hacía años que no se cambiaba. Ocupaba al menos una mano para que se viese presentable.

Cristine se dirigió a la puerta y dio tres suaves golpes en esta, esperando, en silencio.

Una hermosa niña de cabello negro como la noche, unos ojos claros que iluminarían la oscuridad de cualquier alma, tan solo con su inocencia y pureza, abrió la puerta.

—Hola, ¿quiénes son?

—Somos amigos de tu hermana, cielo —explicó—. ¿Podrías llamarla?

La niña asintió con su cabeza y cerró la puerta, se encaminó dentro de su casa y llegó a la cocina, donde se encontraba su hermana mayor cocinando un rico caldo.

—¡Hermana! ¡Hermana! Unos muchachos te buscan, dicen que son tus amigos.

La joven la miró, bastante confundida. Dejó el pañuelo en la encimera y se dirigió a la puerta, ansiosa, confundida y hasta temerosa por saber quiénes eran. Finalmente, abrió la puerta y se topó con dos jóvenes rubios, sus ojos azules, y aspecto de una sociedad alta.

—¿Sí?, ¿qué necesitan?

Cristine sonrió y tomó la pequeña flor que traía en una bolsa, entregándosela a la joven que los miraba sorprendidos. Los hizo pasar a su pequeña y acogedora casa, invitándolos a sentarse en el viejo sofá y esperar mientras ella volvía con el almuerzo.

—¿Quieren almorzar?!

—¡Sí, gracias!

La pareja se quedó en silencio, observando el lugar en donde se encontraban. Ambos pensaban igual: lástima y pena es lo que rodeaba sus cabezas, pensando en la suerte que tenían de vivir tan bien.

—Qué asco de lugar.

—Cristine...

—Ya, solo bromeaba.

John sonrió y rodeó los hombros de su novia con su brazo. Se quedaron unos pocos minutos más en esa posición cuando llegó la joven con cuatro platos de caldo, dejando dos al alcance de la pareja y tomando los otros dos ella; acto seguido llamó a su hermana menor y esta apareció bastante alegre por la sala, sentándose a la par de su hermana para comenzar a disfrutar de su almuerzo.

—¿Les gusta?

—Por supuesto.

Cristine había quedado impresionada. Era un simple caldo, pero estaba exquisito. Entonces se puso a pensar en una oferta para la joven frente a ella. Sin duda alguna necesitaba dinero, y eso a Cristine le sobraba.

—Perdón por ser descortés, olvidé preguntar cómo se llama tu hermanita —admitió Cristine.

—Oh, cierto. Se llama Selena.

Cristine le sonrió y continuó comiendo su caldo junto con los demás presentes en la sala. Después de algunos minutos le entregó la flor a la joven y esta última le confirmó que la flor se la había entregado su hermana menor a su padre días antes de que falleciera. Esto provocó un vuelco en el estómago de Cristine, y eso solo hizo que tomara su decisión más rápidamente de lo que debió tomarla.

—Querida, me ha encantado el caldo —reconoció—. Me encantaría probarlo luego.

—Será un placer. Pueden venir cuando quieran.

—O podrías cocinar los platillos que quieras en mi hacienda.

La mujer se quedó totalmente confundida. Pidió una explicación más amplia y Cristine le propuso cocinar en su hacienda mientras su otra cocinera volvía. Además, le puso más aumento al sueldo de lo habitual. Ella sabía que necesitaba ese dinero, y no tuvo otra opción que aceptar.

Era excelente preparando un simple caldo. ¿Qué otras maravillas podría preparar con algo de entrenamiento?

—Claro que sí. ¡Me encantaría!

Capítulo 23:

La pareja volvió a su casa y prepararon todo lo necesario para la próxima empleada que se hospedaría en la hacienda. Hablaron con las criadas y pidieron lo que necesitarían. Además, ordenaron preparar un cuarto para dos personas: una niña y una joven. Todo muy limpio y ordenado. Cada orden fue acatada como se debía y en pocas horas la habitación se encontraba preparada.

La noche cayó en el lugar y la cena fue servida a su hora exacta. Las

señoras de la casa y el joven cenaron en el comedor, charlando sobre todo lo que había sucedido y lo que tenían planeado hacer.

—Efectivamente, querida —habló la madre, sonriendo—, no puedes quedarte aquí.

—Lo sé —concordó la joven—, pero no iré a una universidad. No este año, al menos.

Esa idea no se la habían quitado de la cabeza a Cristine por ningún motivo. Ella creía que lo correcto era quedarse en esa hacienda. ¿Haciendo qué? No tenía idea, no había nada productivo en ese lugar más que espíritus y demonios. Pero la idea de quedarse era muy excitante, aun desconociendo sus razones.

—Muy bien. Es tu decisión.

—Gracias, mamá.

John seguía pensando que aquello era una mala idea. Malgastar un año de estudio era muy tonto y más si se trataba de un buen futuro. Pero, ¿quién podía contradecir a su novia? Aún no conocía a nadie con ese don, ni siquiera él.

Cuando el reloj marcó las once de la noche, todos decidieron marcharse a sus habitaciones a descansar la mente y el cuerpo. La pareja tomó una ducha y se acostaron en su cama con las sábanas encima. Cristine simplemente se acomodó en el pecho del joven y en pocos minutos quedó completamente dormida. El joven John hizo lo mismo, para quedar de la misma manera.

Al día siguiente John despertó bastante tarde de lo habitual, había soñado algo bastante extraño. No sabía quiénes eran esas señoras y tampoco lo que querían. Había sido muy real: el día, la hacienda, las mujeres vestidas de blanco y azul. Él se encontraba en una de las ventanas, observando a las muchas señoras que se dirigían hacia la puerta principal de la hacienda. Pero desconocía sus rostros e identidades.

Luego bajó al comedor a desayunar, no sin antes tomar una ducha y arreglarse. Al entrar, su novia y su suegra estaban ahí, esperando por él y por el desayuno aún no servido.

—Buenos días, querido. ¿Te encuentras bien?

—Sí, lo estoy.

John se sentó en una de las sillas junto a su novia y se dispuso a desayunar en cuanto las criadas trajeron el desayuno y, después de tanto tiempo, disfrutar una exquisita comida que no incluía solo pan. Además, aprovecharon el momento para felicitar a su nueva chef por la comida tan rica que había

preparado siendo apenas su primer día de trabajo. Sin duda alguna había sido una buena decisión traer a la joven cocinera a la casa.

Más tarde, Cristine acordó salir a tomar aire fresco junto a su pareja, caminar o cabalgar un rato por las decenas de hectáreas no les haría daño. Al contrario, sería beneficioso para ambos. Pero, minutos después de estar esperando a la joven para ir a cabalgar, John decide buscarla puesto que se ha tardado más de lo normal.

Se dirige hacia la sala y comienza a llamarla, sin obtener respuesta alguna. Luego, decide ir a la cocina, tal vez la cocinera la ha visto o con suerte alguna de las criadas. Pregunta a estas mismas si la han visto pero su respuesta es negativa. Se encamina por toda la planta baja pero no encuentra a la joven en ningún lugar conocido. Incluso marcó a su móvil, escuchando cómo comenzó a sonar el timbre y buscando su estadia donde fuese que estuviera.

El sonido lo llevó directo a la habitación que ambos compartían. Entró por la puerta de la misma y observó todo el lugar alrededor. Lucía exactamente igual que como la habían dejado esa misma mañana. Vio el móvil tirado junto al gran espejo de la cómoda y lo tomó entre su mano, observando más de diez llamadas perdidas.

—¿Cristine? —Volvió a observar la habitación—. ¿Estás por aquí? Si esto es una broma, no es divertido.

—Aquí estoy.

La joven salió del baño de la habitación, sosteniendo su estómago y secando su boca con una toalla seca. Se acercó al joven y preguntó el motivo de sus gritos. John, desconcertado, le explicó lo de la cabalgata, y Cristine se sorprendió al recordar su pequeño paseo.

—Lo he olvidado, perdona. ¿Vamos ya?

Ambos se tomaron de la mano y se dirigieron hacia la puerta principal de la hacienda, donde los esperaba dos caballos: uno negro y otro blanco, listos para ser montados. El joven ayudó a su novia a montar el animal y luego imitó sus movimientos con el caballo blanco que le pertenecía a él. Cabalgaron hacia las pequeñas colinas, y media hora después se detuvieron para tomar un poco de café y comer algo de pan con mermelada, mientras sus animales descansaban.

—¿Cristine?

—Dime.

—¿Qué hacías en el baño?

John tomó un poco de pan y lo llevó a su boca.

—Oh, nada importante. —Cristine tomó un sorbo del líquido negro—. Algo en el desayuno me sentó mal y me dieron náuseas.

El joven estaba confundido. Creyó que el desayuno de la mañana había sido todo un manjar y ahora a su novia le había sentado bastante pesado. A él y a su suegra el desayuno les había caído de maravilla, ¿por qué a ella no?

—¿Quieres que la despedamos? —preguntó su novio.

—No hace falta, el problema no es ella. Imagino que debo acostumbrarme a sus comidas, o simplemente voy a enfermar.

—En tal caso —John comenzó a guardar las cosas en la pequeña canasta que habían transportado—, debemos cuidarte.

Cristine sonrió y ayudó a su novio a guardar las sobras y utensilios. Era un hecho que posiblemente iba a enfermar. Las náuseas y vómitos no eran habituales en ella, tampoco el dolor de estómago. Quizás solo era el pesado desayuno de la cocinera que había afectado su sistema digestivo, tal vez un virus andaba deambulando por el aire y se había contagiado.

Decidió no prestarle atención y volvió nuevamente a su caballo, proponiendo una carrera a su acompañante y, una vez que este aceptó, cabalgar tan deprisa como su animal se lo permitía. Su novio salió tras ella a caballo, intentando alcanzarla, aunque le resultaba casi imposible considerando que ya tenía bastante ventaja.

Cristine llegó a la hacienda con su respiración agitada y se dirigió hacia el establo a dejar a el caballo ahí, acariciando su cabeza y depositando un pequeño beso en la frente del animal. Quitó la montura que traía el caballo y luego cerró la compuerta donde el caballo se quedaba, marchándose ella hacia afuera y encontrándose con su novio.

—Has hecho trampa —reprochó John—. Eres cruel.

—No dije que hubiese reglas, cielo. —La joven le dio una pequeña cachetada en su mejilla—. No te pongas así.

—Debes darme algo a cambio, o estaré así todo el día. —Sonrió pícaro.

—Será hasta la noche. Anda, debemos ir a la hacienda, quiero leer algo.

La joven se marchó nuevamente a su casa y se dirigió a la cocina por algo de agua para hidratarse. Ahí mismo se encontró con la nueva cocinera y aprovechó para pedir una cena liviana, quería asegurarse de su salud. La joven aceptó con gusto, pidiendo disculpas por la fuerte comida y preparando todo lo necesario para la cena. Cristine se encaminó a su habitación y se dispuso a leer un libro que llenara todas sus expectativas hasta la prometedor cena y

luego tomó un baño, limpiando el barro que había adquirido gracias a la cabalgata.

Secó su cuerpo y cabello. Una vez puesta su ropa, comenzó a hacer una coleta alta en su cabello para pasar la noche. Puso algo de maquillaje en su rostro y sacó del cajón interior del espejo algo de pasta dental. Pero, al cerrarlo y encontrarse nuevamente con el espejo, encontró tras ella a *Asmodeus*, quien sonrió con maldad e hizo un ademán con una de sus garras, atrayendo a Cristine hacia el espejo y que desapareciera tras él.

La mesa estaba servida y un exquisito banquete se encontraba sobre ella. La señora Zamora y el joven Walton comenzaron la cena sin la joven y disfrutaron de los platillos que sirvieron esa noche. Hablaron bastantes cosas, la señora Zamora se encontraba más sana y su estado y semblante habían mejorado considerablemente.

John terminó de cenar y pidió permiso para retirarse de la mesa y luego se dirigió a su habitación. Caminó hacia el balcón y admiró el paisaje que la fría noche le estaba regalando. La luna enorme y brillante iluminaba el suelo, dándole cierto toque elegante. Un bostezo escapó de la boca del joven y se dirigió al baño para cepillar sus dientes y luego poder dormir hasta el siguiente día. Sacó el cepillo y puso pasta dental sobre él para comenzar a cepillar sus dientes.

Tres minutos después lavó su boca y, cuando se miró en el espejo, saltó de la sorpresa al ver dos manos golpeando el mismo del otro lado. El joven se puso pálido y abrió sus ojos con asombro y pánico cuando el rostro de la joven apareció asustado y moviendo su boca como si gritara.

—¿Cristine?

Capítulo 24:

John golpeó suavemente el vidrio del espejo, asegurándose de que lo que estaba viendo no era un sueño o algo ficticio. Pero para su desgracia no lo era. Efectivamente ahí se encontraba la joven que era su novia. Atrapada y asustada. Y en un lugar del que le resultaría muy difícil salir.

—¿Qué haces ahí? ¿Cómo te saco?

La joven Cristine negó con su cabeza, en dirección al joven. No tenía idea de cómo había llegado ahí y mucho menos de cómo salir. Sentía miedo, terror,

tristeza y un gran vacío. Golpeó con sus manos fuertemente el cristal, pero el mismo no cedía ante su poca fuerza. El lugar donde se encontraba era oscuro, totalmente negro y no hacía falta destacar que era sumamente frío como si del hielo se tratara.

John seguía observándola totalmente paralizado sin saber qué hacer. Solo podía observar el espejo frente a él y el reflejo de su novia dentro del mismo. El joven pasó una de sus manos por su cabello con frustración.

Luego, observó nuevamente a Cristine, a la cual le cambió su rostro y fue reemplazado por unos huecos negros donde deberían ir sus ojos y sus labios se sellaron, dándole paso a una boca entreabierta de donde el joven logró observar un ojo dentro de esta. John abrió sus ojos de par en par y retrocedió dos pasos, pegando su espalda a la pared. Luego, la joven desapareció del espejo, quedando el mismo sin reflejo alguno y totalmente negro. ¿Qué habían sido eso?

—¿Cristine? ¡Cristine!

No había respuesta alguna. El joven sentía la necesidad de meterse dentro del espejo, lo cual era imposible.

Los gritos se hicieron escuchar hasta la habitación de la madre, la cual corrió enseguida hacia la habitación de su hija. Entró rápidamente por la puerta y miró con frenesí todo el lugar, casi con desesperación. Luego logró identificar la luz del cuarto de baño y corrió hacia él para poder saber lo que pasaba y cuál era la razón de los gritos que llevaban consigo el nombre de su hija.

—¿Qué sucede?!

John miró a su suegra, horrorizado, pálido y casi llorando por la desesperación y la angustia. Le dijo a la señora de la casa lo sucedido y esta sintió el pánico hacerse presente en todo su cuerpo; su frente comenzó a expulsar un sudor frío y sus manos le demostraron el pánico a través de el temblor en sus dedos.

Pasaron los minutos y nadie obtuvo ningún tipo de respuesta por parte de la joven ni del espejo. John se sentó en la tapa del retrete, y su suegra se quedó parada de brazos cruzados y llorando en silencio ante la angustia y el miedo de no tener noticia alguna sobre su hija. Los segundos parecían minutos; los minutos, horas; y las horas, días.

Al siguiente día, ni el joven ni la señora habían logrado dormir bien. Ambos desayunaron y se ducharon como último recurso. La casa se sentía

diferente, un aura de presión y tristeza acompañada de dolor era casi evidente entre las paredes del lugar. Era como si la depresión tuviera forma física y los estuviese abrazando sin querer soltarlos.

John organizó todo lo necesario para su partida hacia la prestigiosa universidad, mientras iba cada diez minutos a su habitación a verificar algún acontecimiento nuevo sobre el espejo o su pareja. Pero no había nada. Se sentía inútil y cobarde. No tenía idea de qué hacer, y el no verla lo empezaba a volver loco. Se quedaría ahí el tiempo que fuese necesario. No importaba nada más.

Por la tarde se dirigió al lago, en busca de inspiración, soluciones, o la muerte. Se sentó sobre el césped, el cual comenzaba a tornarse seco y algo amarillento, anunciando el otoño que se encontraría dentro de meses. Sin duda alguna era un extraño lugar.

—Maldita sea. ¿Qué se supone que debo hacer?

Ruidos de agua fluyente despertaron su curiosidad e hicieron que el joven levantara la mirada hacia el lago. El agua comenzó a ponerse turbia y de un color rojo y, con ella, la criatura salió.

Hola, joven, ¿qué te trae por acá?

John se puso de pie y colocó su cuerpo erguido, tratando de permanecer firme ante la criatura y controlar un posible quiebre seguido de llanto.

—¿Ya no puedo estar en las tierras de mi novia?

Claro que puedes, cielo. Pero no vale la pena si ella no está aquí, ¿cierto?

Eso despertó la curiosidad del joven, quien la miró detenidamente tratando de analizar sus palabras y posiblemente averiguar a lo que se refería y lo que quería, y tal vez solucionar algo.

—¿Cómo sabes eso?

Yo me entero de todo. Y también puedo ayudarte.

El joven se acercó peligrosamente al lago, casi mojando sus pies y zapatos. Se puso de cuclillas y frunció su ceño, como si fuese un peligroso animal acechando a su presa; retando a la criatura a acercarse a él y logrando que esta hiciera caso a su mirada penetrante.

—Dime cuál es tu solución, por favor. Quiero sacarla de ese lugar, te lo ruego.

Paciencia. Primero debes encontrar algo que les será de mucha ayuda. Busca en la habitación tuya y de Cristine. En la pared izquierda, encontrarás una zona hueca, ahí debes destruirla. Busca el libro de grosor y

color negro, lee su contenido y cuéntaselo a Cristine, por favor.

John asintió frenéticamente y salió corriendo tan rápido como sus pies se lo permitían hacia el granero de la hacienda. Buscó rápidamente un martillo o un mazo, alguna herramienta que sirviera para destrozarse una pared o algo de pavimento sería útil.

—Rayos, ¿dónde está?

Siguió buscando sobre todo el lugar y después de un par de minutos logró encontrar una rama bastante gruesa y sólida. No estaba muy conforme con la herramienta, pero la desesperación y la curiosidad lograron dispersar todo desagrado y supo que de una forma u otra debía utilizar eso para romper una pared.

Corrió lo más veloz que pudo hacia la hacienda, subiendo los escalones de dos en dos y sintiendo las ansias y los nervios aumentar conforme pasaba el tiempo y sus manos expulsaban sudor y resbalaban bajo la madera que sostenían.

Se encaminó a su habitación y entró pateando la puerta, logrando tumbar esta última y dejarla en el piso, pasando sobre ella y prestando atención a las paredes, buscando la izquierda hasta lograr encontrarla y comenzar a dar pequeños golpes por toda la madera y deteniéndose en un único sitio donde se escuchaba la pared hueca.

—Bueno, aquí voy...

—¿Qué haces? —Entró la señora Zamora y miró al joven—. ¿Por qué destruyes la pared?

—Debo hacerlo. Tras esta pared hay algo que debo saber. Lamento lo de la puerta.

John sonrió inocente y suspiró, presionando sus manos contra la rama de madera que sostenían las mismas y estirando sus brazos junto a la pesada madera hacia atrás, para luego embestir a la pared con dicha herramienta, logrando abrir un enorme hueco en la pared y volver a repetir el paso una y otra vez hasta poder dejar un gran agujero en el mármol.

—¿Y bien?, ¿qué vas a ver ahí?

El joven miró a la señora e hizo un gesto con su dedo en señal de silencio, adentrándose en el agujero y tomando su móvil para encender la linterna que este poseía. Todo lo que iluminaba la luz de la linterna John lo iba observando. Los residuos del polvo que el mármol había soltado ahora se encontraban dispersos en el aire. El joven observó todo alrededor de él.

La linterna le permitió ver el techo, que era igual al que tenía toda la casa.

A este lo adornaban hilos de telaraña: arte que las criaturas de ocho patas lograban hacer con su talento y dedicación, ya fuese para vivir o capturar insectos.

La luz dejó ver a su lado varias candelas apagadas y desgastadas, con telaraña y quemadas. El suelo rechinaba bajo sus fuertes pisadas y un olor a humedad inundaba todo el pequeño cuarto. Las velas se encendieron repentinamente, logrando que el joven se sobresaltara y apagara la linterna que traía entre sus manos.

—¿Has encontrado algo? —La señora de la casa entró en el cuarto, observando todo con curiosidad—. Nunca había visto este lugar.

—Al parecer era algo privado de su hermana, señora.

Ambas personas continuaron contemplando el cuarto y John se tropezó con una caja, haciendo que esta se rompiera y liberara varias fotografías, cartas y un libro negro. El joven tomó todo entre sus manos, metiendo nuevamente las cosas, no sin antes revisarlas.

—Mire esto, señora Zamora.

La mujer tomó una carta de sobre blanco, leyendo su contenido con asombro y curiosidad.

Para: José Zamora

De: Cristine Wilson.

Amado mío, estos meses junto a ti han sido los mejores. Quiero demostrarte mediante este medio mi amor eterno y mi gratitud por haberme hecho enormemente feliz todo este tiempo. Muy pronto tendremos ambos un anillo de bodas, y seremos gustosamente felices hasta que la muerte nos separe.

La señora le devolvió la carta a John para que este la colocara en la caja nuevamente. El joven sacó otra, diciéndole a su suegra que la leyera en voz alta, y que esta sería la última.

Para: José Zamora.

De: Cristine Wilson.

Querido José, me duele ver que el orgullo y la ambición te han cegado. Ambos van de la mano, alimentando tu odio hacia las personas y hasta tu propio hermano. Mi amor no ha sido suficiente para cambiar tus pensamientos. Necesito verte mañana a las ocho de la mañana junto a nuestro lugar favorito. Jugaremos, tomaremos el desayuno y aprovecharemos para conversar.

Con amor y respeto, tu futura esposa.

La señora Zamora tiró la carta a la caja y varias lágrimas comenzaron a salir de sus húmedos ojos. El joven se puso de pie y abrazó a la mujer, dándole apoyo moral y brindando calor a su cuerpo.

—Tranquila, señora.

—Esta carta la escribió un día antes de morir —aclaró la mujer—. No puedo creerlo.

Continuó así por varios minutos, sollozando y sintiendo todas las emociones que había mantenido ocultas durante años. Luego se tranquilizó, recordando sus prioridades y volviendo nuevamente a su verdadero objetivo. Debía salvar a su niña.

—¿Encontraste algo más?

John tomó el libro de grosor entre sus manos, agitándolo suavemente de adelante hacia atrás. Después lo colocó en posición horizontal, soplando el polvo acumulado de años que contenía y abriéndolo, preparado para leer lo que fuese.

Capítulo 25:

John colocó el libro sobre la cama de su habitación, abriendo este y acto seguido comenzó a pasar una página tras otra muy lentamente y humedeciendo su dedo índice cada tanto. Las primeras partes se encontraban en blanco. El lugar donde debía ir el nombre de autor, el reparto, el índice entre otros eran simples hojas blancas.

—¿Y bien?, ¿qué dice?

—No lo sé. Está en blanco.

—Pues debes seguir leyendo —ordenó la señora—. Algo debe haber.

El joven obedeció las palabras de su suegra y siguió observando las páginas del libro frente a él. Más adelante, tras pasar cerca de diez páginas, logró encontrar decenas y tal vez miles de palabras. Las páginas no estaban enumeradas, simplemente estaban unidas deleitando su contenido.

—Bien, veré qué dice.

John comenzó a leer lo que su vista apreciaba. Algo parecido a una historia sobre una joven era lo que su cerebro procesaba. Una mujer que tenía alrededor de quince años era la autora del libro que ahora se catalogaba como diario.

—Es un diario —comprobó—. Aparentemente escrito por su hermana. Tiene un contenido muy peculiar.

—¿Qué dice? —preguntó su suegra.

—Es como si... como si narrara su vida. Puedo sentir cada palabra penetrarse en mi cerebro, y juraría que casi puedo observar cada lágrima derramada sobre estas hojas.

La mujer asintió con su cabeza, cautivada por las palabras de su yerno, y proponiéndole que leyera el final del extraño diario. John así lo hizo, quedando entre la confusión y la ironía, volviendo a leer el final por si estaba alucinando o algo parecido. Últimamente todo le parecía ficticio.

—Habla de...

—¿De qué? —alentó la mujer.

—Su muerte.

La señora se quedó estática en su lugar, bastante confundida por las palabras dichas del joven frente a ella y quedándose casi paralizada analizando la situación, como si fuese una historia escrita por una autora que conocía de toda su vida.

—¿Y qué dice?

—Habla de cómo murió, cuáles son sus pensamientos más profundos y también su deseo.

—Pero no logro entenderlo. ¿Cómo puedes narrar tu propia muerte? Es imposible.

—No lo sé —reconoció el joven—, pero no estamos aquí para eso.

John continuó leyendo, analizando las palabras de la fallecida y tratando de encontrar o pensar en una forma de sacar a su novia de ahí. Habían pasado horas desde que sucedió lo del desdichado espejo, y no había tenido noticias de su novia desde entonces.

—Aquí dice que le pasó algo similar. Dice que alguien ‘no vivo’ la sacó

de ahí.

—Eso no tiene sentido.

El joven sabía a quién podía pedirle ese tipo de favores. Pero para eso debía esperar hasta la noche. Cerró el libro y lo guardó en el cajón de la mesita de noche que ahí se encontraba.

—Vayamos abajo, ¿le parece?

Su suegra contestó de forma afirmativa y ambos se dirigieron escaleras abajo hacia la sala de estar. John decidió leer algo para tranquilizar su ansiedad y sus nervios. Shakespeare no le vendría mal.

Por la noche cenó junto a la señora Zamora mientras hablaban de temas triviales y de futuras decisiones importantes.

—No sé si deba irme —dijo—. Cristine me necesita aquí. No puedo ni siquiera desaparecer por unos minutos sin que le suceda algo totalmente drástico.

—Lo sé, cielo, pero no puedes abandonar tu futuro y sueños por mi hija. Sería egoísta.

—También lo sería el dejarla sola —afirmó el joven.

Horas más tarde la oscuridad y el frío abrazaron la hacienda y con ellos la noche llegó. Como siempre la luna era la única luz que se podía observar fuera de la enorme casa; el viento hacía bailar los árboles y sus hojas, y una pequeña llovizna comenzó a caer, golpeando con delicadeza la tierra.

John subió a su habitación y entró al baño para tomar una larga y relajante ducha antes de dormir. No podía dejar de mirar el espejo, ni siquiera podía ver su reflejo en él.

Suspiró y trató de prepararse mentalmente para lo que pasaría esa noche.

—¿José?

Él se sentó en la cama, esperando por una respuesta de alguien o algo que se apareciera en ese momento. Dispuesto a hacer lo que sea, trató nuevamente de llamar.

Minutos después una figura de un hombre más alto que él y vestido de negro apareció frente a la cama donde John se encontraba. Los escalofríos recorrieron el cuerpo del joven, quien se encontraba temeroso e incómodo. Vaciló un poco, golpeando el respaldar de la cama con sus palmas. A continuación, se pone de pie y suspira, tomando una gran bocanada de aire y encarando al hombre.

—Buenas noches, señor.

Buenas noches. ¿Qué le pasó a mi sobrina?

El joven se quedó incómodo y estático en su sitio. ¿Cómo se había dado cuenta de tal suceso? No sabía la razón ni la respuesta, pero con tal de que pudiese ayudar, no importaba nada.

—Estaba aquí, luego cuando vine a buscarla para dormir, no se encontraba en la cama. Revisé el baño y la encontré dentro de el espejo, y no sé cómo sacarla.

No puedo creerlo, la historia se está repitiendo.

John frunció el ceño en dirección al hombre y preguntó a lo que se refería. Pero el tío de su novia no dio explicación alguna, simplemente se dirigió al cuarto de baño y John decidió seguirlo. El hombre entró al espejo, sin decir ni una mínima palabra. Walton se sentó nuevamente en la tapa del inodoro y esperó pacientemente. No entendía por qué nadie nunca le daba una explicación de lo que pasaba, y eso ya lo estaba comenzando a irritar.

Finalmente, luego de estar esperando cerca de veinte minutos —en los que John no hizo más que pensar y atormentarse por una posible decisión de su vida y, además ponerse en un debate contra él mismo y el futuro de su pareja —, observó algo negro salir del espejo a una velocidad bastante alta, y con ella la joven y su tío aparecieron en el cuarto.

—¡Cristine!

La chica sentía que podía respirar con más facilidad desde que había estado dentro de ese retorcido lugar. No fue hasta que sintió unos brazos rodeando gran parte de su caja torácica y su espalda que la estaban estrujando y sacudiendo de izquierda a derecha.

—John. —El aire abandonó por unos segundos sus pulmones, sintiendo un enorme alivio. Aspiró su masculino aroma solo para asegurarse de que era real.

—Me has tenido casi dos días preocupado —confesó el joven—. No sabía que era así de sencillo sacarte de ahí.

Sencillo para mí, difícil para ti.

A Cristine se le escapó una pequeña risa y se separó del joven para encaminarse hacia su tío, quien la recibió con los brazos abiertos. Por primera vez en mucho tiempo sentía un calor familiar que no había sentido desde la última vez que había abrazado a su padre. John observó con ternura la escena, notando lo incómodo y asombrado que se encontraba el ente por la muestra de afecto de su sobrina. Continuó así varios minutos hasta que el cansancio comenzó a invadirla y se despidió de su tío, agradeciéndole la ayuda.

—Siempre logras asustarme de la peor manera —alegó John.

—Lo lamento. No sé lo que pasó. Simplemente quería refrescarme y esa maldita cosa apareció de la nada. Luego aparecí en ese horrible lugar.

Ambos se dirigieron hacia la cama en silencio, totalmente cansados y estresados. Entraron dentro de ella y se abrazaron mutuamente; transmitiéndose el calor de ambos cuerpos y apagando la lámpara a su lado, observando el techo en silencio, que en ese momento se veía bastante interesante.

—Ya tomé una decisión: me voy a quedar.

—¿Por qué? ¿Sabes a lo que estás renunciando?

—Lo sé, pero también sé lo que perderé si me voy.

—No me perderás —afirmó su novia—. Siempre estaré aquí, esperándote.

—Eso es lo que me preocupa: el que estés aquí.

Y así pasaron la noche charlando sobre el peligro que corrían ambos si se quedaban, y también el peligro que corrían si se iban.

John no podía abandonar a la joven que le había robado el corazón, eso sin duda alguna. Podría renunciar a todo el dinero del mundo, a la oportunidad de su vida o a lo que fuese. Pero jamás podría abandonarla tan fácilmente. Mucho menos sabiendo el riesgo tan precipitado que ahora corría. No. Eso jamás.

Al siguiente día despertaron temprano como era de esperarse. Cristine despertó primero, dirigiéndose al cuarto de baño para tomar una ducha y afeitarse, aprovechando el momento para tomar el espejo entre sus manos y encaminarse hacia el balcón. Acto seguido lo tiró por el susodicho, logrando que John despertara de golpe bastante acelerado.

—¿¿Qué demonios pasa?!

Cristine lo observó con diversión en sus ojos, para luego comenzar a reírse casi a carcajadas mientras observaba a su novio con la respiración acelerada y sus ojos muy abiertos.

—¡Rayos, Cristine! No me asustes así...

—Perdón. Ahora dime, ¿por qué hay un enorme agujero en la pared izquierda de mi habitación?

John miró el agujero que ahí se encontraba. Había olvidado por completo decirle a su novia lo sucedido la noche pasada, mientras ella se encontraba en otro lugar. Le prometió a la joven esa misma mañana que él pagaría por los daños, y aprovechó para enseñarle el libro que había encontrado, explicándole todo lo sucedido. Cristine leyó gran parte del diario.

—No tiene título —verificó la joven.

—Así es. Podrías escribir uno, ¿no crees?

La joven aceptó y tomó un bolígrafo de su cómoda, sentándose en el borde de la cama y comenzando a pensar en posibles títulos o nombres interesantes. Analizando los pros y contras de la situación y del contenido del libro. Finalmente, decidió un título que pensó sería el adecuado para tal lectura, y que le gustaba bastante. Y así, escribió sobre la primera página del libro negro:

La muerte de Cristine.

Capítulo 26:

Dos días después, John envió un correo electrónico a la universidad; diciendo que agradecía eternamente su aceptación a tan prestigioso lugar, pero no asistiría por el momento debido a asuntos personales, recibiendo una lamentación por parte de dicha universidad y que lo esperarían gustosos el próximo año.

Las criadas volvieron a sacar todas las pertenencias del joven que se encontraban en las maletas y las colocaron nuevamente en su habitación. Algo molestas por el trabajo extra que les habían proporcionado, pidieron irse antes a sus hogares, y Cristine les concedió el permiso.

De todas formas, a la joven no le gustaba estar con tanta gente en su casa, a pesar de que esta última era lo suficientemente grande para una familia de veinte o más.

El día había transcurrido bastante normal. La joven aprovechó el sol y se paseó por la ciudad en busca de ropa y maquillaje, un poco de comida chatarra y a buscar nuevos libros. Eso le había dado la suficiente inspiración para pensar en una posible biblioteca en la hacienda. Sería pequeña, por supuesto. Pero también sería lo suficientemente grande como para poner todos sus libros ahí y además colocar algunas sillas y sillones y, ¿por qué no? una

chimenea.

La joven volvió nuevamente a su casa y le pidió un té a la aún nueva cocinera, quien lo preparó feliz y bastante rápido, todo con tal de quedarle bien a la mujer que la había rescatado de su baja economía.

—Aquí está su té, señorita. —La joven colocó la pequeña taza en la mesa de café que había en la sala.

—Muchas gracias. Oye, ¿podría preguntarte algo?

—Por supuesto.

Cristine invitó a su cocinera a sentarse a su lado. A la joven no le quedó de otra que aceptar un poco incómoda, y hasta nerviosa.

—Usted dirá.

—¿Has visto cosas extrañas aquí?

La cocinera se quedó bastante confundida con la pregunta, y sus nervios aumentaron mucho más. Ya que, en realidad, sí había notado algo.

—Yo... ¿debería haber visto alguna cosa?

—No lo sé. Por eso te pregunto.

—Bueno, en realidad..., no sabía que tenía una hermana gemela. Es un poco aterrador...

—¿Hermana gemela?

—Sí —reafirmó la empleada—. Es alguien un tanto extraña, sin ofender, y su cara no está tan bien cuidada como la suya.

Cristine entrecerró sus ojos en dirección a la joven, preguntándose de cuál hermana hablaba. Y si sus instintos no le fallaban, eso quería decir que alguien había estado interrumpiendo la vida de sus empleados.

—Dime lo que sabes de ella, por favor.

—No mucho. —La joven se removió en su asiento—. Solo sé que se llama Cristine y que aparentemente es su gemela, aunque se ve menor. Además, dice estar enamorada de una mujer.

Eso había despertado la curiosidad en cada parte del cuerpo de Cristine. Ahora su cabeza casi daba vueltas, mientras trataba de analizar y digerir las palabras que habían salido de su cocinera.

—¿Dices que es una mujer? —La joven asintió—. ¿Has hablado con mi hermana?

—Muy poco. Casi no aparece en el día, y en la noche solo la veo pocas veces entrar a tu habitación. Pero es bastante culta.

—Mejor así —comentó Cristine—. No quiero que hables más con ella, ¿de acuerdo?

Su empleada asintió con su cabeza y pidió retirarse para seguir cumpliendo con su trabajo, pidiendo un consejo a su jefa de lo que se cenaría esa noche. Algo liviano y saludable no estaría mal.

Más tarde, John y su novia se encontraban en el lago; ambos sentados sobre una manta que habían traído y tomando un poco de té y galletas para pasar la tarde, disfrutando del paisaje y de los peculiares sonidos de aves e insectos que ahí abundaban.

—¿Algo nuevo? —preguntó su novio.

—Nada. Pero me he enterado de que mi tía no viene a vernos despiertos, y que además ha estado hablando con la nueva cocinera.

—¿Cómo dices?

—Así es. La empleada me ha dicho que la ve por las noches entrar a nuestra habitación, y bien sabes que no la hemos visto en estos días. Además, me comentó que ella le dijo que se llamaba Cristine, y que estaba enamorada de una mujer.

—¿Una mujer? —repitió John, sorprendido—. Pero tu tío y tu tía...

—Lo sé. Eso es lo que también me estoy preguntando.

John asintió lentamente con su cabeza y dirigió su mirada hacia el lago, perdiéndose ahí mientras analizaba las palabras expulsadas de su pareja. Se preguntó qué relación tenía su tía con lo que él había descubierto. También comenzaba a tener sus sospechas de todo lo que estaba pasando, pero se negaba a decirlo o aceptarlo.

—¿No lograste averiguar nada más?

Cristine negó con su cabeza, y se puso a pensar el porqué del comportamiento de su tía. No había motivo que le diera suficientes razones para no visitar a su propia sobrina, y además que la espiara por las noches. Eso mismo le había dado una idea, una que efectuaría más tarde.

—Deberíamos volver —comentó la joven—. Debemos planear algo para hacer. Ya me estoy aburriendo de este lugar.

La pareja guardó todo lo que habían traído y se dirigieron hacia el pequeño camino entre los muchos árboles que ahí había. Caminaron por el mismo hasta salir al enorme campo abierto, donde se vislumbraba a pocos metros la hacienda.

Por la noche ambos se acostaron en su cama y John pronto se quedó dormido plácidamente. Cristine tenía pensado otra cosa. Si iba a hacer las cosas bien, debía pensar con la cabeza fría. Así que cerró sus ojos y fingió

estar dormida. Estuvo así cerca de una hora, hora en la que no se escuchó ni el zumbido de una mosca.

Luego, un frío recorrió su cuerpo y abrió un poco sus ojos para poder espiar lo que había a su alrededor. Efectivamente ahí se encontraba su tía, quien los estaba observando en silencio. Después, pudo ver cómo su tía comenzaba a acercarse hacia su lado de la cama, y Cristine cerró sus ojos instintivamente.

Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando sintió una mano muy fría acariciando su mejilla con delicadeza, tanto era el pánico que casi pudo sentir unas pequeñas garras. Pero sabía que solo lo estaba imaginando. La misma mano se dirigió a su cabello, revolviéndolo un poco y poniéndolo tras su oreja.

Te quiero mucho, querida. Pronto seremos felices.

Esas fueron las palabras necesarias para que la señora Wilson desapareciera entre las sombras. Cristine pudo al fin abrir sus ojos y contemplar la habitación vacía. Suspiró y trató de controlar su respiración que ya se había acelerado lo suficiente para estar casi en pánico y, después de eso, durmió hasta el siguiente día.

La mañana siguiente, como era ya la rutina diaria, simplemente desayunaron y tomaron una ducha. A Cristine ya le estaba aburriendo que siempre fuese lo mismo: desayunar, ducharse, salir a tomar el té y volver a dormir. Comenzaba a ser agotador, y aunque planeaba pequeños viajes a la ciudad, no era lo mismo.

Ese día luego de desayunar y estar presentable, decidió leer algo. Hacía mucho tiempo desde que ya no había leído. Estuvo en su lectura por más de dos horas, horas en las que sentía como si viajara con cada palabra que su cerebro procesaba. Ahí se olvidaba de todo y eso era lo que más le apetecía a la joven.

Tomó sus auriculares y decidió escuchar algo de música, y minutos después quedó profundamente dormida, olvidando todo lo que había a su alrededor.

Por la tarde John encontró a su novia en el sillón de la sala y la tomó en brazos mientras la llevaba a su habitación, sonriendo bastante divertido por lo despistada que había sido Cristine durante ese día. La colocó a un lado y en el otro se acostó él, suspirando y observando el techo como si fuese la octava maravilla. Se sentía extraño, casi aburrido. Algo había cambiado en ese lugar sin duda alguna y no sabía lo que era. Observó nuevamente el enorme hueco

que había hecho en la pared izquierda de la habitación y se dijo a sí mismo que debía haber más que un viejo libro ahí.

Así que, poniéndose de pie y sintiendo la curiosidad rodarlo casi completamente, se encaminó nuevamente hacia el hoyo que había y encendió la linterna de su celular para poder iluminar un poco el pequeño y extraño cuarto que había en ese sitio. Todo parecía seguir exactamente igual; las paredes, las velas y hasta la telaraña que había por doquier estaban de la misma forma.

Siguió observando, atento a cualquier anomalía que pudiese encontrar hasta que un pequeño reflejo que estaba molestando su ojo derecho logró llamar su atención. Había algo brillante debajo de las tablas de madera que había en el suelo. John tomó una de las tablas que estaba medio levantada y con toda su fuerza trató de arrancarla, logrando su objetivo y haciendo que la tabla se partiera a la mitad.

El joven tomó el objeto que brillaba y se dio cuenta al instante de que se trataba de un anillo de compromiso. Lo observó con cautela, analizando los diamantes incrustados y que se encontraba bañado en oro.

—¿Qué haces aquí?

El joven se dio media vuelta bastante asustado, y luego sonrió un poco cuando encontró a su novia parada delante del agujero que se había convertido casi en una entrada. Tenía sus brazos cruzados y una ceja levantada, irónicamente curiosa.

—Ven, debes ver esto.

Capítulo 27:

Cristine entró al cuarto y tomó en su mano el anillo que segundos antes había sujetado su novio. Por alguna extraña razón ese anillo le parecía familiar, casi peculiar. Lo miraba con curiosidad de un lado al otro, tratando de reconocer la identidad o el propietario de esa joya. Luego, como si un balde de agua cayera sobre ella, recordó lo que su tío le había enseñado muchas noches atrás, dejando caer el anillo por la impresión.

—¿Qué sucede? —preguntó John, tomando nuevamente la joya y levantándose para asegurarse de que la joven se encontraba bien.

—Ya recuerdo ese anillo —afirmó Cristine—. Era de mi tía. Lo tenía el día que murió.

—Pero, Cristine, ¿cómo va a llegar un anillo hasta aquí?

John se encontraba bastante confundido, y solo se propuso guardar el objeto y llevar a la joven nuevamente a la cama, para que esta se recostara un poco. Ambos se sentaron y el chico tomó sus manos, que estaban heladas y temblorosas. John comenzó a decirle palabras cuidadosas para que Cristine dejara sus nervios, o lo más probable sería que hubiese un desmayo.

Horas más tarde la joven decidió tomar un poco de aire y salió a cabalgar por todo el lugar junto a John. Comenzaba a sentirse presionada y un tanto molesta por saber que no podía estar ni cinco minutos sola sin que algún empleado o su novio viniese a ver si se encontraba bien. La trataban como a una niña, y eso le disgustaba.

—Pude haber venido sola, en serio —espetó.

—No es problema para mí acompañarte, y recuerda que no debes estar sola —le recordó el joven.

La mujer no tuvo de otra que permanecer callada o de seguro terminarían peleando. Simplemente extendió las sábanas que había traído y sacó todos los alimentos que venían en su canasta para comer algo junto al joven.

Cuando menos se dio cuenta, sintió unas cosquillas casi agotadoras en sus costillas y luego en casi toda su caja torácica. Logró distinguir entre las risas a su novio, quien la atacaba sin piedad haciendo que ella riera casi al punto de ahogarse. Rogó a su pareja que parara hasta que este cedió y luego comenzó a darle delicados y exquisitos besos. Y, después de una hora, ambos se encontraban enredados entre las sábanas, abrazados en la intemperie. Después de todo, necesitaban un breve descanso.

Por la noche, cuando la pareja se encontraba en la cama, Cristine despertó y muy silenciosamente se puso de pie, se colocó las pantuflas y su bata, y luego buscó el anillo dispuesta a encaminarse hacia el lago. Estaba cansada de estar vigilada y que no tuviese unos minutos de paz y privacidad.

Cuando llegó, sus oídos contemplaban los sonidos de los grillos y algún búho que cantaban al unísono, alegrando la noche oscura. La luna era la única luz que la joven tenía en esos momentos y fue la que utilizó para llegar a donde se encontraba sepultada su tía. No sabía muy bien lo que estaba haciendo, pero se dejó llevar por sus instintos y empezó a escarbar con sus manos el lugar donde el cadáver o los huesos de su pariente debían estar.

Al fin sacó los huesos humanos de la tumba y, tomando el anillo que traía entre los bolsillos de la bata, colocó el mismo en el dedo índice derecho de

los huesos de su tía.

¿Qué haces?

Se dirigió con temor hacia la voz y observó a la mujer del lago, quien la miraba sorprendida desde este mismo. Se acercó a la orilla y contempló el cadáver que tenía entre sus manos la joven, y luego miró a esta última.

¿Qué has hecho?

—No lo sé —confesó Cristine—, solo fue un impulso.

No puede ser, cielo. ¡Muchas gracias!

La joven se sintió totalmente confundida y se quedó atónita cuando el cuerpo de la mujer del lago comenzó a elevarse hacia arriba, sacando su cuerpo del agua y observando cómo caían sus manos a la misma. Luego, todo el barro y suciedad que cubría su cuerpo comenzó a disolverse y, después, un enorme vestido blanco rodeó su cuerpo. Segundos fue lo que tardó su cuerpo para ponerse sobre el suelo frente a Cristine, observándola con esos distinguidos ojos de los Wilson.

—Pero ¿qué...?

Gracias, querida. Me has sacado de mi penumbra.

—Pero tú eres... tú...

Soy tu tía, cariño. Soy Cristine Wilson. Ahora puedo irme en paz, solo ten mucho cuidado, por favor. Esa criatura es despiadada y te quiere a ti. Prométeme que te cuidarás, y dile a José que lo amo.

La tía de Cristine la abrazó a ella aún en medio de la suciedad. La joven estaba casi muda y sin movimiento alguno. Esa calidez... era el calor de familia. Por eso había sido reconfortante permanecer a su lado.

Su tía se elevó hacia el cielo y desapareció entre los árboles. La joven se quedó totalmente anonadada y casi paralizada. Decidió tomar nuevamente el cuerpo y ponerlo sobre la tumba, para luego taparlo con la misma tierra que había sacado.

—¿Qué rayos haces aquí?

El joven encontró a Cristine, aliviado de verla con vida y a salvo. Su novia se dio la vuelta y John pudo observar bajo la luz de la luna las lágrimas que destellaban de sus ojos. La bata de la joven se encontraba húmeda y sucia, con ramas y tierra.

—¿Estás bien? ¿Quién te hizo esto?

—Era ella, John. Todo este tiempo... ha sido ella.

Cristine sintió su corazón estrujarse y las lágrimas comenzaron a descender rápidamente por sus mejillas. Se sentía cansada, derrotada y de

algún modo... se sentía en paz.

—¿De quién hablas?

—La mujer del lago, John. Ella es mi verdadera tía.

—Pero, eso es...

—Imposible, lo sé. Pero es verdad, ella misma me lo ha dicho. Ahora hay que descubrir quién es esa lunática que se ha aparecido todo este tiempo en nuestro cuarto.

La pareja se dirigió hacia su casa y se encaminaron nuevamente a su habitación. Cristine tomó una ducha y cambió su bata por otra para poder dormir más tranquila y limpia. Comenzó a secar su cabello y observarse en el espejo, sus ojeras habían vuelto y se veía más pálida que de costumbre.

Hola.

Cristine saltó de su asiento por el susto y John salió del baño casi desnudo y bastante preocupado, listo para atacar. Luego, el rostro de la pareja inundó el alivio y la diversión.

Parece ser que esperaban a alguien más.

—Sí, tío, tengo algo que decirte.

Soy todo oídos.

—He liberado a mi tía, solo faltas tú y hay que deshacernos de esa cosa.

¿Que has hecho qué?

—La he liberado, y me ha dicho que te ama. —Sonrió con picardía.

Pero, ¿cómo lograste hacerlo? ¿Hablas de la verdadera Cristine Wilson?

—Encontré un anillo —explicó John—, ella salió por la noche y se lo puso a los huesos de su tía.

Eso quiere decir...

—Que si encuentro un objeto que te pertenezca y hallo tu tumba puedo hacer lo mismo contigo —terminó la joven.

Yo... ¿libre?

Cristine asintió con su cabeza y sonrió, satisfecha por su trabajo y sintiéndose feliz finalmente por haber hecho algo bueno. Sin embargo, sentía algo en su pecho que le dificultaba respirar. Era como un mal presentimiento, como si algo preparara su cuerpo para un posible peligro.

Minutos más tarde, la pareja volvió nuevamente a la cama, agotados por su trabajo.

—¿Sabes?, a veces me alegra que seas tan terca —confesó John.

—Bueno, a mí también me alegra. —Sonrió la joven.

Después de eso, ambos se abrazaron y durmieron plácidamente hasta el

otro día. Cristine tendría mucho trabajo para encontrar algo de su tío.

Capítulo 28:

El verano pronto acabaría y las nubes comenzaban a resguardar la lluvia, amenazando con dejarla caer sobre la tierra cuando menos se lo esperaran. Toda la hacienda comenzaba a verse cada vez más opaca, solitaria, e inspiraba un aura de negatividad y melancolía.

En esta misma se encontraba la pareja en la sala junto a la madre de la joven, todos charlando seriamente.

—¿Los vas a despedir? —preguntó Cristine.

—Es lo mejor —contestó su madre—. No queremos que nadie salga lastimado.

—¿Y cómo sobreviviremos?

La madre se quedó pensando por más de un minuto. Era un hecho que la casa se pondría desagradable si nadie la limpiaba, y ellos no podían morir de hambre en ese lugar. Así que, una idea cruzó por su mente y le dijo a su hija que solamente se quedaría la cocinera y una única empleada para limpiar de vez en cuando.

Cristine accedió a lo que su madre proponía y a la hora del almuerzo les indicó a los empleados que serían trasladados a diversas propiedades fuera de la ciudad y de ese lugar. Estos pidieron explicaciones, diciendo que temían por sus empleos, pero Cristine se negó a darles una explicación y únicamente les comentó que nadie sería despedido.

Todos terminaron obligados a aceptar y al siguiente día cada uno había empacado sus pertenencias y esperaban por un auto que los llevara a su nuevo lugar de trabajo.

Cristine analizó todo muy bien y se dio cuenta de que en realidad lo que posiblemente quería el ente que gobernaba en esa casa era dejarlos solos, indefensos y sin protección o testigo alguno. Ella simplemente sonrió con burla y miró de arriba abajo la hacienda, que en ese momento parecía más enorme y sola de lo que se veía cuando recién llegó.

—Ya has conseguido lo que querías. ¿Feliz?

Era un hecho que nadie le daría una respuesta. Sin embargo, la piel de la joven se erizó completamente cuando un simple, bajo y audible susurro en su oído surgió. Ella simplemente se dirigió dentro de su casa y tomó una enorme bocanada de aire para poder controlar lo que dentro de ella había crecido.

—¿Ya les dijiste?

La joven sintió como si hubiesen clavado un puñal en su espalda al escuchar la voz de su novio tras ella. Se dio media vuelta y botó todo el aire retenido que había guardado segundos atrás. Simplemente le respondió a el joven de forma positiva y lo abrazó, sintiendo el calor que su cuerpo le transmitía.

—¿Estás bien?

John había comenzado a preocuparse por la joven. Verla vulnerable y débil no era algo que le gustase, y además le sorprendía ya que pocas veces la veía en ese estado. Solo pudo devolverle el abrazo para hacerla sentir segura y esperar a que el llanto cesara.

Al siguiente día la pareja desayunó como era de costumbre, esta vez fuera de la hacienda cerca de un pequeño jardín. Cristine comenzaba a sentir su cuerpo pesado, la energía se le agotaba cada vez más y comía sin parar. El joven Walton por supuesto notó este comportamiento, y decidió preguntarle a la joven.

—No lo sé —contestó ella—. Simplemente mi apetito ha aumentado con los días.

John se encontraba desorientado, aun así, decidió ignorar sus sospechas y continuó con su desayuno. Horas después, Cristine se encontraba apreciando los recuadros del pasillo de la segunda planta de su casa. Todos eran sumamente refinados y caros, sin mencionar el sudor y dedicación que tenían cada uno. De pronto, un brazo negro surgió de una esquina del techo y haló delicadamente a la joven, dándole la vuelta a la misma y dejándola frente a la

puerta de la habitación de su madre.

La curiosidad era uno de los defectos más grandes de Cristine, por lo que se vio casi obligada a entrar a la habitación de su madre y observar todo a su alrededor.

Lo que vio a continuación, la dejó casi estática. Su madre se encontraba sentada en una de las sillas de su coqueta y con la cabeza pegada a la rasposa madera de la misma.

—¿Mamá?

Esas palabras fueron suficientes para que su madre levantara la cabeza casi de inmediato. Cristine tapó su boca por la impresión al ver a su madre con sus ojos totalmente negros, su boca estaba abierta como si se hubiese llevado el mayor susto de su vida, y su piel estaba totalmente opaca y sin color.

La joven no hizo más que correr mientras lloraba y buscaba a John. Comenzó a llamarlo, pero este no respondía. Cuando se iba a dirigir hacia la puerta principal de la hacienda, observó escaleras arriba a su madre, quien vestía un vestido desgarrado y de un color grisáceo.

Eso había sido suficiente para que la joven decidiera salir fuera de su casa y corriera hacia donde sus pies la llevaran. El primer lugar que pensó fue el lago. Corrió tan rápido como sus pies se lo permitían y comenzó a llamar a su tío desesperadamente. Parecía como si nadie en esos momentos existiera, al menos nadie vivo o que la quisiera ayudar. Finalmente, llegó a su destino, donde empezó a respirar con su corazón agitado y sus pies temblando, sintiendo el sudor recorrer su cuerpo y la sed invadir su boca y lengua.

—¿Cristine?

La joven se dirigió hacia la voz que la llamaba, encontrándose con el joven John que venía en compañía de su tío.

—Mi madre... ella...

—Oye, respira, querida...

—No... entiendes...

Las hojas siendo aplastadas comenzaron a sonar a una gran velocidad. Pronto, el cuerpo de la madre de Cristine cayó frente a ellos, logrando que la joven gritara y sus lágrimas comenzaran a caer nuevamente. Ambos hombres que estaban ajenos a la situación se voltearon para encontrarse con *Asmodeus*, el cual los observaba sonriente y feliz.

Hola nuevamente, caballeros.

¡Eres un maldito!

Segundos después una pelea entre el tío de la joven y uno de los mayores demonios se desató en pleno lago. Pero fue en vano, ya que en pocos minutos el demonio clavó una de sus enormes garras en la cabeza de su oponente, haciéndolo desvanecer.

—¡Tío!

La horrible criatura se acercaba peligrosamente hacia la pareja y el joven no pudo hacer más que ponerse frente a su novia, tratando de defender a la misma.

Asmodeus simplemente comenzó a reír de forma repulsiva e intimidante. Después, tomó del cuello al joven y repitió el mismo proceso de la garra con él. Esta había sido clavada en su estómago, no en su cabeza. Sin embargo, los minutos de vida del joven eran escasos.

—¡John!

Tienes pocos minutos para despedirte, cielo.

Todo había sido demasiado rápido. John estaba tendido en el suelo con su estómago sangrando y luchando por algo de aire. Sentía cómo su propia sangre lo estaba ahogando, sin mencionar el dolor de la herida. El joven trató tan solo de hablar, pero parecía que las palabras no querían salir de su boca.

Cristine ignoró las palabras pronunciadas por el demonio y se agachó frente a su novio para observarlo. John se encontraba adolorido, sentía un enorme frío y comenzaba a toser y expulsar sangre color negro de su boca y herida.

—Cris...

—Cariño, aquí estoy. —La joven comenzó a llorar—. Te amo. Por favor, no me dejes.

—Yo... también te... a-a-amo...

—*Shh* no hables Johnny. Resiste, por favor. Debemos irnos de aquí. No puedes dejarme. Me prometiste una casa con niños hace tres meses, ¿lo olvidas? Debes quedarte conmigo. Te lo ruego. Quédate. Yo... yo no podré sin ti.

El joven sonrió, aun con su último aliento de vida había podido escuchar las palabras tan esperadas por los labios de la mujer que tanto había amado, y que de seguro donde quiera que fuera seguiría amando.

—Huye...

Y, finalmente, John Walton cerró sus ojos para siempre.

—¿John? ¡No, por favor! No te vayas, no... no me dejes...

Cristine comenzó a llorar desenfrenadamente y se sentó en el suelo,

tratando de secar sus lágrimas mientras observaba al demonio de espaldas a ella abrir un agujero profundo en medio del lago. Abrazó el cuerpo de su novio y gritó desesperadamente. Los árboles comenzaron a moverse desenfrenadamente como si fuesen a caer.

—¿Por qué, eh? Dime por qué haces esto. No te hemos hecho nada...

Debes irte a nuestro mundo, con quienes perteneces.

—¿De qué hablas? ¿Qué te hace pensar que yo pertenezco a ese maldito lugar? Quiero estar aquí, con John.

Porque eres mi hija, cielo. ¿Cómo crees que tu tía te llevaba a lugares como el inframundo y no morías en el transcurso?

—Pero... mi padre es...

Te equivocas. Me había enamorado de tu tía, pero la maldita se hizo del hermano de tu padre, así que decidí matarla con las propias manos de su prometido. —Sonríe—. Luego me hice pasar por tu padre y tuve relaciones con tu madre. Aunque debo decir que jamás me esperé que salieras igual a la mujer que amé.

—Si tú eres un demonio, y mi madre una humana, entonces yo...

Eres mitad demonio, querida. ¿Lo ves? Eres igual de lista que yo. ¿Crees que tu instinto asesino era porque estabas poseída? ¿Quién crees que mutiló a ese campesino que quiso violarte?

—Fue... mi tía. Espera... fuiste tú. —Cristine sintió su sangre arder. Se sentía llena de ira y pena.

Asmodeus se echó a reír sonoramente, haciendo un eco muy poderoso y logrando que los pajarillos de la zona huyan.

¿Es una broma? Fuiste tú, querida. Nunca me esperé que tus poderes relucieran tan rápido, pero aquí está un magnífico resultado. Debes volver conmigo y con tu verdadera familia. Creí que podría llevarte desde pequeña, pero tu maldito padre postizo siempre me la ponía difícil. Luego viniste aquí y... fue más sencillo.

Cristine comenzó a sentir su estómago revolverse y con él la impotencia y la furia invadieron su cuerpo. Se levantó del suelo y su cuerpo entero comenzó a temblar. De pronto, sus ojos se tornaron negros, y con ellos una fuerza invadió su ser. Logró elevarse pocos metros en el aire, mientras sus labios temblaban y el viento comenzaba a ir a su favor.

Eso es, cielo, eleva tu poder al máximo. Serás una fantástica arpía.

—Me robaste mi familia, me robaste al amor de mi vida, robaste mi paz y mis sueños. Y, aun así, ¿crees que me iré contigo a arder el resto de mi vida?

Solo te quité la vida que nunca debiste tener. Tuve que pasarme por tu tía y varias personas más, pero finalmente estás donde debes estar, conmigo y los tuyos. Eras demasiado inocente para creerme todas las estúpidas historias que te conté de tu familia falsa. “El hombre de negro es malo”. “La chica del lago te hará daño”. Ha sido lo más divertido que he hecho en mi milenio. Fue agradable ver cómo te creías todo. Quise poseer a tu novio y asesinarte, pero sería algo cliché. Quise ser... innovador.

—Estás enfermo. Hiciste que cambiara mi forma de ser y me manipulaste cientos de veces. ¡Si ese es mi destino moriré antes de vivir a tu lado!

¡No estás en posición de...!

—¡Te llevaré conmigo de ser necesario! Jamás seré tu hija ni en esta vida ni en ninguna.

Cristine elevó sus manos hacia el cielo. Y con ello, los árboles comenzaron a balancearse. El viento estaba a su favor, y lo demostró cuando los árboles empezaron a caer a su alrededor, algunos salpicando contra el agua del lago. Pequeños granos de tierra ascendieron hacia la joven, y toda la tierra a su alrededor comenzó a temblar. No podía pensar, ni sentir. Lo único que estaba en su mente era una palabra letal: venganza.

¿¡Crees que con unos simples árboles podrás detenerme!?

—No. Pero sé que si te envío de nuevo al agujero del que viniste y cubro el único portal que hay en este lugar podré evitar que regreses por un largo tiempo.

Cristine sonrió y se aproximó al demonio frente a ella. El mismo empezó a defenderse tratando de detener a su hija, pero la joven era mucho más astuta y fuerte. Así que, en un movimiento rápido, estampó contra el lago al demonio y lo empujó con todas sus fuerzas dentro del hoyo a pesar de la resistencia. A su vez, los árboles comenzaron a caer, las ramas a crujir, y la joven dejó de sentir.

Epílogo:

~8 años después~

Luego de lo sucedido, la hacienda quedó totalmente sola y abandonada. Nadie quiso venir más después de ese día y solo esperaron a que alguien reclamara el lugar como suyo. No habían quedado familiares cercanos, nadie asegurado para el lugar, al gobierno no le interesaba en lo más mínimo y no había rastros de un testamento.

Tiempo después, una empleada con ocho meses de embarazo llegó a reclamar la propiedad y toda la herencia de los Zamora. Ante esto muchos se opusieron, pero la mujer tenía un testamento firmado por la joven heredera de todo y la firma del joven Walton: único heredero de toda la fortuna Walton. Finalmente, el gobierno no tuvo otra opción que entregarle ambas jugosas fortunas a la única mujer que le habían dejado los miles de millones.

—¿Entonces esa fortuna no era de esa mujer, mami? —pregunta el infante.

—No, cielo —respondió—. Lo regaló dos jóvenes que se amaban mucho y que de alguna forma lograron un enorme acto de bondad y caridad.

—Parece una historia irreal, mamá. Nadie regala tanto dinero a una familia, y no creo en los fantasmas.

—Bueno, cariño. —Su madre sonríe, anonadada con la inocencia de su hija—. Quizá no sea una historia real. Este libro puede ser más que una simple fantasía. Si crees en monstruos y dragones, créeme que cuando seas adulta podrás ver algo.

La mujer toma el libro de grosor negro y lo cierra delicadamente. Lo coloca en la enorme estantería del cuarto de su hija y se queda ahí parada un momento, recordando todos los horribles acontecimientos que ahí ocurrieron. Le da un delicado beso a su hija en su rubio cabello y luego se encamina hacia la puerta, apaga la luz y observa a la niña con sus ojos casi cerrados, a punto de dormirse.

—¿Mami?

—¿Sí, cariño? —pregunta la madre con una enorme sonrisa llena de ternura.

—¿En verdad crees que esa muchacha haya logrado derrotar al fantasma malo?

—Creo que solo lo retuvo un poco, corazón —asimila la mujer—. Quizá

pueda volver más adelante. De todos modos, es solo un libro. ¿Quieres ir mañana a dar un paseo por una de nuestras propiedades?

—¿A cuál iremos? —pregunta la niña, bostezando.

—Oh, es un lugar en medio del bosque. Te va a gustar.

La niña sonríe con su última gota de energía y finalmente cierra sus ojos para poder descansar después de tan agotador día. La mujer sonríe y cierra la puerta para dirigirse a su habitación y poder descansar en su cómoda y enorme cama.

Al día siguiente, madre e hija despertaron muy temprano para poder llegar e irse la misma mañana en su corto y emocionante viaje. Tomaron desayuno en el enorme comedor y luego se bañaron y vistieron con ropa cómoda y reluciente. La madre tomó un bolso y empacó un abrigo, algunas golosinas para el camino y jugos.

Se montaron al auto y le pidieron al chofer que las llevara a la finca. Dos horas después llegaron al enorme portón y se estacionaron cerca del lugar. La madre tomó a su hija de la mano y ambas caminaron hacia la propiedad. A pocos metros una enorme casa con ventanales y pared de mármol podía observarse. Estaba dañada y descuidada por los años y se veía oscura y abandonada.

—Esta casa es muy fea, mami.

—Es una hacienda, cielo, no una casa.

—Se parece a la de el cuento, ¿verdad?

—Eres muy lista. —Sonríe la mujer.

Se quedaron unos pocos minutos ahí y luego entraron dentro de la casa. La enorme sala tenía el piso bastante sucio, algo rayado y con piezas faltantes. La señora decidió subir a la segunda planta y entró en cada uno de los cuartos acompañada por el infante, la cual comenzaba a asustarse.

—Mami, ya no quiero estar aquí.

—Paciencia, cielo. Solo quiero recorrerla una última vez.

Ambas entraron a un cuarto con una cama matrimonial: dos puertas la decoraban y frente a ellas un enorme y bello balcón con flores marchitas que en algún momento fueron hermosas lo decoraban. Había un enorme hueco en la pared maltratada del lado izquierdo de la habitación, pero solo era eso: un simple hoyo en el cual podía observarse el exterior del bosque. Las cosas estaban tiradas y descuidadas por doquier. Una estantería llena de libros viejos se encontraba botada, a la niña esto último le llamó mucho la atención.

—Mami, ¿crees que puedas enviar esos libros a mi cuarto y leerlos para mí?

—¿Estás segura, querida?

—Sí. Todos se ven interesantes.

La mujer accedió y luego salieron de la hacienda y comenzaron a caminar por todo el terreno. Subieron pequeñas colinas y hasta descansaron en una de ellas, comieron golosinas y bebieron jugo de fruta. Todo parecía perfecto.

Al volver, madre e hija venían casi agotadas. Ambas se subieron nuevamente al auto para volver a casa y, antes de salir completamente del terreno, la mujer observó a lo largo una pequeña montaña de árboles caídos. Con ello, vio una joven de pie que la observaba con cautela. La reconoció de inmediato. Solo supo sonreír sin saber muy bien si la había visto.

Al llegar a su casa ambas mujeres siguieron con su rutina. Y así fue por varios días en los que la mujer trabajaba mientras su hija continuaba con sus estudios. La madre se sentía orgullosa y bendecida por tal beneficio. Sabía que era casi imposible que una persona de su categoría pudiese ser dueña de una fortuna como lo era la de los Zamora. Pero ser dueña de dos fortunas exageradamente grandes aún le parecía un sueño.

Al llegar a casa, su hija se encontraba en la sala haciendo sus respectivos deberes de la escuela. La mujer la saludó y aprovechó ese momento para dirigirse a su habitación. Tomó una ducha y bajó a comer algo junto a la niña de hermosos ojos, que le narraba su día de escuela.

La madre horas después se metió en su habitación y se colocó una bata de porcelana, tomó algo de té para calmar los nervios y el estrés que su trabajo conllevaba y luego decidió sacar la carta que años atrás había encontrado en su antiguo trabajo. Era de su jefa, pero con palabras totalmente distintas.

Para: María Smith.

De: Cristine Zamora.

Querida María:

Lamento mucho lo ocurrido y espero enormemente que tu situación se mejore. Sé que mi familia te ha tratado de lo peor, incluyéndome. Es por eso que decidí dejarte esta pequeña fortuna. Si bien sé que el dinero no lo es todo, también sé que necesitarás de él para darle la mejor educación al bebé que viene en camino. Espero que sea una niña hermosa, y que la sometas a la

mejor de las vidas. Solo tú podrías administrar bien esta fortuna, a pesar de que no te conocí tan bien, y que teníamos decenas de empleados, soy consciente de que no todos tenían tu corazón. Para terminar, espero enormemente volver a verte algún día. Y me encantaría conocer a tu niña. Mantengo la esperanza de que esta carta no sea la última que te escriba, y ojalá podamos conocernos más.

Con cariño, Cristine Zamora.

Una lágrima cayó sobre la hoja, y la mujer guardó la carta, secando las lágrimas de sus ojos. No tenía una idea del porqué había pasado todo lo que pasó esa vez hace ya tantos años, pero quería creer que se trataba del destino o algo que simplemente debía pasar. Lo que jamás dejaría de preguntarse era la razón por la que de alguna manera esa joven de tan solo dieciocho años tuvo la suficiente fuerza e inteligencia como para saber que algo malo le ocurriría a ella y a los que la rodeaban.

—¿Mami?

La mujer levantó su vista y encontró a su hija parada en la puerta, con sus verdes ojos somnolientos y voz perezosa.

—¿Sí, querida? —La madre terminó de secar sus lágrimas y se puso de pie.

—Quiero dormir. ¿Podrías ir a darme las buenas noches?

La señora Smith sonrió y tomó en brazos a su pequeña de tan solo siete años. Se dirigió a su cuarto y la colocó en la cama, la arropó y le dio un beso en su frente. Luego se dirigió a la puerta y apagó la luz, quedándose pocos segundos observando a la niña.

—Buenas noches, mami.

—Buenas noches, Cristine.

Fin.

Agradecimientos:

Hola de nuevo. Vengo a despedirme (lo sé, saludo y me despido) pero es la verdad.

Quiero darle las gracias a varios de mis amigos, que me han ayudado con la historia.

Quiero agradecerle a mi madre por el apoyo, y a mi bello cerebro por soportar tanto.

Y por último y no menos importante, gracias a todos mis seguidores. Han sido lo mejor de esta historia y les agradezco la oportunidad que me dieron. Son los mejores y sé que pronto creceremos. Con esfuerzo y ayuda de Dios todo se puede.

Es todo por ahora.

No sé si esta historia tendrá segunda parte. Aunque en realidad lo dudo mucho pero, ¿quién sabe?

Estoy muy feliz por el apoyo. Los amo.

Nos leeremos en otras aventuras. Gracias por el apoyo, en verdad son lo más importante de mi mundo, y sin ustedes nada de esto sería posible.

Se despide y los quiere...

Sharlin Jiménez.